

UN LATIDO MENOS -DELÍRIUM CORDIS-¹



¹"Delirium Cordis" (Delirio del Corazón). Expresión latina utilizada en la medicina de siglos pasados para definir las arritmias cardíacas.

Primera edición en este formato: marzo, 2023

© 2023, Josu Bingen Alcalde

© 2023, Donbuk.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

PRIMERA PARTE.*Expedicionario* 7**SEGUNDA PARTE.***La Comunidad. Conversaciones con Lucía. La Conferencia*... 21**TERCERA PARTE.***El Juego de Pelota* 93**CUARTA PARTE.***La Selva* 109**SEPARATA.***El Chamán*..... 127**QUINTA PARTE.***El Sheriff. Los Augurios de Xul. Luisa* 131**SEXTA PARTE.***Fiesta, boda y despedida* 167**PUNTO Y SEGUIDO.***Izaro* 199**PUNTO Y APARTE.***Plan de Regreso* 205

Los dioses ciegan a quienes quieren destruir.
Sófocles.

PRIMERA PARTE.
Expedicionario.

Matizaré la cabecera de Sófocles del preámbulo:
“*Los dioses ciegan con luz a quienes quieren destruir*”

Era pura vanguardia. La hija natural de un idilio entre Trotski y Sabino Arana justo antes de la revolución. Te arrancaba un ¡Wow! de los labios al comprenderla en su totalidad. No tenía reflejo ni cuando se acercaba al agua. Llevaba dentro un cosmos hecho con maíz, polvo de basalto y risa mezclados. De vivir aquí, sería militante destacada de colectivos LGTBI. El Orinoco negro y rosa. Una de esas mujeres vitales y modernas de ayer y hoy. Los estereotipos mezclados de macho y hembra. El interior, emprendedor y rebelde, el exterior decorado por Fabergé. Cristal de gorgonia en guante coralino. De no estar tan bronceada, le apodararía la pantera blanca.

¿Cuánto tarda un hombre en darse cuenta de que cualquier camino que emprenda conduce al mismo punto del que parte?

No sé por qué razón, bendición o maldición, el azar es un lobo hambriento, adicto de la carne vieja. Mi némesis acertada o equivocada. No lo entiendo. Se empeña en darme caza. Y se vale siempre de la misma clase de fémina. La más natural. Y a la que trato como igual. No podría entenderla de otra manera. En eso, fui un adelantado a mi generación. No era difícil siendo de un páramo medio deshabitado anclado en el pleistoceno.

En mi opinión, la principal batalla de los sexos sucedió hace casi dos generaciones en EE.UU. La ganó Billie Jean King derrotando a un confiado excampeón mundial de tenis. Un lustro antes, en 1967, Kathrine Switzer, impuso a base de decisión y tesón su participación en los maratones. Por la misma época, año setenta y dos, en mi familia, la cuestión la zanjó mi hermana mayor reclamando a mis padres, en asamblea general, el carnet de conducir pagado al varón. Nadie puso objeción. Era lo correcto. La apoyamos.

Y, sin embargo, cincuenta años después, en el colmo de los colmos, pillan por medio a este vetusto profesor, antañón progre, en su única falta de género durante treinta años de docencia universitaria. Para escarmiento ejemplar de gente bruta y colectivos encendidos -no exentos de razones- me sacrificaron por un par de palabras irrespetuosas vomitadas indebidamente contra una niña descarada y reincidente, en el calentón de exigirle dejar de hablar en clase y apagar el móvil o salir del aula, y negarse a hacerlo. Me excedí y se excedieron. Pena casi de crucifixión social y laboral. Seis meses expedientado, y mi existencia reducida a lo que los biólogos llaman *vita mínima*, consistente en prolongar la vida en la misma medida en que no se usa. Una especie de hibernación sustitutiva del asesinato.

En Mayo, redimieron a este Maestro Jesús del abuso de prepotencia narcisista con Narcisa. ¡Qué ironía! Me sobrevino una angina de pecho. Sólo entonces me bajaron de la Cruz. Les gusta dar el alta a los muertos. Colegas de Profesión. Os lucisteis tanto como me deslucí yo.

Me harté de esta sociedad alterada de por más. Tampoco estaba en mi mejor momento, según saben. Comprendí, gracias a Sloterdijk, que ni el arrepentimiento o la trayectoria intachable de caballero doctor perdonarían el desliz, ni modificarían la tragicomedia social del safari interesado que se organizó contra mí. Tenía que calmarme, cuidar la salud y reflexionar. Desconectar. Necesité cambiar de mundo. Y qué mejor que irse al Nuevo. Verlo como en un principio. Un magnetismo, aún inconfesable, empujaba mi hombro por detrás.

Acepté un proyecto de cooperación internacional de junio a finales de septiembre con indígenas mayas cerca de las excavaciones arqueológicas de Kiuic. Quería volver a sentir, si todavía existía, lo que es una comunidad. A fin de no morirme del todo, quise renunciar unos meses al cerebro y perderme en la utopía que maldecía por utópica. No hay opción. Ningún hombre puede darse marcha atrás a sí mismo. A sabiendas de la inutilidad del asunto, me distraería. Sobreviviría. Viajaría de incógnito. Estudiaría el papel de la educación en entornos naturales y a escala humana. Contemplaría imágenes de la mujer y el varón primigenios, previos a la contaminación, la transformación experimentada en pocas décadas.

Tres meses en el borde sur del mítico Yucatán mexicano en una Reserva Biocultural de la región de Puuc -la llamada canasta del pan maya- entre Xul y Yaxhachén, junto a media docena de cooperantes: Renata, una botánica de vocación, algo extraña e introvertida; Elena, la mujer multitarea: matrona-enfermera-veterinaria; Juan, ingeniero medioambiental; Kerman, un sanote becario economista

que tocaba la guitarra, y algún que otro investigador más. No me relacionaría con ellos si no lo imprescindible. Preferiría el humano original. Lejos estaba de suponer que apariciones, maldiciones y reparaciones traspasan eras y fronteras. Por primera vez en mi vida, me propuse hacer caso a Stanislav Grof y Carlos, un *alter ego* amigo. Prepararme para el viaje a la eternidad, que siempre había apartado, regresando a los orígenes íntimos: aprender a vivir con mi sombra y en casi definitiva soledad. Se acabó. Nada de hembras, me dije. Reuní aperos personales y ropas para llenar apenas un petate. Decidido a renacer distinto, ni libros metí.

Subiendo Cameros camino de Madrid, yendo a despedirme de lo poco que quedaba de mí en Aragón, la belleza provocadora de la Naturaleza y de lo que debía dejar atrás, hizo que mi corazón perdiera un latido y llorara. Escribí:

SIN PENACHO DE GUERRERO ²

Está muy hermoso el mundo.

Esta tarde del verano recién estrenado.

El vestido verde y la blusa azul...

¡Sólo le faltó yo!

El Gobierno puso a disposición del equipo un práctico jet privado. Guardé mis miedos de niño en dos pastillas de dormir y partí un opacado atardecer de junio de dos mil quince. Doce horas soñando que soñaba, y creo -sin estar seguro- que el resplandor al abrir la escotilla era un abra-

² Sin mujer.

sador dios cósmico que me gritó:

—¡Desnúdese Profesor! ¡Ha llegado a Marte!

Todavía semidormido, alcé las manos y cerré los ojos para protegerme del sol. Oí voces que gritaban debajo de las escalerillas.

—¡Aquí, los Expedicionarios!... ¡Profesores, Profesores!

Un pequeño grupo de *quemados*, agitaban unas banderolas. Parecían entusiastas familiares nuestros. Cegado, agucé la vista cuanto pude y descendí. Desde luego, era una recepción propia de otro mundo. Pisé aquella tierra de comal³ con respeto y precaución. Tenía mis razones. El jefe de la delegación, un hombre de color, se adelantó cordial a darnos la mano, seguido del alcalde y el jefe de policía. A los primeros, los sentí solícitos como bandidos. Comenzaron las presentaciones. Primera sorpresa. Adiós a mis pretensiones:

—Lucía, nuestra cocinera.

Busqué sus ojos para saludarla y encontré los de una loba albina que me miró blandiendo la serpiente dorada, Carolina Bang, en curtido moreno.

—¡Señor, no!, —balbucí hacia dentro—. ¡No puedo más!

Se dio cuenta y bajó la mirada complacida. No supe si de su mordida mortal o de lo que sintió al estrechar mis ojos y las manos. ¿Entienden lo que les digo del sino? No era indígena. Rasgos de esclava, pero vestía española colonial. Cual Elena, La hija del hacendado del film “La Le-

³ Plancha tradicional de piedra o arcilla, usada para freír tacos, tortas de maíz, tamales..

yenda del Zorro”. La mujer capaz de renunciar a un rey por un mocetón seráfico de su gusto. Menos de cuarenta tacos. Me quedé pasmado. Estreche el resto de manos cual un autómeta. Debieron pensar:

—El típico bebedor blanco. ¡Está ido!

La comitiva se puso en marcha en dirección a los coches. Me rezagué adrede, dispuesto a dejar que mis ojos fijos en sus nalgas vieran un partido de tenis conforme oscilaban al andar.

—Empezamos bien, —me dije, separando las sílabas—. ¿La co-ci-ne-ra? ¡Imposible!

Yo veía a la señora europea del lugar. Misterio. Pronto comprobé que no me equivocaba. El alcalde y el sheriff la devocionaban; lo mismo que su asistente, un joven guía nativo -paradójicamente, de mirada estrábica-, también mestizo, de nombre Roberto. Supe luego, que ese defecto visual constituye un signo divino de linaje real que marca destinos de sacerdocio o élite gobernante a quien lo padece. Sus rasgos se me hacían familiares, sin poder descifrar de quien. Una especie de perro fiel, con tatuajes visibles en rostro y hombros. Lo llamaban de diversas formas. Desde Guajalote o Roberto *Makukutah* a *Xólotl*, el gemelo oscuro de Quetzalcóatl y patrón de los brujos.

Nos llevaron primero a un aperitivo en el ayuntamiento. Tête-à-tête con la personalísima cocina mexicana, tan parecida a su gente. Ollas y charolas repletas de preparados tradicionales con el *chile* y *salbutes* de protagonistas. Tuvieron el buen gusto de librarnos del enfrentamiento directo con saltamontes y gusanos fritos al que días después nos someterían sin miramientos; tacos de hormigas y

pasteles de insectos, incluidos.

No tengo cultura gastronómica. Soy un iletrado en esas lides que no cultivé hasta muy mayor, pero, tras el pudoroso primer tanteo, supe apreciar ricos chilaquiles y moles de todas clases aderezados con cilantro, semejantes a los que se ofrecían a Moctezuma y los dioses en sus viajes. Para mi cuerpo encallado, su entrada a la garganta significó la reinmersión vivificante en zelotes iniciáticos olvidados.

—¿Le apetece esta salsita de maíz con verduras y pollo?

—¿Qué es?

—Un mole picantito muy rico. ¡Verá que especias!

De inmediato, otra oferta:

—¿Se anima con este guiso?

—¿Qué es?

—Mole de excelente guajalote... Pavo, señor.

Apenas ingerida la succulencia, más propia de enero que junio, te pistoleaban sin posibilidad de retirada por la gentileza y evocaciones de los contenidos:

—¡Ande, coja unos tacos! “Calientitos, calientitos”.

—¿De qué son? ¡Tan negros!

—Mole Oaxaqueño, Señorrrr...

Casi no haría falta precisar que, acto seguido, se requería tener a mano buena cerveza, pulque o atole para mitigar el valor de tragar guindilla salvaje y honrar, sin graves daños internos, el cabrito y la cochinita pibil con los que nos obsequiaban. Sendos guisos adobados en achiote y cocidos en horno tradicional envueltos en hojas de plátano.

Los reincidentes ponían en práctica los conocimientos del idioma adquiridos en estancias anteriores o leídos en guías turísticas, cuando no sugeridos apresuradamente por

Siri, la asistente de Google.

—Gracias... Nib’oolal.

—Por favor... Bet uts.

Segunda sorpresa. Con el café, servido con vajilla inglesa de domingo, entraron Mariachis. *La rusa*, tocada de sombrero, guerrera y pantalones Jalisco cubriendo unas interminables piernas calzadas con botines danzones de espuela, soplabla la trompeta. Los senos pugnaban por saltar las lazadas de su ceñida pechera orlada. Mis colegas estaban tan asombrados como yo.

Mantén tu promesa, Xalbador. Nada de líos con esta mujer. Te haría añicos. Las mujeres melosas de los libros románticos de época no existen; si es que han existido alguna vez. Y ya conoces cómo las gastan en estas “tribus”. Recuerda y acostúmbrate.

El que sería mi amigo y confidente esos meses, el becario vasco, de menos de veinticinco y que repetía misión, fue quién más honores rendía a la mesa y, curiosamente, el más parecido al canon físico maya entre los que allí estábamos. Me tocó con el codo:

—¡Buena pieza, ésta! ¿A que sí?

Contra mis propósitos de apartarla, asentí juntando los morros. Convenientemente flanqueado por él, ilustrándome de las *delicatessen* del lugar y la cocina autóctona, alterné montaditos con miraditas, ambos llenos de mantequilla dulce. El jovenzuelo se daba perfecta cuenta de los pensamientos prohibidos de este tutor:

—Ya verás. Es lo mejor de la comunidad. Una bomba de alegre napalm. Y lo mejor: ¡Tiene corazón! Una rara avis. Sólo por verla merecía volver. Pone a cantar y bailar

al palmeral entero cuando toco la guitarra, con ella trompeteando.

Sonreí la picaresca del gañán. Íbamos a llevarnos bien. La juventud es mi población preferida. No están muertos ni heridos.

—Hasta el momento, el condimento ideal. Pero seguro que es “chile habanero” del que quema.

Al terminar de tocar varias piezas se nos acercó:

—¿Qué tal? ¿Le agrada esta tierra y sus alimentos, profesor? Se los hemos preparado con amor.

—Muy amable. Todo magníficamente dispuesto. Creía que era Vd. cocinera. Veo que también es músico. Buen complemento.

—Claro, por eso sale tan rica. La música es como nuestro *chile*; alegre y mejora los platos.

Lo dijo con acento mexicano.

—Me disculpan. Voy a cambiarme. El viaje hasta la selva es largo. Creo que podremos salir en media hora, si las autoridades no se ponen pesadas. Le recomiendo ropa cómoda. El calor, molesta. Tú ya lo sabes, Kerman. ¡Ponle en situación!

Hablaba como una dama de alcurnia. Gustándose y con mando en plaza. Una vanidad extrañamente natural, sin el regusto a soberbia manipuladora, clásico de las mujeres hermosas. La percibí “subidita” aunque nada creída. Sencillemente, segura y asentada.

—Muchacho. Tienes que contarme quién diablos es esta tentación.

—Coincidimos, patrooón... Es puro mezcal —parodió—. La reina de la comunidad, Xalbador. Te lo he dicho. Su

palabra es la ley. Una filóloga de ascendencia vasco-rusa que vino de cooperante y decidió quedarse. Su abuelo, un republicano vasco exiliado, asesor de Cárdenas. Su abuela, una rusa amiga de Trotski. ¿No se le nota? Entre pan y pan, tres décadas y media de puro músculo. Jamón de Baiona. Verás cuando la veas jugar a pala. ¿Por qué crees que tiene esa figura? Si juegas bien, tienes media partida ganada.

—¡Caramba! Nunca pensé que de jugar a pala dependería otra vez mi relación con una mujer. De hecho, jovenzuelo, perdí una novia por perder un partido. 22-21. Se fue con el ganador; veterinario, por cierto. ¡Venga, cuéntame! No le voy a hacer caso, tengo otras preocupaciones. Pero ¿tiene pareja?

—Parejas, más bien, —se sinceró el muchacho—. En cada misión que llega, cuaja un amor. Le hierva el corazón.

—Me lo imaginaba. Ya te digo, mejor me olvido. Estoy mayor para corridos a cuartetos o tríos, y he venido a hacer lo mío.

—No podrás.

Sorprendido por la rotundidad de la afirmación, Xalbador detuvo los pasos e interpeló directamente a Roberto:

—¿Es que no hay ninguna más?

—Salvo la veterinaria que viene con nosotros, suelta y formada, no.

—Repíte misión, tal que tú, —puntualizó el que peinaba canas— He visto que congeniáis.

—No se le escapa una, patrón... —volvió a parodiar la tonada mexicana—. Sí, tenemos lo nuestro. Nada serio. No somos tan enamoradizos como los de su generación.

Jovencitas, hay bastantes, pero ojito con sus padres. Esto es la selva, profesor. *Kax*, en lengua maya. Aquí, le respetarían a Vd. por miedo a Lucía, al jefe de policía y al alcalde. A la moza, la castigarían sin piedad. No haga Vd. eso. Si quiere mujeres, espere a los fines de semana en la Ciudad. Cójalas de fuera de la comunidad.

Las ocho de la tarde para cuando montamos en el camión de suministros y los jeeps. La loba rusa apareció vestida cual una miembro de comando iniciando misión. Visera verde aceituna, pantalón caqui corto, blusa de camuflaje de escote abierto y chirucas duras. Lo más semejante a una visión. Una guerrera amazona. Tenía de todo. La tez, aunque albina, curtida como la arcilla. Los muslos de saltadora de triple. Los brazos de tenista. Una mezcla rara de atleta y surfista.

—¿Listos, señoras y señores? Ciento cincuenta kilómetros de nada, y en casa. Sobre medianoche. Procuren dormir, porque allí habrá fiesta para rato. ¿No es así, Roberto?

—Sí, Patrona. ¡Hasta el alba!

—¿Maaás...? —me atreví a murmurar en bajo, pero lo oyó.

—Por supuesto. No sea desagradecido. —apuntilló la hembra alfa— Deje que las familias les den la bienvenida. Esto es México, profesor. Aquí se vive de noche, porque antes de las dos de la mañana es imposible, já, já. ¿No ve el calor que tenemos? Verá cómo le gustará. No sea un gruñón aguafiestas. Y sepa que el primer baile es conmigo. Le noto distraído. ¿No es Vd. el que va a curarnos los dolores de cabeza? Pues, empiece por quitarse la suya,

hermanito...

Su intervención dio pie a que otros rompieran los protocolos de trato guardados hasta ese momento.

—Hágale caso, —dijo el alcalde desde tierra—. ¡Viva México! Cuídelos, sheriff, que hay demasiado hijo de mala perra suelto.

—Descuide, canciller. Al primer *volado* que se atonte, lo baleo. ¿Hace falta que pase lista? ¿Nooo, verdaaad...? Pues, demosle meneo a las culebras. ¡En marcha, expedición! ¡Iújuuuu...!

—Tráteles como se merecen, guajalote. No digo que bienenn, sino que traguen polvoooo... já, já, jaaaá...

De desconocer la emotividad y poder de contagio que emulsionan estos lares, no hubiera dado crédito a aquella primera explosión repentina de tuteos acompañada de emociones libres que siguió. El equipo de europeos al completo, convenientemente instalados en tres jeeps, jaleaba las acciones con pasión.

—Conoces los efectos del tequila que corrió generoso en la comida —concluí, para mí.

—¡Vamos que nos vamos! ¡Viva México! ¡Ándale, ándale!, —bromeaban—. Jiú, jiú

Sonreí por dentro, reconociendo que volvía a estar en medio de locos. Una de dos: el mundo o yo. Me auto animé:

—Va a ser muy difícil, Xalbador, pero inténtalo. Así sea con el método jesuita de la ducha fría. Calma. Sabes que te la juegas.

Kerman guiñó el ojo. Debí asustarme, y extrañamente, me alegré.

—Conduce despacio, hermano —terció la dama...

—¡Claro, hermanita!

Los vahos prolongaban el simpático deje. Mojada en su agua étnica, reverdecía la sustancia gris, impregnando el ambiente de gracejo castizo.

SEGUNDA PARTE.
La Comunidad. Conversaciones con Lucía.
La Conferencia.

No narraré la pesadilla del viaje. ¿Para qué? Me acordé de los conquistadores suicidas, y preferí abandonarme a lo positivo. A fin de cuentas, ellos iban a caballo o a pie. Entretuve la cabeza calenturienta con los paisajes. Metro a metro evocadores. Agresivos y verdaderamente singulares, aderezados por los agradables soniquetes de mi joven compañero de asiento guitarreando, o del entusiasta conductor narrando anécdotas históricas y particularidades botánicas o faunísticas de cada pueblo y geografía yucateca que cruzábamos.

—Esa es una Ceiba, el árbol sagrado de los mayas. La alta copa lo acerca a los dioses, y las profundas raíces, al inframundo.

Llamaba la atención que lo nombrara usando el femenino. Tiene mucho parecido con el roble

—Un símbolo de fertilidad. Su fruto es algodonoso, pero tiene espinas muy duras en el tronco.

—¡Huumm...! Conozco quien se le parece, —repuso un Kerman bribonzuelo.

Competían por ver quién daba mejores explicaciones sin lograr despertar mi interés. Una tarea por ratos imposible.

—Recuérdame que te cuente otro día la leyenda de las hermanas *Xtabay* y *Utz-Colel*.

—Gracias, Kerman. Otro día.

—Esas cuerdas, con muñecos colgados de los árboles, alejan las enfermedades.

—Buff...

Los escasos cerros que atravesamos ofrecían la panorámica de un dosel arbóreo infinito enigmaticándose al mismo ritmo que la oscuridad. Las carreteras dieron paso a caminos conforme íbamos dejando atrás la civilización.

—Y esos altarcillos dispersos en los bordes son ofrendas a *Xaman Ek*, el dios iluminador de los caminantes como nosotros.

Si pese al trabajo de digerir las viandas obsequiadas, no caí en el sueño, fue por cosas como éstas y por las mil especies vivas que atestaban la ruta volviéndola familiar. En particular, las voces escandalosas de los monos aulladores sobre las copas. La cruzaban venados, zarigüeyas, pavos, faisanes y colibríes. Parecido sucedía con la foresta, diversa y espectacular.

—Mira un Chicozapote, el árbol del chicle... Ese, un cacaotero... Aquel, un Maculis. Más Ceibas...

—¡Cuidado! ¡Coatíes!

El jeep frenó en seco sorprendido por una familia de animalillos semejantes a perros pardos, pero con probóscide “*Cyránica*” de tonalidad blancuzca, cuyos benjamines osados y curiosos, tentaron encaramarse al vehículo.

—¡Qué simpáticos!

—De la familia de los mapaches. Todo chicas. No permiten que los machos cohabiten con ellas más que una vez al año. Los expulsan de la comunidad.

—¡Caramba! Una sociedad de amazonas...

Sigo sin entender aún cómo fue que no surgieron más incidencias que nos detuvieran los tres meses en cualquier remoto recodo de las jeroglíficas pistas de tierra y antiquísimas calzadas, denominadas Sacbés, que cruzamos luego

de que los neumáticos profanaran los recintos adormecidos de la magnífica Uxmal precolombina.

—¡Ya estamos en casa, profesor! Así eran nuestras ciudades.

—¡Qué decadente belleza! —opinó Kerman.

Creo que la resaca impidió que el becario percibiera el tono dolido y solemne de la frase de Roberto. Por el gesto, deduje que hirió su dignidad. Me salió terciar.

—¡Un orgullo vuestro pasado! Costará, pero seguro que lograréis darle futuro.

—Lo estamos intentando. Esta vez con la ayuda de Vds.; no con su enemistad.

Siguió un silencio pegajoso, porque el guitarrista cayó en la cuenta y sudó de golpe el vino ingerido dejándolo preso y flotando dentro del jeep. Fuera, nada de ríos ni cenotes idílicos que refrescaran la visión y aquel incómodo sopor. Sierras encadenadas unas a otras con árboles y graznidos de cometas alborotados negándose a dormir, reclamando la libertad, como los restos del alcohol vaporizado.

—Guacamayas tricolor. ¡Casi extintas! Para bien y para mal, nos regalan cada día el fuego de *Itzanma*, el sol.

—Podría decirse que su color rojo y amarillo pronosticaba la conquista —insistió Roberto en tono grave.

—Ahora que lo dice...

—Quien nos mandaría... ¡A ver si lo arreglamos!

Kerman pudo templar gaitas al fin, y bastantes kilómetros después, unos gritos de euforia me sacaron del trance biológico en el que estaba sumido por el *jet lag*, tras más de veinte horas seguidas de brega:

—¡Lújuu!... ¡Llegamos, llegamos!

La algarabía se contagió a la caravana. El sheriff, alegre de tequila en los actos de servicio desde que lo conocí, disparó varios tiros al aire. Una docena de perros se acercó a darnos una bienvenida un tanto agresiva. Otra docena de niños corrían tras ellos.

—¡Señor! ¡Y va a ser todo así! —pensé, sabiéndolo con seguridad.

—Ilich, Petrova, tranquilos. Somos nosotros.

Dijo la rusa mosquetera a sendos canes que callaron de modo inmediato, bajaron la cola y comenzaron a hacerle monerías. Mi comunidad soñada era un claro barroso abierto en la base de un pequeño promontorio de la selva salpicado por una veintena de postes de exigua luz, mantenida despierta mediante placas solares auxiliadas por un vetusto generador. Cincuenta hectáreas de humildes viviendas encaladas de una planta, bohíos y huertas colindantes, presididas por una vivienda colonial blasonada, de buen porte y factura que, aunque ennoblecía el entorno, desentonaba del conjunto y eclipsaba al resto, incluida la modesta iglesia de al lado. Había calderos de humo que confraternizaban con la bruma proveniente de la espesa *Kax* colindante, y sumergían en madejas de niebla a pallozas y sembrados. Olía a asado. Un centenar de vecinos formaban al pie de una cucaña levantada en la plazuela del palacete, con las banderas mexicana y vasca ondeando arriba. El eclesial edificio colindante, espadañado de cruz y campana de esquila, aprovechaba su lateral como frontón de aldea. Equilibraba el centro de “la ciudad” una señorial construcción maya en piedra de sillería de dos

plantas, que en algún momento debió significar lo verdaderamente importante. Lo afirmaban los frisos, decorados en su parte superior con plantas o animales, y sus gruesas paredes orladas con glifos de serpientes y sobresalidas por mascarones representando a *Chaac*, dios de lluvia, el más solicitado de la comarca. Ahora, era cocina, comedor y escuela. Anexa, vislumbré la palloza circular de considerable tamaño, con techumbre de palma y sin paredes que llaman “palapa”, común en estos lares. Sirve de fresco punto de reunión para actividades dispares y parloteos. Una pancarta, colgada de la generosa balconada hispánica, decía:

COMUNIDAD LIBRE “EL PALMERAL”.

ONGI ETORRI.

Las mujeres, con ropas multicolores y tocados mayas. Los varones, con camisas blancas, calzones y alpargatas; sombreros en la mano. Adolescentes de mirada expectante y abundantes niños con mocos. Una estampa del siglo XVIII si no hubiera visto de rondón una zapatilla Nike calzando a un mocoso de corta edad. Sólo faltaba el fraile. No soy de jaquecas, pero la que me entró al cambiar tan bruscamente de época, parecía más una gripe española. Al bajar del coche, me sentí desfallecer.

Por suerte, llegar tarde hizo que las presentaciones a las senatoriales figuras indígenas locales fueran breves. En concreto, a los miembros del consejo de ancianos, máxima autoridad moral de la especie de tribu que constituían. Media docena de “aponchados” de ambos sexos dispuestos en fila aguardando pacientemente. Unas pocas preguntas protocolarias, convenientemente acortadas por la

anfitriona —con buen criterio, dada su avanzada edad— y cuestión zanjada. Prorrogarlas multiplicaba el riesgo de que alguno de *los centenarios* no lograra sostener por más tiempo el peso de siglos de sus venerables arrugas.

La comunidad tenía el alma partida. Dos personalidades luchando entre sí por imponerse. Una parte laica racional, y otra religiosa, animista e irreal, respirable por doquier. Un mundo de presencias que, según ellos, se hacían notar e intervenían en los asuntos domésticos. Las conversaciones estaban plagadas de tics y jaculatorias nombrándolas. Referidas, sobre todo, a la salud, los antepasados, el destino y las intenciones... Esta vez, pese a conocerlas bien, llegarían a pesarme como grilletes.

La rusa y el sheriff departían y repartían abrazos. A mi modo profano de verlo entonces, representaban semidioses mediando entre lo mundano moderno y lo ancestral divino. Cumplimentadas las respetuosas saluciones, pregunté a Roberto si sabía cuál era mi alojamiento.

—Con todas mis fuercitas, le guio. Es aquí mismo, patrón.

Me llevó diligente sin ninguna señal del famoso *Mexican time* que les caracteriza.

—“Su casa de Vd.” María, la asistenta está reunida con el grupo. Pronto la conocerá. Permítame que le encienda las luces. La cocina está al fondo. Su alcoba, arriba; también al final del pasillo. ¡Derecho!

—Muchas Gracias. Así ya me arreglo. Necesito descansar un poco. Enseguida salgo.

—¡Claro, patrón!

Por descontado que no salí. Ni me apetecía, ni podía.

El bajón era de aúpa. El calor sofocante. A los pelirrojos nos derrota con suma facilidad. La mesa estaba puesta y bien adornada con un aseado mantel blanco de flores. Había sopa, tortas de maíz y frutas. Tomé un vaso de agua y busqué, agobiado, la habitación que acogería mi cuerpo molido. Para mi sorpresa, tenía cuarto de baño. Un lujo inesperado. Me refresqué. Aunque agradecí su amplitud y el relativo confort que brindaba la calidad de la piedra con pátina en su combate contra el horno de vapor, pensé:

—Jesús estuvo cuarenta días de penitente y casi muere. Dios mío, Xalbador, ¿Cómo vas a aguantar noventa aquí en tu estado? ¿Quién te mandaba venir?...

—Es la primera impresión. No se agobie. Ya verá cómo se acostumbrará y le complacerá. ¿Ha visto los mil detalles que María ha dispuesto para Vd.? Se habrá fijado. Es, con mucho, la casa más bonita. Los hacendados españoles tenían buen gusto. Tiene suerte.

Quien me hablaba era una figura imponente que, en el claroscuro, semejava ser una lozana monitora *scout*: la que apodé como *La rusa*. Adivinaba mis pensamientos.

—En el trajín, aún no le he dicho mi nombre. Me llamo Lucía. Me comenta Roberto, que no se encuentra muy bien. Es normal. Los primeros días, la selva es dura para los gringos. Tiene que sudar toda la porquería de su civilización. Luego, no querrá irse. A mí, me pasó.

—Discúlpeme. No quería ser descortés, pero el baile tendrá que esperar.

—Está disculpado. Cuidaré de que el personal no alborote demasiado. No puedo prometerle que lo consiga.

Cualquier cosa que necesite, toque esa campana. María o Roberto acudirán sin demora. Bienvenido al Paraíso, profesor. Aquí encontrará lo que quiera que sea que esté buscando. No se arrepentirá de haber venido, se lo aseguro. Buenas noches. Le dejo descansar. Nos veremos en el desayuno. ¡Ah!, le he traído unos libros de introducción a la cultura maya, llena de problemas, como sabe; y esta muñequita protectora que llamamos *quitapenas*. Téngala cerca y hable con ella. Mímela y le traerá fuerza de ánimo y suerte.

—Las conozco. Muchísimas gracias por el detalle. La tendré siempre a mi lado.

Era una pequeña muñeca hecha con tela. Vestido tradicional de color rojo e hilos amarillos a modo de trenzas. Mi mente retrocedió tres décadas. No pueden imaginar dónde ni lo que pensé. No me apetece contárselo todavía.

—Hasta mañana.

—Buenas noches. Gracias también por la lectura. Los leeré con atención, si cuento con tiempo.

La serpiente solar inclinó, cortésmente, la cabeza mientras me miraba. La hembra era de las que recibían al capitán inglés, Cook, en Puerto Príncipe. A sus hormonas les gustaba abrasar. Tanta suficiencia natural, que en otra época me hubiera encandilado, ahora me incomodaba. Intranquilizaba a Orangu, mi yo interior animal con el que mantengo animados debates. ¿Presentía la cercanía de una Siguanaba?

—Podía ser peor. Ya estás en tu añorado laboratorio viviente, me dije, aprobando la calidad de las estancias con gabinete que habían tenido la deferencia de asignarnos a

los miembros de la expedición. Desempolvieron imágenes recónditas dentro de mí.

Es cuanto recuerdo de la primera noche. Me despertaron las que creí tempranas campanas, pero eran las llamadas a comer. Con aquella humedad y desafueros, mi reloj se había quedado sin pilas, cual yo. La casa seguía vacía.

—Vaya. Justo lo que querías... Sí que está poco concurrido esto.

Adecenté mi apariencia. Y al poco sonaron de nuevo las campanas. Entró Kerman:

—¡Qué buena pinta tienes hoy! ¡El renacido! ¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien. Mucho mejor

—Te has perdido el desayuno. Dormías en otro mundo, macho. Hemos optado por no despertarte. ¿Te apetece comer? El menú promete, amigo.

La recordé. Terrible. Carecía de fuerzas para hacerla frente. Casi estaba por decirle que no tenía apetito, pero los adictos necesitamos reponer diariamente la dosis de azúcar y café.

—Creo que sólo almorzaré... Si la comunidad lo permite, claro. ¿Cómo va esto aquí? ¿Hay flexibilidad?

—Libertad total. No conoces a Lucía. En mesa aparte, nunca falta sopa, agua, frutas y café. ¡Mogambo, amigo!

—Es tu heroína, ¿eh?

—La adoro. Los dioses la crearon para nuestro gozo. Ya te irás dando cuenta. Nada le cuesta. Siempre está dispuesta.

—Alguna debilidad tendrá, ¿no? ¿En qué es vulnerable?

—Los hombres, amigo. Ninguno estamos a su altura.

Quiere gigantes, no niños.

—Tarea que, me temo, ella misma hace imposible. ¿No es así? —apostillé desde la suficiencia distante de los resabiados.

—Algo parecido. Vamos, que la última campanada de gloria, está a punto de sonar. ¿Qué te parece la costumbre? ¿A qué es como de película?

El comedor era de mesas repartidas de seis personas, máximo. Había diez o doce. Una amplia abertura que daba a la cocina, hacía las veces de torno. Dentro, una mujer maya preciosamente vestida -que luego supe que era María- se acompañaba de varios jóvenes llenando los platos. “La Señora” faenaba remangada al fondo. Pantalones vaqueros, con delantal atado marcando la cintura. Por otra ventana exterior, arrojaba trozos de pan a Ilich, Petrova y los demás canes, que se arremolinaban ladrando su ración:

—¡Va, va!... ¡Seréis glotones!

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Ya se repuso, patrón? Puede sentarse aquí con sus compañeros...

—Muchas gracias, Roberto.

—¿Qué quiere que le alcance?

—Gracias. Ya me sirvo. Coma Vd. Voy a tomar sólo café y zumo, con algo sólido.

—¡Hombre! Nuestro desaparecido profesor. ¿Qué le

parece la visión del Paraíso hoy? ¿A qué es fantástica? Señores, Señoras, el último miembro de la agrupación. El que nos faltaba: Xalbador. Un curandero occidental: lo aprovecharemos.

Los segundos o terceros aplausos de mi vida. Tengo que reconocer que suenan a gloria celestial. Quizás, por escasos.

—Muchas Gracias. Siento no haber estado a la altura ayer.

—No pasa nada, el próximo domingo repetiremos la fiesta. Lo hacemos todas las semanas. Más ahora, con Kerman de nuevo aquí. Me debe un baile. A mí y al resto. ¿Sabe tocar algún instrumento, profesor?

—Ninguno, desgraciadamente. Soy un negado para la música.

—Le enseñaremos... Si quiere, claro está.

Me gustó que, por primera vez desde que la conocía, tuviera en cuenta el deseo de los demás.

—Lo veo difícil. No obstante, se agradece. A fin de organizarme, querría saber cuáles serán mis obligaciones en la comunidad.

—Luego se lo dice Roberto. Somos varios equipos. Menos en la cocina, todavía; porque escasean cocineros, y de momento, la llevamos María, los muchachos y yo. Cada mes hay reparto de funciones.

No lo pensé. Me salió de improviso. Yo, que también soy negado para lidiar entre cazuelas, me escuché diciendo:

—Si de verdad hace falta, me presento voluntario. Me pasa como con la música, pero aprenderé. Ya es hora y me apetece.

Las aletas nasales de Lucía, se abrieron junto a su sonrisa. Todos empezaron a aplaudir llenos de entusiasmo. Me cuesta asimilar las salidas de este pueblo tan expresivo. Y la verdad es que, mecido por la calidez de la acogida, disfruté del primer ágape frugal del día.

—Si me permiten, querría dar un paseo para familiarizarme con el lugar.

—Acompáñese de alguien que le enseñe el recinto y los alrededores. Hay algunas precauciones que debe conocer. ¿Eres tan amable de hacerlo, Roberto?

—¡Enseguida!

—¿Y el sheriff? —pregunté—. No le veo.

—Partió a media mañana.

—¡Ajá! Hasta luego, pues...

Tardé poco en tener el primer contacto con la inmensidad de un horizonte todavía virginal de selva baja, valles y pequeñas colinas, en cuyo fondo pude atisbar un emplazamiento de ruinas precolombinas. El derredor del poblamiento lo salpicaban docenas de pequeñas parcelas cultivadas que me recordaron al País Vasco con la excepción de las chumberas y los abundantes árboles frutales locales: aguacateros, papayas, mangos, naranjos y agaves...

—Veo mucho maíz y alubia, además de hermosas calabazas.

—Sí. Son “las tres hermanas”. Se llevan muy bien entre ellas. Las verá a menudo. Junto con los pimientos, forman nuestro milenar sistema de cultivo. Lo llamamos *Milpa*.

La tierra agradece que lo hagamos de esta manera.

Los lujuriosos óvalos anaranjados enredados por el suelo me traían pesadillas, así que desvié la vista, guiado por las pituitarias que detectaban mazos de especias. Diseminados entre el sinfín de hortalizas y jitomates, entreví comino, hierbabuena, laurel, orégano, cilantro, canela, clavo, tomillo, pimienta...

—Y esa profusión de arbustos pelados que nos rodea son *Tajonales*. La planta nacional. Crecen por doquier. Tendría que verlos en marzo y abril. Inundan los campos de amarillo. Desbordan los bordes de las carreteras. Parecen manzanilla. El néctar preferido de las abejas; los molletes dulces que ha desayunado llevaban su miel. El producto primario del Yucatán.

Pájaros de llamativos colores los recolectaban entre cantos. Provocaron el asombro de los conquistadores. Pavos y pollos correteaban cacareando alarmados.

—Ese que llama su atención es el *quetzal*. Un dios muy querido que enseñó el amor a los humanos: *Quetzalcóatl*, semejante al *Kukulkan* maya.

—¡Caramba!

—Fíjese lo atento que está con las hojas de los agaves. Como a nosotros, le gustan los gusanos del maguey. Larvas de mariposas que crecen dentro de las pencas. Muy apreciadas. Sólo hay uno en cada hoja, por lo que destruimos muchas. Eso los hace caros. Con ellos cocinamos los crujientes *Chinicuales*. Proteína natural, amigo. Ácidos grasos poliinsaturados, hierro, aminoácidos esenciales, calcio, fósforo, magnesio, vitaminas... Le gustaran. También, como habrá observado, los sumergimos en el mezcal

para darle sabor. Con naranja se suaviza... Y raspando las hojas hacemos *pulque*; aguamiel, para que me entienda.

—Interesante, pero le agradeceré si me ahorra los detalles. Soy bastante escrupuloso y me llevará tiempo asimilar tan singular panorámica.

—Luego de probarlos, no podrá prescindir de ellos, seguro. ¡Créame! Los chapulines y jumiles, o sea, saltamontes y chinches de monte, son exquisitos. Se comen fritos, tipo gambas. Somos un pueblo entomófago. Verá que escamol tan rico preparamos con larvas de hormiga. Y se chupará los dedos con el *Ahuautle*, el caviar mexicano, un manjar proteínico de huevas del *Axayactl*, otra clase de chinche de agua. Las hojas de mazorca o los tules que verá a la orilla del agua son para capturarlos.

—¡Por favor!

—Disculpe. He visto que prefiere el mamey dulce.

Pensé. Una suerte de guía, éste que me han asignado. Vocacional, experto y detallista, pese a su visión estrábica. Y, *a más a más*, que dicen los catalanes, ¡Chamán! Según deduzco por el bolsín de tabaco que lleva para las ofrendas, y del que no se despega jamás. Y por los símbolos tatuados junto a los párpados.

—Y esta hermosura con espinas es el quelite. Vds. lo llaman Amaranto.

—¡Qué tonos! Tan exagerados como delicados. Recuerdan el arrebol de las mejillas femeninas.

—Ideales para dolores de estómago.

—Sin duda —exclamé con sorna—. Y por unos instantes, dialogué conmigo mismo:

—¿No añorabas el nuevo mundo nuevo, Xalbador?

Pues aquí lo tienes. Justo delante.

—Ya. Pero verme así a mis años... —me respondí.

El chamán de aguda vista, vino a rescatarme del lamento interior y la ensoñación.

—Se acostumbrará, señor. Aunque no todos lo logran.

—Dime, Roberto. ¿Cómo resolvéis los problemas y tomáis decisiones? ¿Lo hace el Consejo o hay líderes?

—Una lideresa para el día a día... Lucía, mi hermanastra.

—¡Ah!, ¿qué sois familia de verdad?

—Sí. El mismo padre —dijo el joven— Tenían a Lucía pequeña cuando tuvieron que irse a la ciudad por la enfermedad. Al poco de enviudar casó de nuevas con mi madre y meses después volvieron ya conmigo. Ella no se adaptaba a esta clase de vida. Eso dicen.

—Entiendo.

—Hacemos una asamblea mensual a fin de determinar los planes generales. Muchos, suelen ser de temporada. Mensualmente, vemos cómo se están cumpliendo. Cada familia se organiza sin que nadie se entrometa y los equipos se encargan de las tareas comunitarias. Se autogestionan. Por otra parte, su hija Lara, mi sobrina, es quien lleva la contaduría de libros y los trámites. Desde hace un año, vive con Raúl, su pareja, en Tekax. Vienen a menudo. Se criaron aquí.

—¿Tiene más hijos? —me interesé.

—Sí. Dos hijos más. Chico y chica: Pietro, el primogénito; y Violante, la benjamina. De otro padre.

—Disculpa. ¿Qué pasó con el padre de Lara?

—Se llamaba Ilich. Murió ahí abajo al poco de llegar. Un árbol le golpeó al cortarlo.

—¡Ah!, ¿por eso su perro se llama así?

—Así es.

—¿Y puedo preguntar quién es Petrova? —inquirí curioso.

—Su bisabuela materna. Somos un lio de mezclas de sangres con predominio vasco, que arrancó cuando los llamados “niños de la guerra” de España fueron evacuados a Rusia. Nació ya en Ciudad de México donde, murió el año pasado. ¿Sabe? Casada también con un criollo, medio vasco como Vd. Tuvieron a Izaro⁴, la madre de Lucía.

—¿Lucía tiene otros hermanos aparte de ti?

—No. Es hija única. Nuestro padre, descendiente de indígena y vasco republicano, para variar, aún vive. Prefiere la ciudad. Pero apenas se relacionan. Lucía no le perdona que, al poco de volver a casarse, la metiera interna con las monjas hasta los diecisiete años. Eso no estuvo bien. Creo que “madre” no la quería. La trataba mal. Ya le he dicho que no era de la comunidad. Fallecida, también.

La fluida memoria del asistente encajó a la perfección con mi interés por hilar situaciones y construir cábalas en torno a rumias mentales que brisbriseaban con impaciencia.

—¿Qué años tenía Lucía cuando murió su madre?

—Cinco.

—Padre es un *Iki-Balam*, jaguar de la luna. Nos creó a *Balam Quitzé* y a mí, Roberto *Makukutah*. Se llama Mikel. Viene los veranos. Irán a recogerlo uno de estos días; o vendrá con Lara.

—¿Qué significan vuestros nombres mayas?

⁴ Estrella en Euskera.

—Dos de los cuatro jaguares primigenios. Jaguar sonriente y jaguar sentado. Si no llega a ser por *Tepeu*, que la ungió, no habría sobrevivido. A pesar de todo, como ha podido comprobar, mantiene la alegría yendo de fiesta en fiesta y gobierno en gobierno buscando arreglar quién sabe qué, aunque sin perder las buenas maneras y la sonrisa. Es pura energía. Clavadita a madre.

—¿Tienes pareja? —me atreví a preguntar viendo su límpida extroversión, y preparándome para descifrar la tromba de explicaciones con figuras mayas que sobrevendría.

—Todavía no he encontrado a *Chomihá*, la mujer que me está reservada.

—Gracias, por la información, Roberto. ¡Llegaré, seguro! —corté amablemente—. ¡Cuéntame cosas de la comunidad! ¿En qué punto estáis?

—De la mano de autoridades sensibles a nuestro estado; y con el asesoramiento de asociaciones y equipos como el de Vds., llevamos varios años tratando de recuperar los modos tradicionales de la vida maya, respetuosos con las personas y el medioambiente. Queremos gestionar de forma sostenible nuestras riquezas y anhelamos un modelo de convivencia compatible con la modernidad.

Se veía que, por su desempeño de guía local, estaba bien informado e implicado.

—Un trabajo arduo y difícil.

—La despoblación y el desempleo son aquí endémicos. Hay mucha pobreza y enfermedades ligadas a ella. Tabaquismo, alcoholismo o depresiones... Pero nos dicen que la comarca tiene potencial. Estamos esperanzados.

—Es evidente que lo tiene —asentí.

—Durante la semana, *chambeo* es lo que hay. Un sinfín de tareas. Atención a los grupos de visitantes e investigadores, mantenimiento o construcción de equipamientos, restauración de ruinas, cuidado de especies de flora y fauna, confección de tejidos y artículos de artesanía, aprovisionamiento de víveres, asistencia a los enfermos... Hasta el sábado a la noche que hacemos hogar. Fuego comunal, ya sabe. Como el que vio ayer a su llegada. Ceremoniales colectivos que nos mantienen unidos.

—Importante.

—Lo mejor, el domingo. Conocerá a la comunidad en todo su esplendor. Por la mañana, actividades o conferencias, seguidas de pisco-labis o chocolate; y al mediodía, bailables en el salón del palacio o actuaciones de folklore maya. Ya, por la tarde, torneo de pala por parejas. ¿A que no adivina quienes suelen ganar?

—Comprenda que ni idea; acabo de llegar —ironicé.

—Martín, El sheriff, y Lucía. ¡Son imbatibles!, —afirmó con admiración fraterna.

—Anda. No sabía que volvía. ¿Son pareja?

—Ya le gustaría a él. La ronda; pero ella sólo lo quiere de guardián. También se crió aquí. Son amigos desde niños. Protege a la agrupación.

—¿Y entonces, tú has crecido en este entorno?

—A medias. Sobreprotegido, tuve que irme de casa, metiéndome en muchos líos. Madre y padre envejecieron de tantos disgustos... El sheriff me sacó de la calle y me devolvió al sitio al que pertenezco.

—¡Buen tipo! —le dije, obsequioso con su opinión.

—Lo es. Hablador y pendenciero. Buena gente, sin em-

bargo. Si no fuera Marshall, lo perseguiría la ley. ¡Y por Lucía! Saben llevarse. Unos pillos los dos. De joven, estuve presa por política. Apoyó al comandante Marcos. Dicen que fueron pareja y que Pietro es hijo de aquel. Era casi una niña. No le gusta hablar de eso.

—¡Caramba! ¿Puedo preguntarte una cosa más? No querría cansarte.

—Preguntar, siempre se puede, compadre. Igual que yo le contestaré lo que pueda, quiera y sepa.

—Já, já. Muy bien, Roberto. Gracias. La veo tan firme que, todavía, no sé cómo actuar con ella.

—Al principio es un punto distante y fría. Se lo he explicado. Tiene que entenderlo. Creo que por los traumas de la infancia se previene del daño de los afectos. Los corta en seco, a la vez que queda a merced de ellos porque los necesita. De ahí su agresividad. Vd. como psicólogo podrá corroborarlo o desmentirlo mejor que yo.

—Sí, tal vez. Voy entendiendo. ¿Pero cómo es por dentro?

Saltó como si llevara siglos esperando que alguien se lo preguntara.

—¡Cuál la jungla! Abierta y cerrada a la vez. Dulce y ácida. Fértil y despiadada. Generosa y egoísta. Capaz en un instante de dártelo o quitártelo todo. Oscura, luminosa, verde, melodiosa, magnética... Leal, traidora, irresistible... ¡Necesaria!

—¡Vaya! Sí que la conoces bien.

—Me llevó tiempo —se explayó—. Con la ventaja de ser su hermano pequeño y de aquí; no, forastero. Difícil de comprender para Vds. O la tomas o la dejas. Los varones preferimos la fantasía. Ella, la realidad, aun cuando bus-

que lo opuesto a diario y esconda lo que encuentra. Por eso se interna a menudo dentro de esta maraña que tenemos delante. La desea. Por eso está aquí. Quiere conocerla, intimar. Ser parte suya. Desconfía de su promiscuidad, aunque la ame. En cuanto toca el abismo de los cenotes con los dedos, se queda helada y retrocede. Vuelve a lo concreto, sin poder ni querer alejarse jamás.

Quedé maravillado de recibir, gratis, una clase magistral de psicología humana por boca de un iletrado, y, por lo que estaba oyendo, deductivo y receptivo a cuánto observaba, leía o escuchaba.

—Muy agradecido, Roberto. Nadie lo habría explicado mejor.

—También puede llamarme *Makukutah*. Lo prefiero.

—Gracias por la confianza. ¿Qué significa? Tengo pendiente de leer varios libros que su hermana me ha dejado.

—Se los habrá prestado convencida de que pueden ayudarle a reencontrarse con una parte de sí mismo. Disculpe que me entrometa.

—No se preocupe.

—Según Martín, significa “Perro guardián”. Dicen que, en las armonías y oposiciones celestes, el planeta Venus, lo forman dos gemelos. Un solo astro con dos manifestaciones. *Quetzalcóatl*, estrella de la mañana anunciadora de la salida del astro, y *Xólotl*, la estrella vespertina que lo acompaña a la tarde cuando es tragado por las fauces de la Tierra. Mi función es guiarlo cada día por las profundidades del inframundo ayudando a que renazca

—¡Interesante!

Al reconocérselo, di alas a su encarnación maya y voló derecho a su mundo, mostrándomelo orgulloso.

—Igual que el espíritu del perro *Xoloitzcuintli*, transporta a los hombres al *Mictlan*.

—El can Cerbero occidental. ¿Lo conoce?

—Dentro de estos trapos blancos, soy un hombre instruido, Sr.

—¿Se siente Vd. así; un guía?

—Ayudo a la comunidad a transitar su camino mortal. En el *Popol Vuh*, aparezco al lado de otros dioses que debían sacrificarse para que el Sol y la Luna, recién aparecidos en el cielo, iniciaran su movimiento comenzando el tiempo y la vida del universo. Fui el que más miedo tuvo, já, já. Hui a esconderme entre maizales convirtiéndome en el maíz doble *Xólotl*. Tuve que mimetizarme y meterme en el agua, haciéndome pez. Finalmente, dieron conmigo y me mataron. Soy una deidad rara. Creó y simbolizo todo lo anormal necesario en la naturaleza.

Lo miraba expresar absorto sus creencias. Los ojos torcidos, extraviados en un universo paralelo. Se identificaba con el dios hasta el punto de creerse una emanación del mismo. De no ser porque su lenguaje corporal era relajado e inofensivo, me hubiera preocupado. Posiblemente debí hacerlo. Volvió en sí y retomó el hilo de su idolatrada hermanastra.

—Podríamos seguir con mil adjetivos y no terminaríamos. Es arrogante, impredecible, fragante, enigmática, celosa de sus secretos... Vieja y Nueva...

—Cuesta descifrarla. Pese a su desparpajo, resulta herméctica —reconocí.

—No se esfuerce. Nosotros no tenemos elección, pero Vd. sólo aguarde, hermano. Que esta jungla tiene días en que llueve muy caliente. Si tiene la suerte de estar debajo, no probará mejor mezcal. Lleno de hierbas y jugo de lagarto. ¿Se imagina algo mejor? Yo, no. Dese una pausa, patrón. Espere. *Kax* se toma su tiempo. Le está observando. Tiene ojos de halcón. A Vd. especialmente. Ella sabrá por qué. Esté tranquilo y no entre en pánico.

—De acuerdo, *Makukutah*. Quedo a la espera de esa borrachera de ambrosía que promete. Y ya para finalizar. ¿Cuál es el principal problema de la comunidad?

—Já, ja... ¡Volvemos a Lucía! No vaya a decírselo, cuate... que parece que me haya endemoniado para sacarme de tirón la sopa completa.

—Descuida. Queda entre tú y yo. ¿Y por qué es eso?

—¿El qué?

—...Que sea el principal problema

—¡Ah! Sencillo —respondió el aprendiz de brujo. Si se marcha, desaparecemos en menos de una estación. Ella es la tierra de nuestras raíces acá. Y todo el que viene se la quiere llevar. Lo habría hecho con el periodista, si no fuera por nosotros. Lloró mucho. Vino a buscarle varias veces

—¿Qué periodista? ¿Cuándo fue eso?

—Pierre, un francés. Euskaldun, también; como nosotros. Permita que le tutee. Del lado francés. Iparralde, que decís... Hace ya diez años. La última vez que vino fue hace dos soles completos. El padre de Violante, posiblemente. ¿Quién sabe? No lo dice.

—¿Su hija menor está aquí?

—No. Vive con su padre.

—¿Y ese tal Pierre, por qué no se quedó?

—Fue tonto. Egoísta. Hubiera sido feliz con nosotros. Pero necesita su profesión, la capital. Ella no. Prefiere la selva. Es medio hechicera. Ya le digo que conoce el lenguaje del *Mictlan*. Se lo enseñaron su madre y María. Y me lo está enseñando a mí. Habla con los árboles, los astros y la fauna... Puro Yucatán. A menudo, se pierde adrede dentro, para investigar o, incluso, cazar fieras. ¡Créame! Va a buscarse donde el verdadero chamán. “*El Invisible*”. Ven; no le gusta ser molestado, aunque te voy a enseñar su rastro.

Las máquinas y yo mantenemos desde hace años una relación de amor/odio muy personal. Empleo el calificativo convencido de que tienen existencia y sentimiento propios; desde luego el de la animadversión. El hecho de estar en tierras tan proclives a las creencias metafísicas incita a confesarlo. No nos llevamos bien. Sea quienes sean los espíritus invisibles que les animan, les desagrada que yo sea tan racional. En cuanto pueden se encargan de demostrármelo. Se las arreglan para estropear los cachivaches que pasan por mis manos. En especial, los que saben que adoro o necesito: cámaras fotográficas y portátiles. Lo mismo hacen con lavadoras, microondas, coches, frigoríficos, escopetas, bolígrafos... Los inutilizan a mis espaldas.

Tuve que buscar al informático del grupo para resolver una de esas averías que propician cada dos o tres días. Lo encontré atareado frente a las pantallas de ordenador y los ventanales a poniente.

—Hola, lumbreras. Te buscaba. No sé cómo pueden gustaros estos chismes digitales. Cuando no se cae la línea, se desconfiguran o hacen *plot*. Me tienen estresado desde los Amstrad de hace cuarenta años. Otra vez vengo a molestarte, chico. Lo que te dije de la impresora. Hice lo que me sugeriste de apagarla, encenderla y después tratar de reconfigurarla, pero por más que lo intento, sigue imprimiendo lo que le place; y lo que es peor, a su capricho. Desesperante

—A ver, don cardíaco. Veamos qué le sucede.

Lo que les comento. Mano de santo. Duendes... Verlo entrar por la puerta y arreglarse *la señorita*, fue todo uno.

—¿Ves? —zanjó—. Apagar, esperar medio minuto y encender. No le das tiempo. Siempre tan acelerado. La agobias.

—Me tiene manía.

—Ya lo que nos faltaba oír de un racionalista... Paciencia, Xalbador.

—No, si el culpable siempre soy yo. Te digo que no es normal. No conseguirás convencerme. Sufrimos la informática enemiga en vez de la cacareada “amiga”. Ese *bluetooth*, de poético nombre, por ejemplo. Conseguir la interconectividad da dolor de muelas, nunca mejor dicho.

—Hasta luego. He quedado con Elena

—Lo vuestro va viento en popa, ¿eh? ¡Qué suerte!

—Vamos tirando... No nos lo tomamos como tú. Estamos y punto.

Habíamos hablado antes del tema. La primera vez en mi prolongado zarandeo existencial que tuve que meditar en serio la posibilidad de que el amor sea distinto en las

personas. Me confesó que las relaciones no eran una prioridad en su vida ni le habían dado jamás quebraderos de cabeza. Hasta reconocía que la sexualidad que mantenían era secundaria y de menor intensidad que lo que les unía. Ni siquiera la deseaban especialmente.

—Entre que a ella le duele y yo flojeo, pues...

La tontería de la deformación profesional, consintió que se filtrara una vena docente. Me las di de sapientísimo doctor:

—Es mi turno, grumete. Donde las dan las toman. ¿Qué me has dicho de tener paciencia? Seguro que te pierden las prisas. Al Palacio de Jade se entra relajado y despacio. ¡Y después de las ofrendas!

—Con Elena valoro otras cuestiones. No creo que estemos enamorados. ¿Lo he estado alguna vez? Tengo mis dudas. En cualquier caso, hay cosas más apasionantes en el mundo.

—Permíteme que lo dude.

Rematando la cuestión, debo confesar que yo rabiaba de envidia porque su chica prefería el hogar y el estudio, antes que la calle, el baile o la diversión.

—Las “mías” no paran en casa y adoran bailar...

—Cada uno tenemos un karma que purgar, don como-dón... ¿Qué tal te ha ido con Roberto? Os he visto conversar.

—¡Ah, bien, bien! Un muchacho estupendo. Buena persona.

Es una especie de chamán, junto con María, la curandera. Lo sé por Elena. Ambos están en conexión con las divinidades mayas. Te adelanto que intervienen en los

partos, pronostican el futuro y las causas de las enfermedades; sanan dolencias, consuelan a los enfermos, etc.. Tres en uno, macho. Lo hacen valiéndose de conjuros, recitaciones, plantas o animales mensajeros. Un mundo de enigmáticas relaciones y significados, Xalbador. Es de lo más divertido, si se puede decir así. Te interesará. Menos mal que “mi enfermera” es cuidadosa y paciente. Por su eficacia, se ha ganado el respeto frente a los amuletos y sortilegios que emplea el personal. Lo que no quiere decir que acepten fácilmente que se entrometa en sus creencias o pueda impedir que efectúen advocaciones. En parte lo hacen para evitar tener que enfrentarse, luego, al consejo de ancianos que, aún practicándolo igualmente, tendría que reprenderles. Pero estarías mejor alejándote de sus supersticiones y pamplinas. Agotan

—No sé si quiero evitarlo. Aunque son cansinas, forma parte del interés que me trae aquí. Sintonizar y comprender los entresijos de estas antiguas culturas. Es lo bonito de la antropología participante.

—¡Ah!, siendo así, mucho ánimo. Ya me contarás...

Con lo que leía en los libros prestados y veía alrededor, sentí rebrotar viejos arquetipos, memorias desvinculadas y nostalgias. Tuve que darles la razón a cuantos hablaban de las maravillas curativas de aquella naturaleza exuberante, plena de presencias invisibles, enigmas, sonidos y colores inimaginables.

Tal vez cuente en alguna ocasión, con más detalle, la psicología y sociología de aquella gente, que presenté en

el dossier. Tal vez lo deje quedarse allá. En realidad, da igual. La comunidad tenía de todo. Sufrimientos humanos, enfermedad, conflictos... A pequeña escala, lo mismo o parecido que cualquier otra sociedad humana. Me la esperaba; con algunos cambios. ¡A ella, no!

Hice caso a Roberto *Makukutah*. Relajé cuanto fui capaz en mitad de semejantes torbellinos. Del cierzo ruso, en particular. Me enfrasqué en pequeñas observaciones y conjeturas procurando contribuir como miembro activo antes que interferir como investigador externo.

Un lugar, cercano al ideal. Gentes amables concebidas dentro de un mundo, siglos atrás perdido, donde podía contar los habitantes con los dedos de la mano. Sentíamos su trato de invitados de honor, alojados en la casa solariega que llamaban “El Palacio del Corazón” que, con el paso de las semanas y los acontecimientos imprevistos que traerían, acabó siendo para mí uno de los siete palacios del tortuoso camino meditativo a la sabiduría cabalística o gnóstica.

Sobre esta torre indiana o *jauntxa*, edificada con restos de la cercana excavación precolombina -a la vista de las filigranas inscritas en columnas y sillares- narraban que, en tiempos remotos, vagó amenazante una sierpe, un dragón que atemorizaba a las gentes de esta selva.

El señor del lugar, al parecer de muchos, ascendiente de Lucía y razón de su presencia aquí, ofreció la mano de su hija a quien se enfrentara al monstruo y consiguiera darle muerte. Un joven y valiente indígena logró matar al maligno ser, ganándose a la doncella. El señor, generoso y satisfecho, dio una carta-puebla para honrar y poblar el sitio del acontecimiento. Mandó construir el solar que se-

ría la morada de la joven pareja desde entonces, dejando esculpido en piedra blasones de armas, recuerdo de tamaña proeza. Lo hacían depositario de toda clase de sucesos extraordinarios. Creencias inquietantes que llegaron a amedrentarme. En especial, la que aseguraba que algunas madrugadas es rondado por un hombre solitario que recela de quien lo habita y del que se cuenta que se acerca atraído por la belleza de los escudos y lee, obsesionado, durante horas, antes del alba, lo en ellos escrito. Piensan que es la reencarnación de la serpiente muerta. *La Siguanaba*, queriendo vengarse de su captor. Las nieblas periódicas le dan un aspecto fantasmal y misterioso que predispone a recordar su leyenda.

Hasta el punto de que, en noches brumosas, yo mismo sentí la presencia. Y sucedía algo muy extraño. Cuando bajaba a comprobarlo sin hallar a nadie, miraba a la luz del candil los magníficos tallados y quedaba por largos minutos atrapado en la lectura de su significado.

“Estas armas, blasones son de la casa del corazón.

Como fuerte las gané y así las defenderé”

Acababa preguntándome si era yo el asesino; si Lucía era la sierpe o la doncella. Un desvarío que indicaba a las claras que estaba ya coladito.

Lo comenté con María, y su respuesta, tan en línea con lo que me parecía ver y lo escrito en los libros mayas, me dejó de piedra, nunca mejor dicho, y dio paso a que empezara a tomarme en serio las leyendas de esta tierra.

—Es un *Alux*. Desde que oscurece, pasean alrededor de las casas, tiran piedras, silban a los perros y les dan latigazos, de cuyas heridas y susto quedan con tos y mueren.

Para que pueda reconocerlos, y por su tranquilidad, le diré que sólo son violentos de frente. Corren más que cualquier hombre y no temen a la luz. Suelen entrar a las casas a molestar a los acostados impidiéndoles dormir. Juegan con los utensilios de labranza. Son del tamaño de un niño de corta edad y van desnudos, llevando sombrero, de única vestimenta. Su contacto produce enfermedades, especialmente escalofríos y fiebres. No trate de capturarlos.

Como para hacerlo, oyendo las frases con las que remató la conversación:

—Procure dormir para no verlos de día. Ni a ellos ni a los cuatro *Balam*. Si los viera, significaría que pronto enfermaría. Sepa que se citan unos a otros por medio de un pitazo fuerte y agudo; y, aunque no tienen alas, vuelan por los aires con la velocidad de las aves... Los hay bizcos.

—Lo tendré en cuenta.

—Pero no se preocupe. Antes de abandonarle en las garras de un "*Ahau*", el descarnado y flatulento dios del *Mictlán*, practicaremos el *Kex* con Vd. Yo misma lo haré, ya que está a mi cargo. Negociaré con *Yun Kimil*, si se presenta rodeando la casa secretamente, listo para entrar y llevarle. Colgaré ollas y redes repletas de alimentos y bebidas en los árboles que la rodean, para dejarlo satisfecho, y le pediré que lo sane.

Huelga comentar lo tranquilo que me dejaban esta clase de avisos. No era infrecuente ser despertado con nocturnidad por alaridos y estrépito de cazuelas chocadas con los que vecinos temerosos se esforzaban en espantarlos. Quedabas desvelado. La oscuridad te enfrentaba a los miedos psíquicos y físicos de los que habías huido, y que tapaba la

claridad del día. Para eso estabas allá, intentando apagar con actividades la ansiedad de los recuerdos sombríos y las incertidumbres. Al personal le pasaba parecido. Encontraban refugio en darse apoyo mutuo y ofrecértelo.

No obstante, era preferible no intimar con el vecindario indígena. Si lo hacías, bajo el barniz de amabilidad, las sonrisas daban paso enseguida a dramas humanos que te herían emocionalmente. Costaba permanecer pasivo ante la infinitud de demandas. Desde ropa hasta ayuda para los hijos emigrados; o la petición de que pudieran acompañarte de vuelta y quedarse en Europa. Esa impotencia era la parte que peor llevaba.

Vi luz en el gabinete de Kerman, y tentado estuve a acercarme a compartir desasosiegos alrededor de un pulque. La noche era calurosa. Pude sobrellevarla escribiendo estas notas. Reparé en los tocados étnicos y figurillas míticas con los que, gentilmente, María y *Makukutah* habían decorado las estancias. Incluso, creí verlos transitando los pasillos, influido porque ambos solían celebrar ceremonias secretas de las que nosotros estábamos excluidos.

Acudí al móvil para entretener las horas y ¡brujería! Créanme que, en mitad de la oscuridad, trasteando, pulsé una tecla y, sin venir a cuento, apareció -como por encanto- el diálogo de la película *Novecento* de Bertolucci.

Todo lo que me diste aun dura.

Tu beso y boca de perjura.

Temía mucho esas deshoras, también, por motivos distintos. Eran las propicias a desencadenarme arritmias. La medicina occidental, que gallardea de ciencia absoluta, peca de autobombo. Padece los mismos dilemas insolubles

que los existentes a nivel social. Lo que la medicación arregla por un lado, lo estropea por el otro. Dudo que el balance de beneficios y efectos secundarios sea positivo a largo plazo. Es imposible decidirse a un tratamiento. En mi caso, o bien recuperas el ritmo ralentizando y debilitando los latidos, al punto de que pueden ocasionarse trombos y síncope, o te anticoagulas para evitarlos, incurriendo en riesgo severo de hemorragias internas. Vana solución. Para evitar el delírium cordis, destrozas cuerpo y corazón. O sea, todo dilemas. Disyuntivas que la juventud no tiene. Quizás consista en eso la vida, y el estado en que me encuentro sea el de estar ya en las cercanías del inframundo.

Debo decirles -lo que son las cosas- que yo era feliz entonces, sin saberlo. Comparado a hoy, estaba bastante sano. Padecía crisis arrítmicas cada mes o mes y medio. Luego de estos trajines y pastillas, las tendría dos y tres veces cada jornada, obligado a medicarme de por vida e instalado en la angustia perpetua de sufrir muerte súbita.

En la magnífica película “Retrato de mujer en llamas”, me sobrecogió una reflexión de la protagonista sobre el mito de Orfeo sacando a Eurídice del infierno. Decía que, siendo tan clara la consigna de Hades de que la perdería si se giraba para comprobar si le seguía, que lo acabara haciendo tenía que significar que Orfeo se dio la vuelta porque ella lo llamó: prefería quedarse en brazos del dios del inframundo.

Me encontré, de pronto, haciendo cábalas delirantes sobre las relaciones de pareja y redactando a vuelapluma un opúsculo acerca del tema y lo que mi mente presentía iba a

sucedirme con el periodista francés. Contribuían a ello imágenes dolorosas de las frecuentes ocasiones en que la parca ha atravesado el aura de los cuerpos que yo amaba. Esto fue lo que anoté:

“El suicidio fue siempre el modo definitivo de evitar encadenarse de por vida a situaciones impuestas o a personas que no deseas. Además, la afectividad femenina de siglos atrás dependía por completo del “páter familias”, y seguro que la separación social por géneros o el enclaustramiento, favorecerían las relaciones lésbicas; máxime, en ausencia de hombres por guerras, aislamiento rural, convencional, etc.. La película muestra el terror de la mujer a ser alejada de sus allegados, privada de sus apegos íntimos, y desposada a la fuerza con un varón desconocido o, incluso, vendida. Preguntaré por esas prácticas en México. En el mito, creo presentir la rivalidad que va a darse aquí. Yo soy Aristeo, el cabrero pobre que intenta raptar a Eurídice (Lucía) una sencilla campesina o cortesana noble. Los dones de Orfeo (Pierre) son su apostura juvenil y la música. Simboliza la alegría de la vida, la corte palaciega. El placer frente al sombrío mundo que represento en su lado más humilde, no en el magnífico de un dios oscuro y misterioso. Pierre es el aspirante ideal. A todos complacen sus abundantes dones. Caronte le cruza gustoso el río del infierno sin cobrarle, y Cerbero le deja entrar sin morderlo. Incluso Hades (*Yun Kimil*) le concede el deseo de resucitarla. Pero la condición sobrehumana que le pone de confiar sin mirar, puede indicar que la corteja; siendo ésta quien, paradójicamente, tendrá que elegir de modo libre a la par que obligado. Luego, la dama, está en una encrucijada.

jada. La pregunta es: ¿Eurídice quiere salir o quedarse? Hago notar que puede tener miedo de volver a la vida. ¿Para qué hacerlo si la van a entregar a un varón sin dones especiales? En la parte final del mito, Orfeo se niega a relacionarse con las bacantes que solicitan sus favores. No las desea. Y prevé que lo matarán en venganza, propiciando lo que en el fondo ansía: regresar donde la amada. Algo así puedo estar haciendo yo desde la separación. El resto de mujeres no me interesan y van a acabar odiándome. Sufro una pulsión de muerte que pugna por retroceder a un amor antiguo y que, quizás, esté en el origen de las arritmias. Sigo con la metáfora de lo que intuyo puede acontecer. Lucía está prisionera de dos mundos. El vertiginoso de los deseos humanos y el de las obligaciones comunitarias. Ambos la tientan y retienen. No puede librarse fácilmente de sus apetencias. Tampoco, saltarse las normas. Si hace caso a sus instintos, la arrancaríamos de su Hades particular, la comunidad...” Fin de la Nota.

Orangu se revolvió:

—¿Piensas que *Yum Kimil* renunciaría a su gracia?

—¿Y por qué demonios, nunca mejor dicho, los varones tenemos la manía de exigir exclusividad? —repliqué.

Mi *alter ego*, no se amedrentó. Inquirió:

—¿Y por qué te atraen tanto las mujeres difíciles?

The answer is in the wind... Sepan que este es el laberinto dilemático en el que el Minotauro se encuentra nuevamente. Hay un hilo flotando en el viento con la solución, y no sabría decir si es Ariadna quien va a recogerlo y ofrecérmelo, o si lo hará el galán Teseo, viniendo a asesinarme.

Como ven, traigo mis propios conflictos emocionales a esta tierra. La noche seguía su curso con este río alborotado de pensamientos sin otro objetivo que acallar la soledad asfixiante. Obviamente, tenía que haber sustancias en el aire causando delirios. Mi corazón inquieto daba muestras de necesitar descanso. En línea con los etéreos protagonistas, a la doble tila con manzanilla, tomada horas antes, resolví añadirle medio Orfidal, con buenos resultados.

Trabajé febrilmente en hallar comparaciones culturales. Encontraba similitudes por doquier; desde Ulises a Penélope. Eso atrajo la atención de *la Señora*, embelesada por el canto de lira del intelectual. Preguntaba y se interesaba por las implicaciones de cada mito aportándome la visión de los suyos. Yo buscaba la evolución paralela. Creo que fue ahí donde se produjo el enganche final mutuo entre los dos.

Las vivencias que siguieron parecieron inclinarse del lado de lo intuido durante el insomnio. Lucía vivía raptada por su militancia y orígenes. Daba la impresión de que sería inútil que alguien osara liberarla de corsés de los que no se quejaba y la realzaban. Nunca saldría de aquí. Si fuera preciso, gritaría para que volvieras la cabeza y no tener que abandonar la congregación. Por otra parte, era tal su atractivo que sentí que, de llamarte, querrías ir atado a ella para caer ambos al averno y no perderla. Hasta me pregunté qué clase de grito daría al final, llegado el caso. Ya ven: susto o muerte.

La organización subsistencial de la comunidad, dejando

aparte el sinfín de cometidos de desarrollo cultural y económico y la organización del cuidado de los miembros, puede resumirse en que se trataba de producir de todo para el común. Y repartirlo de modo que a nadie le faltase lo primordial. Huertas para las verduras, parcelas para el maíz y otros cereales. Unos pocos ejemplares de vacas, ovejas y cabras para carne, leche y lana, gallinas para los huevos, colmenas para la miel y cerdos, conejos, pavos y pollos para la matanza. Bajo el sólido liderazgo de *la generala* y la protección personal del sheriff, *El Palmeral* funcionaba de forma autosuficiente. Como es lógico con sus “cosas”. Hui cuanto pude, de introducir soluciones urbanitas. Esta clase de cooperaciones oficiales, a nada obligan.

Opté por olvidarme de la civilización, cuya presencia importante más próxima, Tekax, estaba a cincuenta kilómetros. Durante bastantes semanas, rehusé ir a la ciudad con mis compañeros. Preferí confraternizar con varias familias y sumergirme en la selva, sólo o acompañando a la botánica, entregada por completo a tareas de registro y recolección de plantas. Su compañía me iba bien por ser de pocas palabras y muchas sapiencias prácticas. Encontramos no menos de treinta especies vasculares de propiedades y características fascinantes. Una experiencia inenarrable llena de resonancias íntimas que, en algún momento del relato, reuniré las fuerzas que permitan contarlo.

—¡Mira cuántas chumberas! Rica en minerales y vitaminas. Antioxidante. Reductora de grasa. Buena para adelgazar. Su fibra y aminoácidos ayudan a la digestión y al

corazón. Previene la diabetes y el cáncer de colon o la osteoporosis. Sacia mucho porque está llena de agua. Sirve, incluso, como emplasto para heridas o infecciones de piel.

—Lo sé. Ya ves que la empleamos en muchos platos. Me encanta el queso asado con nopal... ¡Y las ensaladas!

Por primera vez, me fijé en sus formas. Cuarenta y cinco años de extrema delgadez lineal, con las arrugas marcadas por miles de paseos al sol y alimentación vegana. Un físico luengo y sobrio compensado con una prudente lucidez inexpresiva, cual suele darse a menudo en este tipo de personas. La primera impresión engañosa que tienes con ellas que es que son búhos o lechuzas ocupados más en mirar y anotar que en criticar. El trato hace que descubras lo equivocado que estás. Creo que, en general son así porque siendo personas, en general, poco voluptuosas, el cruel y hedonista mundo les retira muchos afectos. Quedan defraudadas o resentidas y optan por no exponerse tanto de primeras, decidiendo retirarse a atalayas vigilantes. A la expectativa, que se dice. Orquídeas y cardos, doblidos o hirientes -ellas y ellos-, que necesitan radiografiarte antes de volver a abrirse. Parecidas a mí.

Rasgos masculinos cetrinos y un aspecto de Siguanaba, con mirada desconfiada. Su altura de miras rayaba con la estatura, superior al metro setenta y cinco. Con tacones, empequeñecía a cualquiera. De ponerle *un pero*, mencionaría su frialdad cerebral, capaz de medir las relaciones en función de balances pro y contra, que la predisponían a desengaños de los que se defendía proyectando; acusando a los *partenaires* de usarla, cuando las cosas se torcían. Relataba dos relaciones fallidas con amantes que

le salieron ranas. Bisexuales, para su disgusto. Híper exigente con nuestro género, dudaba de haber estado alguna vez enamorada.

Sobre todo, sobre todo, esas semanas, cociné. A fin de cuentas, allí seguía estando la prodigiosa sustancia, el alimento vivo que trato de describirles: El kéfir bronceado. El lector creerá que lo puede imaginar y se equivocará. Desde que te ponías el mandil no había tiempo para nada. Al menos, yo no lo encontraba. Me faltaban manos. La cabeza se vaporizaba bullendo entre las grandes ollas. Perdía los utensilios de cocina dentro del arroz. Un desastre. Hubiera ganado sin problemas el Máster Chef al peor guisandero. En parte, es verdad, por el espectáculo X de verla volcada sobre la artesa, embadurnada hasta los codos y peleándose con la masa de harina, el agua, los huevos y el fermento. Los cabellos revueltos y los pechos rebosantes y polvoreados. Tocándolos, casi. Lo que formaba en mi mente la imagen torturante de ser trozos del engrudo a remover, luego, por mí.

Tener tan cerca un clon híbrido de las afamadas chefs Daniela Soto-Innes y Dominique Creen, despertaba el instinto básico de alimentarse. Había ido a comparar etnografías, pero debería estudiar la relación del sexo con olfato, gusto, tacto, oído y vista. Era un festín abierto ante los sentidos. Apetecía comérsela. Literalmente. Un tipo de cuerpo y piel apetitosos. Deshuesarla, chuparla como a caracoles y almejas. O sea, una sustancia “Umami”.

Logró que recordara una tonadilla de mi madre cantada al alimón con la hermosa vecina Soledad -también de piel tostada- haciendo tortas de San Blas, conmigo de adoles-

cente silencioso y caliente. Una mañana, más calenturiento con la escena narrada que de costumbre, me animé a tatareársela a Lucía:

*Vengo de moler, morena, de los molinos de arriba,
duermo con la molinera, olé, olé y olé.*

No me cobró la molienda.

*Vengo de moler, morena, de los molinos de abajo,
duermo con la molinera, olé, olé y olé.*

No me cobra su trabajo.

*Vengo de moler, morena, de los molinos del medio,
duermo con la molinera, olé, olé y olé.*

No lo sabe el molinero.

Sorpresivamente, se dio la vuelta y replicó mi intención al modo de Aragón, completando la estrofa:

*A la puerta del molino
hay un ratón con calzones,
mirando a la molinera
cómo arrima los tizones.*

—¿Sabes que la cantaba mi madre? Contaba que se la enseñó un novio también vasco

La Rusa no le daba importancia al contraste entre mi falta de maña y el exceso de vocación culinaria por su trasero. Se reía, según preparaba pupusas y tamales en el comal. Intuía la mirada obsesiva detrás. Pareciera que su-

piera que iba a ser así, desde el principio. Costaba, pero descubrí que podía tener alma:

—El tequila ha soltado la lengua de alguno de sus compañeros. La gente le aprecia más de lo que cree. Sé cómo se siente. “*No fight, no life*” dicen aquí los langostinos presumidos, y puede que, en esto, tengan razón. Confíe.

—Sin lucha, no hay vida.

—Vaya, el señorito de los ojos al bies, sabe inglés —dijo burlona.

—No soy bizco ni mudo. Aunque no me importaría. Eximen de tener que ofrecer explicaciones o justificaciones. Y alguna otra cosa más sé hacer, si me dejan chabear a gusto.

—¡Oh, lá, lá! ¿Lo escucháis, compañeras y compañeros? El huiro nos ha salido un “pan de peso”.

—“El que es perico, donde quiera es verde”, já, já, la apoyaban...

Jaleaban sus bromas en una jerga que yo dejaba pasar desconociendo, mayormente, qué significaban. Le divertía provocarme, sobre todo cuando, este menda, metía la pata bien metida. No obstante, percibía cierto calor detrás de sus chanzas.

—¡Miren cómo le tapa el ojo al macho! ¡El gachupín se hace el güey! ¡No me salga ahora con que a Chuchita la bolsearon!...

El trajín diario, sobrepasado con creces, impedía fijar la atención en nada que no fuera lograr sacar adelante los desayunos, comidas y cenas. Jamás entendí que todas debieran realizarse en comunidad. La faena era exagerada. Escasos los ayudantes, compuestos por niños y adolescen-

tes. Muchos de ellos, estorbaban y distraían más que hacían.

—Algún día lo entenderás. Comer en grupo es fundamental. Cerrar las casas mata la colectividad. Lee a Durkheim.

Para individualistas como yo, tanta reunión resulta opresiva. Más, por cuanto te roba tiempo de estar con quién realmente quieres, o haciendo lo que te apetezca. Y porque tener que hablar o llegar a acuerdos en casi todo, es agotador. Aunque eso ya lo sabía y había ido allí a desaprender rutinas y convicciones. Roberto lo había señalado. El trabajo diario era ingente, estuvieras donde estuvieras. En buena hora lo elegí. Lo demás, me habría ido sin apenas conocerla. En cocina, tampoco podíamos hablar de seriedades, siempre con testigos incordiones. Sin embargo, cuando estaba ella, cosa que sucedía sin la frecuencia deseada, por sus mil otras tareas, la vista y el intelecto intrigado disfrutaban.

Estaba preocupado. Si no fuera porque, a veces, al levantar la vista escapando de las cebollas, hallabas a la serpiente dorada con los ojos fijos en ti, hubiera creído que le disgustaba. Había resultado que la extroversión que derrochaba en las relaciones humanas desaparecía con los delantales, salvo para las chanzas. Levitaba en pensamientos lejanos. Si acaso, se extasiaba ensalzando la mítica *Kax*. Yo quería llevarla a debatir, aposta, pero no le interesaba. Ella se lo decía todo mientras no paraba de guisar. Bastante tenía con seguirle el ritmo culinario.

—Nuestros mundos difieren. No tienen por qué coincidir. Tú a lo tuyo y yo a lo mío. Te encanta la cháchara. Se

nota que nunca has tenido madre ni abuela —su frase preferida—. ¡No sabes nada!

—Si tú lo dices...

De la vida compartida, digo; no de otras historias. Os pasa mucho a los tíos. Dejémoslo, que me cansas. Me gusta que seas poco hablador; y que dices jugar bien a pelota. No tienes mala planta. Ya veremos.

—¡Vaya! Algo es algo.

Para que el lector lo entienda, éramos la dietista y el cocinero salado de la televisión vasca. Esos dos que se hacen el amor *a bocados*, sin tocarse más que con las palabras y la intención. Boxean sus besos en público. Me daba toda la caña que se puede dar, como si fuera el máximo representante de la civilización que odiaba; y me echaba los mismos dardos y las miradas afiladas. O eso imaginaba yo, cuando me daba por fantasear al modo del galán de “La tentación vive arriba”. Sólo que esta Marilyn dulce, tenía boca y dedos untados del chile picante con el que destetan a los niños. A duras penas lograba mantener los desafíos con los que me increpaba Orangu.

—Eres un *güevón*. ¡Defiéndete, hombre! ¡A este paso te va a dar pecho, so maricón!

—¡Qué más querría yo! —empujó el penate sátrapa—. ¿Cuántos maridos o novios dices que has tenido?

—No te incumbe. Más de los que necesité.

—Eres la Lucía de *Spectra*. Sólo que ella es leche hervida, y tú, sosa cáustica.

—¿Quién es esa *pringá*? —preguntó desafiante.

—Píllate la peli en la ciudad y lo sabrás. Aunque basta con te mires al espejo, Mónica Bellucci.

—Ya salió: el mito de la mujer cañón. Aquí no estamos para esas bobadas. Bastante tenemos con *Sihuehuet*, amén de la espectral *Siguanaba* y sus merecidas conquistas de bobos románticos y borrachos.

—Ahora soy yo quien pregunta. —estaba al tanto, pero resistí con la treta de “*paso de buey, diente de lobo y hacerse el bobo*”— ¿Quiénes son esas?

—Las castigadas por hombres como tú y mujeres como yo. Pregúntamelo otro día fuera de los fogones.

La verdad es que, pese a que no le pillaba el tranquillo, me caía genial. Era lúcida. Estaba buenísima y tenía sal. Por alguna extraña razón, la selva en la que se adentraba por horas, para volver llena de toda clase hierbas, alimentos, historias y atavíos, le quitaba años. Sabía que la reflexión no era su fuerte. No por falta de hondura, sino porque, con tantas responsabilidades encima, había optado por apartarla, quedarse con lo esencial. Una *boca* menos que atender. Pragmática y desencantada de muchas cosas, zanjaba las discusiones con refranes:

—Dime ahora que las uvas están verdes... Pídele al cocodrilo que te cruce el río...

Y modismos así. Pero en la cercanía, la morena quemaba por cien soles, cobraba gracia y fuerza. Era estar en Cádiz o Sevilla braseando camarones.... Algún antepasado, sin duda, tendría. Zuloaga la habría pintado gitana. Utilizaba constantemente jerga vasca, andaluza y maya entremezclada.

—¡*Cosan* de una vez esas verduras, cuates! ¡Chiquillo, por la virgen de Guadalupe, los cuchillos! ¡Pancho, tráeme ese *volado*! ¡Xalbador, por dios, ponte *Xux*, que se te pega

el arroz, *mi arma!* ¡María, *maittie*, despierta, carajo; que te nos duermes!... ¡Eso está *padre!*...

El ambiente en la cocina era singular. El humo de los cacharros acrecentaba el clima de conexión con la naturaleza volcánica y telúrica de esa cultura, ya de por sí presente de forma habitual. El contacto con los alimentos actuaba de estímulo para reeditar la fusión natural primigenia y disfrutar de cada comida. Junto al agradecimiento por disponer de esos dones y viandas, la gente tenía interiorizada la consabida panoplia de seres conjurados, alrededor de los preparativos culinarios. Unos benignos y otros malignos. Todo estaba en relación con algo. Había que ofrendar a *Ek Chuach*, al hacer las compras. No malhumorar a *Chac Bolay*, jaguar del inframundo, al arrancar del *Mictlán*, su sede infernal, legumbres y verduras. O desagraciar a *Buluc Chabtan*, cuando comías animales, incorporando su espíritu con la deglución de la carne, etc, etc.. Lo que retrotraía a las coincidentes formulaciones místicas prehinduistas, griegas, romanas o árabes propias de los primeros milenios. La inexplicada evolución paralela; mezclada aquí con los santos cristianos.

En los apuros era frecuente oír a cualquiera demandar: “San Pascual Bailón atiza mi fogón”, reclamando la misma clase de intervención milagrosa que, decían, permitió al mentado fraile cumplimentar como correspondía al virrey y su corte cuando, ya sin tiempo y en mitad del desorden de marmitas, tropezó con el guiso de guajalote que tenían en su punto, vertiendo dentro, sin querer, los *chiles* y especias que llevaba en las manos. Siendo luego que a mandatario y comensales les encantó el plato, improvisado

de modo tan forzoso.

El liderazgo de las dos principales mujeres era ciertamente intenso. Se retroalimentaban la una con la otra, lo mismo que chocaban con fuerza irreconciliable. Fusionaban o separaban con violencia las dos caras jánicas de la comunidad. Lo comprobé por su entusiasmo entre unívoco y dispar, en los preparativos de la luna llena de la cosecha a finales de septiembre. Tradición contra modernidad. Paradójicamente, la una se convertía en la otra, y viceversa.

La pantera, forzada por su condición de administradora, se tornaba cuasi vegetariana y reclamaba invocaciones con recogimiento y austeridad. Danzas de fertilidad tradicionales. Sólo tambores y mantras alrededor de un fuego central. Mesas con sacrificios generosos de insectos y humildes de carne, preparados modestos de frijoles o maíz y mucha verdura y fruta. Agua de avena y la sagrada hidromiel, de únicas bebidas. María se canibalizaba. Prefería agradecer el favor futuro de los dioses con la abundancia de que gozaban, añadiendo asados, flores y especias mil. Ambas aderezaban las ofrendas con danzas y cánticos indígenas o corridos mexicanos a todo pulmón, trompeta y guitarrón.

La luna de agosto trajo esa noche la novedad de añadir una psicóloga al grupo. Paloma. Antigua compañera de facultad, para mi total estupefacción. Insustancial, no me caía ni bien ni mal. Especialista en viajes cooperantes de los que ha hecho una forma de vida con el que poder huir, con pedigrí, de la monotonía. Lo hacen muchos hoy día. Buena gente, pero tendiendo a simple. Sin salir jamás de su zona europea de confort, buscan llenarse de los estímu-

los de que carecen practicando liturgias misioneras en el exterior. La típica mujer blanca jesuítica de buen rollo y sin ningún sex appeal, o muy escondido. Maestras o asistentes sociales, belgas o inglesas, que aparecen con pamea y pareo de tul en cualquier playa de Senegal seducidas por las virginales arenas negras. Resaltan y disfrutan el exotismo paliando con hermosas palabras huecas y abundantes propinas la pobreza, sin cuestionarla en serio ni verse afectadas más que superficialmente. Capaces de transitar las calles de Calcuta sin inmutarse y olvidarlas al rato en el baile de salón de hotel de cinco estrellas donde se alojan. Un mal social muy común. Discúlpenme. Seguramente, estaré pecando de fatuidad.

—¡Qué alegría, verte aquí, Xalbador! No lo esperaba.

—No me lo esperaba ni yo.

—¡Qué lugar! Me recuerda una luna en el Congo...

—Tú, en tu línea, ¿eh?

—Sí. Ya sabes que me chiflan estas aventuras. Siento que tienen la dignidad de los africanos.

Vaya que sí lo sabía. Y debo decir que, por mi estado ebrio trascendente del momento, tuvo su lógica que la recordase cuando allá en Bilbao, recién conocidos, visitamos una exposición itinerante del Prado que sugirió. Me dio la ocasión de descubrir su mejor parte. Bajo la capa de postureo oficial conservaba un núcleo sensible de humanidad que bastaba para redimirla a mis ojos. Especialista en arte, se mostró sensible delante del gran reto mortal al que nos enfrentaron los afamados cuadros sobre el triunfo de la muerte, de Pieter Bruegel, el viejo; “El infierno de Dante” de Botticelli y “El Jardín de las Delicias” de El Bosco.

En días posteriores, esas imágenes tan similares a las de las leyendas mayas, y mi complicada evolución sentimental, nos brindaron la oportunidad de mantener bonitas conversaciones en las sobremesas. Logré atenuar aquella primera percepción y prejuicio que, sin ser de maldad, sentía falta de sangre.

Pero ahora, redirigí mi atención a sus opuestos vitales que, en aquellos instantes, entraban al escenario dispuestos a comérselo todo y tocar lo que se terciara; Lucía y Kerman, entre ellos. Me pareció, también, ver una luz especial en los rostros de María, Juan y Elena.

Fue así que esa noche trepidante, llena de aullidos terrestres, tratamos con otras “adorables” deidades como *Ixmukané* o *Ixquic*, diosas del maíz y las cosechas; y con *Ah Muzenkab*, protector de las abejas. Junto a la profusión de denominaciones, pude sentir la fuerza de la cosmovisión unitaria maya. Y, particularmente, la mirada penetrante de la serpiente mestiza emplumada. Con semejante cóctel, múltiple y mezclado, dudé, de si era si lunar o solar; y si la estreché o me estrechó. Sé que me contrajo el corazón. Casi perdí la respiración. Me metió dentro de sus pupilas y les juro que ardían. Soles incandescentes en el cielo o tizones en el averno.

Ataviada de gala con vestido ceñido de fino lino rojo terminado encima de las rodillas, trompeta en el brazo y cabellera de tequila cayéndole sobre la espalda, la femenina peonza interrumpía los corridos para girar admirada por las estrellas. Acordes, zapateados y tragos atrapados al bies, según danzaba, llevaban a Lucía al aullido coreado:

¡LIBERTAD O MUERTE!

Me consta que, oyendo sus gritos, animales allí presentes, varones y hembras, iluminados por fuegos viscosos de éter, la veíamos con la falda blanca ritual de siete volantes significando a los planetas. Vestal al servicio de la diosa *Naab*. Los pechos desnudos. El jaguar coronando la cabeza, y serpientes en las manos, en vez de trompeta y botella de tequila.

Tentado estuve de solicitarle un baile, pero la timidez o la esperanza, siempre avara, de que me lo pidiera, y sus múltiples pretendientes, acortaron los minutos disponibles.

Las ofrendas a *Ah Mun*, la versión masculina protectora de las siembras, transcurrieron del modo acostumbrado: entretenidos y distraídos por otras voces y peticiones menos deseadas que tocaba cumplimentar cortésmente.

Quien sí me buscó fue la psicóloga. Bailé unas piezas de cortesía con ella, comentándome que venía llamada para tratar algunos problemas graves de alcoholismo y déficits de integración adolescente, así como orientar en soluciones paliativas a los problemas derivados de los estigmas indígenas y la emigración. Etiquetaje social, exclusión, carencias y demás. Concluí que era de baja de estatura física y mental, aunque de buen talante y corazón. Le di la bienvenida al tiempo que me excusaba alegando cansancio.

De vuelta, con el alba blanqueando la habitación, com-puse docenas de versos confitados con la fantasmal presencia-ausencia de la zíngara:

La otra tarde,

*sin que tú me vieras,
entré dentro de tus ojos...
Había una noche hermosa.
No quise salir.*

A mi mentalidad occidental, tanta divinidad, con ser de lo más interesante y causante de la genial sincronía entre hombre y naturaleza que mantienen, se le hacía cuesta arriba y llegaba a resultar desesperante. No podía blandir el cuchillo sin que tuviera que exorcizar antes, con una planta o sortilegio, la sangre vertida. Las liturgias rutinizadas que calmaban y ayudaban su día a día favoreciéndoles trascender la realidad y sentirse parte del cosmos, tenían la contrapartida de convertirlos en semiautomatas dirigidos a su destino o, en el mejor de los casos, preocupados por cumplir los preceptos. Cada cosa podía hacerse, no en función de los propios deseos, sino de si estaba permitido o proscrito por algún ser mágico. Así, en paralelo a lo positivo de tener la comunidad regulada y cohesionada, existía el inconveniente de resultar agotador cumplir tanto trámite mediador. Dedicar cantidad de tiempo y energías a hilvanar reconfortantes teorías *ad hoc*, purificarse y estar a bien con los dioses con los que cada quien se identificaba, coartaba las decisiones que precisaban tomar.

Cada debate estaba condicionado, además de por los recursos económicos e intereses, por consultas a los chamanes, desentrañamientos de significados, ritos propiciatorios, esperas, auspicios... Un galimatías que daba como resultado poblaciones muy dependientes y desajustadas a

los problemas reales.

En ese sentido, Lucía -en mi opinión- no ejercía un liderazgo eficiente capaz de resolver cuestiones de suma importancia. Su personalidad generosa, tan fuerte y magnética como emotiva, lo obstaculizaba. Observé con atención el fenómeno de mimetización del modo de ser y manías de la líder carismática con los seguidores a quienes arrastraba; bien es verdad que dentro del marco general existencial que compartían. Lo lunar, agrícola y terrestre, opuesto a lo solar masculino y agresivo.

Encontré a Martín, peloteando en el frontón. Le había hecho un encargo especial y aproveché la ocasión de recogerlo para conversar con uno de los pocos habitantes que no eran de ascendencia completamente indígena. Sólo criollo. El resultado mereció la ebriedad tonta de machitos adolescentes que pillamos.

—Cuidando la forma, ¿eh?

—La consigna es estar sano. Lo demás le abroncan a uno, aunque sea la autoridad... Aquí lo tiene, caballero. El disco que quería. perfectamente envuelto.

—¡Wow! ¡Cuánto se lo agradezco!

—¡A mandar! que de que me obedezcan estoy servido. ¿Qué le debo?

—Los tragos de todo el mes, já, já... Con uno refrescante, más tarde, bastará; con tal de que no se vuelva costumbre, vascote. Sólo sé de un lugar aquí con tocadiscos... ¡Ah! quedamos en que nos tutearíamos, gallego.

—Ok.

Llamaron mi atención unos enmohecidos aros de piedra insertos en lo alto de las paredes.

—Curiosos, ¿eh? Muy antiguos. —apuntó— Traídos de restos de excavaciones en Labná. Representan los sucesos que debe enfrentar el ser humano. Si metes la bola por los agujeros pierdes o ganas puntos. Reglas del juego de pelota maya.

—¿Jugaban a pelota?

—Já, já. Sí, pero no como vosotros. Lo llaman *Tlachtli*. Una especie de lucha de habilidad y fuerza con muslos, rodillas y cadera. Guerras rituales. Las tribus resolvían de ese modo incruento sus conflictos, sin enfrentarse abiertamente. Parecidas a las justas medievales.

—¡Qué interesante! —repuse, haciéndome el sorprendido, a fin de fomentar otras revelaciones y aprender .

—¿Quiere acompañarme un rato? Lucía me ha pedido que entrene y baje kilos. Sabe cuánto le gusta ganar. No sé qué trama...

Me animé con la intención de prolongar el coloquio. Se extendió en detalles. Al poco, hablábamos más que ejercitarnos.

—El bando vencedor se llevaba la razón y el botín apostado, y los guerreros perdedores eran sacrificados a los dioses que habían decidido a quién favorecer. Data de tiempos inmemoriales. Antes de Cristo.

—Una cultura singular y avanzada.

—Ya lo creo. ¡Menudos pendejos! Es famoso el combate entre los gemelos *Hunahpú* y los señores de *Xibalbá*, reyes del inframundo. El bien y el mal, para que me entienda. ¿Conoce la historia?

—Antaño me la explicaron con detalle, pero la he olvidado, Y hasta ahora, no he topado con ella en ninguno de los libros que hojeo de la casa.

—Se la cuento rápidamente —dijo entusiasta—. Conciben el juego como la vida. Una metáfora de la lucha del sol contra la noche. La pelota es el disco rey, y tienen que evitar que caiga al suelo. Impedir que venza la oscuridad. El equipo que pierde es ofrendado a los soberanos de lo oscuro, confiando en que los liberarán a la mañana siguiente formando ya parte del astro. Es lo que cuentan que les sucedió a los fundadores del pueblo maya. Muertos, revividos y vueltos a asesinar tras perder el juego.

—Curioso mito.

—Muy similar al nuestro, mexicana, que figura grabado en Tenochtitlan. La pelea entre el colibrí del sol naciente, patrono de los mexicanos, y su resplandeciente hermana nocturna. Aparece derrotada al pie del vencedor con cuatrocientas estrellas guerreras, criaturas de la oscuridad, Mito que revivían en ceremonias de inmolación de cautivos, arrojados escaleras abajo, durante las festividades.

Mi cerebro imaginó con celeridad quién era ahora la diosa lunar, pero no logró visualizar al rey apolíneo. Tal vez, Roberto, su hermanastro.

—Lo he leído. Los amos realizaban un ayuno hasta finales de noviembre, momento del sacrificio de esclavos y presos; algunos en los juegos de pelota en honor a *Chaac*.

—¡Eso es, gringo! Fiesta del levantamiento de Banderas. Celebración de las lluvias. San Andrés. Si está aquí todavía, podrá verlo. Y si le agradó la ofrenda del solsticio de verano, también le gustará ésta. Le tocará amasar una

figura del dios a base de amaranto y maíz tostado mezclados con miel de maguey. La comían después de los rituales.

—Suenan bien... Mientras no tenga que comerme el corazón de ningún fulano...

En general, los dioses se conformaban con la "esencia" del sacrificado. O sea, el humo del músculo quemado, el vapor de la sangre. El banquete antropófago era un evento social y religioso importante. Cierto que nos comíamos al muerto divinizado fusionándonos con él, pero asimismo era la ocasión de invitar a familiares y tener relaciones con personajes señalados para ganar prestigio. Conservaban restos de su víctima. El cabello de la coronilla o sus atavíos. Imagíneselo. ¡Abra la mente, gallego!

Desafiados los recuerdos, pude darle adecuada réplica ganándome su satisfacción:

—El guerrero victorioso se quedaba con el fémur del fallecido. Lo colgaba en el patio de casa proclamando su valentía y obteniendo la protección de la divinidad cautiva si iba a la guerra.

—Así es, profesor. Le veo aplicado... Lea la historia de estos entrañables *illuminatis* de los que soy parte en un porcentaje desconocido y a los que quiero tanto. En el coche llevo mi preferida... Se acabó la charla, compadre. Si necesita más información, hable con *K'inich Ajaw*, el ojo que todo lo ve, como ya sabrá.

—¿Quién es ese? ¿Lo conozco?

—¡Por supuesto! Roberto, el de los mil nombres...

Imposible ser descortés. En menos de un santiamén, me endosó un manoseado ejemplar titulado "Dioses Mexi-

cas”. Parecía estar perdiendo la compostura por momentos. No sé sí por sufrir el clásico mono de falta de alcohol o a causa de la deshidratación.

—Hora de beber el agua prometida, já, já.

En la cantina me la sirvieron a mí, que no a él, que bebió lo acostumbrado sin parar. Seguido al primer pulque que se engalló, me ametralló con penas desesperanzadas que, unidas al aguamiel, dieron en contagiarme de sus excesos propiciando un diálogo final de beodos besugos.

—¿Sabe? A nuestros dioses les gusta beber. ¡Y a mí también! ¡Qué remedio! Empezamos a hacerlo cuando nos iban a derrocar. El final del apogeo. La embriaguez es un sacrificio que conduce al renacimiento.

—Ya lo creo.

—Lo que le digo. Una etapa del círculo incansable que recorre día y noche ¿Ve este caracol de obsidiana cortado en mi pectoral? Es el símbolo de *Quetzalcóatl* mostrando su aspecto nocturno de *Tezcatlipoca*.

—Le entiendo. Algo sé de morir y renacer —acerté a contestarle.

—Imagino cuál es su problema. La destinataria del regalo secreto que he traído. ¿Me equivoco?

—Acierta de pleno.

—Lo tiene difícil, colega, salvo que *los balanes* intercedan a su favor. Nadie se libra de morder el polvo, amigo. Todos perdemos algún partido. Recuerde el dicho chino: “Perder está permitido; levantarse es una obligación”. Le deseo suerte, compadre. ¡Inténtelo! ¡La hembra lo vale! ¡Se lo digo yo!

—Gracias, amigo.

—Está Vd. en tierra de valentones. No se amilane. ¡Será un punto a su favor! Déjeme que le explique cómo somos aquí. Le va a complacer.

—Desde luego.

—Voy a contarle, profesor, una versión muy peculiar del evangelio. Los judíos planeaban envenenar a Jesucristo en la cruz dándole vinagre para beber... Pero entonces, él lo bendijo y dijo: “No, con esto no voy a morir. Esto se lo tomarán mis hijos. Y se dormirán para volver en sí otra vez. Como yo, que resucitaré pasado mañana”. ¿A que es fantástica? ¡Un tío con un par! ¿No le parece? ¡Un auténtico mexica!

—Una historia verdadera. Si lo sabré yo. Lo mismo hizo mi suegro cuando su niña del alma se vino conmigo. Beberse un vaso de vinagre. No le gustábamos los comunistas... Aunque los jesuítas acabaran tiñéndome de rosa.

—Sepa, vasco, que por eso nos emborrachamos. Lo bendijo para que lo tomáramos sus hijos... Se volvió refino *pa'nosotros*. Lo pimplamos y nos dormimos borrachos y, al rato, volvemos en sí, inspirados.

—¡Bien hecho!

—¿A que sí? Sabiendo qué hacer... ¡Cual Vd.! Espere que no he terminado. ¡Verá que interesante! Apúntelo en sus informes, doctor. Los dioses del pulque son muchos. Casi innumerables, créame. Los llamamos los cuatrocientos conejos. Cuando se embriagan -y lo hacen a menudo- hay uno que riñe y grita a la gente. Si alguien llora la mona, decimos: ‘Es como su conejo’. ¿Qué te parece?

—¡Me gusta beber acompañado! ¡Eso te digo, Martín!

—¡Bien dicho! Me cae Vd. pelotudo, forastero. Atienda

a esta última confesión que le hace un humilde agente de la ley. Antes, estaba prohibido insultar a los borrachos. Hacerlo podía afectar a la deidad del pulque que lo estaba poseyendo. Aquí todavía perdonamos las trastadas de los ebrios porque no son dueños de sus actos en ese sagrado trance. Y un apunte más, caballero. Le encantará oírlo. La ingestión de pulque estaba estrictamente reglamentada y sólo era permitida a las personas mayores de 52 años, a los miembros de la élite, en ocasiones, y a la gente común durante algunas fiestas.

—Un pueblo sabio y macanudo, éste.

—Lea, lea también la historia completa del *balché*. ¿Ya lo ha probado? Ilústrese... Que, en esta tierra de machos y hembras de una pieza, hace falta saber de todo y más, já, já. Ahora, me excuso... Mañana tengo oficios terrenales. ¿Quiere que le transmita algo a nuestra dulce y silvestre *Ixchel*?

—Cuanto se le ocurra de ayuda, a excepción de revelarle el encargo que me ha traído. Es una sorpresa.

—En México entendemos de tumbas. Cuente con ello. ¿No quiere nada más? Mire que la colmena contiene abejas con mala uva, ¡pendejo!

No es preciso. Se lo agradezco, igual. Me quedo un rato más estudiando cómo entrar dentro de la miel sin recibir excesivas picaduras ni ahogarse de felicidad. Gracias, Martín. Un placer. Hasta pronto.

—Suerte, camarada. ¡Hágase valer como Pancho Villa! La próxima vez, recuérdeme que le hable de las diosas mexicas de la pasión carnal... ¡Y de Emiliano Zapata, qué carajo! No lo mataron, ¿sabe? ¡Aún vive! A veces, lo veo

galopar las crestas de las sierras montado sobre su caballo blanco. ¿Cómo se llamaba?...

—¡No lo dudo!

Metabolizada la amistosa borrachera, concluí que, en esas elucubraciones y actividades irracionales, yo era poco menos que un quinto columnista. El clásico analista europeo, seguidor de cánones occidentales, comportándome de manera típica.

Hasta que sucedió lo atípico. Una mañana, *Ixchel*, o como diantres quiera que se llame su avatar trascendente, va y me larga de sopetón:

—Te quedas al cargo. Tengo que ir a la ciudad. Nadie mejor que tú. Cinco días. No preguntes. El sábado vuelvo con Martín. Le llevo una botella de su tequila preferido. Por cierto, es el momento de echar el partido. Me muerdo de ganas. Busca compañero o compañera. Si perdemos, serás mi pareja de baile hasta que consiga ganarte. Así que, si te apetece, esfuérzate. Es tu oportunidad. Aféitate. Te traeré un perfume rico.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. Estoy harta de adolescentes. Te recomiendo a Juan de zaguero. Si no, no tendrás ninguna posibilidad. Y no digas que no te apetece. No mientas. Es innecesario.

Durante semanas había aparcado su vasca hombría. Ese mañana de lunes, por misterios insondables, la recuperaba. Cavilé. ¡Vaya cambio! ¿Ha vuelto la mujer o la guerrera? Ayer por la tarde estuvo con el chamán. Otra vez luna llena el domingo. ¿Qué le llevará a la civilización? ¿A que adivino cómo va a vestirse? Acerté, aunque me quedé cor-

to. Las mismas chirucas de la llegada pisaron ahora el acelerador de salida con denuedo. Misma visera y blusa abierta. Los pantalones justo por encima de los muslos; y para mi interrogación, cabellera suelta y maquillada. Uñas rojas, carmín y línea de ojos. Espectacular. La sierpe, levantó anular e índice, me apuntó y disparó:

—¡Pum!... El domingo es el día, ilustrado. Veintisiete de septiembre... Mi cumpleaños.

Me hubiera gustado ser brujo. Los animales del bosque cantarían su aparición. Pasé la semana sintiéndome raro. Cuando la recordaba, se le superponía la imagen del rosal, más dulce y sibilina que esta rusa; igual de trapera. Sendas mujeres de armas tomar. En la vida, resueltas y duras; enriquecedoras en el trato y perfectas en la cama, a la que se lanzan alegres y naturales.

Hablé con Juan, el ingeniero, que estuvo de acuerdo en jugar conmigo. Entrenamos dos tardes. El resultado: aceptable. La selva nos había limpiado. Cincuentones ágiles, ambos. Recé porque el choque tuviera lugar. Me sentía inquieto. Pensaba tonterías: ¿Y si no volvía? Me dije:

—Recuerda, *Jesús*, al zorro de “El Principito”. El tiempo que pasas cuidando la rosa, es lo que la hace importante. Eso te pasa.

Aproveché su ausencia para dejarle el presente musical en el alfeizar, y fisgonear la morada que la cobijaba. Una casa de dos plantas con jardincillos delante y a los costados, más un corral detrás, que atendía Roberto. Un coque-to espacio edénico cuajado de frutales y plantas aromáticas. Era la antigua cantina reconvertida, a la que se había añadido el porche semicircular. Su arquitectura,

coronada de “ganbara” arriba, bien pudo haber sido de ascendencia euskaldun. Al igual que en nuestros caseríos, podían verse colgando ristras de pimientos, mazorcas o judías. En la puerta, la siempre presente “Eguzkilara” protegiendo la entrada y sendos colgantes de forja con colibríes, símbolos aquí de energía sexual. Tiestos de geranios y lirios en las repisas. El corral parecía el arca de Noé. Pavos, gallinas, conejos, palomas y demás, escapaban cual podían del acoso diario de gatos, canes y depredadores autóctonos. A menudo, sacudidos por los gritos y escobazos de Lucía espantándolos. Ya les digo que tratamos de una explosiva *rara avis* baserritarra. Una mezcla adorable, en cobrizo macizo, de Nicole Kidman en “Cold Mountain”, con raptos de Marilyn en “Vidas Rebeldes” y “Rio sin retorno”. La boca de látigo de Joan Crawford en “Johnny Guitar”. Mis sensaciones eran de estar dentro de estos filmes. Como si la trama sucediera allí. Con la diferencia de que en esta película real las riendas las llevaba ella, Yo no era Clark Gable, y mucho menos, Robert Mitchum o Sterling Haiden.

Recordando ahora todo aquello, pienso en la frase que Kerman utiliza con frecuencia:

“Las mujeres son seres superiores”.

Y siendo que me cuesta admitirlo, tengo que reconocer que saben vivir mejor esta vida. Muchos de Vds. estarán de acuerdo. Y yo, aunque orgulloso, casi que *idem*. Desde luego, más alegres. Tampoco me extraña. También lo estaría, si de mi costilla saliera Eva Mendes. Por dar un salto a la actualidad.

Subido en el porche, que se veía señoreado por ficus de

buen porte, una enorme mecedora con cojines para cuatro personas y semovientes, dos sillas respaldadas y un tablero de ajedrez, pude ver algunos detalles del apartamento desde los finos huecos libres que dejaban las cortinas blancas de las ventanas. El interior del recinto, al estar poco iluminado y decorado en tonos rojizos, tenía algo de cenote misterioso. Vislumbré al fondo del salón arpilleras ornamentales en la pared, muebles de estilo mexicano colonial, un rincón con esterillas alrededor de un solio de realeza, y varias tallas grandes de las divinidades mayas. Y tras el piano desgastado, a modo de manifiesto político “verde”, un gran cuadro mural al carboncillo ofreciendo el espectáculo del cuerpo desnudo de Lucía dando pecho a una de sus hijas. De verdad les digo que me pareció dibujado con lápices de chocolate. A gusto lo hubiera profanado laminiendo los trazos.

La visión me transportó de inmediato a la mesa redonda sobre sexualidad, con consultas posteriores *ad hoc*, que días atrás habían organizado trayendo una especialista y un antropólogo, con ella de moderadora inmoderada.

Título:
DIOSAS Mayas y mEXICAS.
AMOR Y SEXUALIDAD.

Resultó una réplica extraordinaria de Woodstock. El salón a rebotar de entusiastas ponchos femeninos – cariacontecidos, en su versión masculina- llevados allí, con cierta desgana, aunque el paisanaje agradece las rupturas de la monotonía. Algunos, me consta, que de postureo.

La sexóloga, italiana, por supuesto. Tengo que hacer un estudio del porqué a las licenciadas de ese país les atrae tanto el tema. Imagino que como a todos, sólo que, por su herencia sesenta y ochista, hippie e izquierdista, estas mediterráneas lo llevan de bandera política y lo viven de forma militante y desprejuiciada. Me apresté a participar del debate. Una insensatez que, al final, no cometí porque el tono allí imperante me previno de contra qué clase de féminas iba a jugarme los cuartos. La charla comenzó con Lucía informando vívidamente a los asistentes de la idiosincrasia sexual yucateca recurriendo a la metáfora de las cuevas-útero del entorno. Aún resuenan en mis tímpanos su última y vigorosa proclama vertidas encima de un auditorio de setenta almas como si fueran setenta mil.

—Para nuestros ancestros, la espelunca simbolizó la matriz o cavidad primordial que generó la vida. Dotada de oscuridad permanente, la caverna negaba los principios ordenadores de la superficie terrestre, espacio regido por el sol o las estrellas. Era la morada de la muerte y origen de la resurrección de plantas, animales y la stirpe humana. La gruta eran las fauces del gigantesco ser de la montaña. Estalactitas y estalagmitas, los afilados dientes. La casa de las deidades de la fertilidad a quienes pedíamos mercedes mediante propiciaciones. Tal que a nuestros queridos *Chaak* o *Ixchel*, patrona de los nacimientos y la medicina. Antes de los españoles, peregrinábamos a las cuevas de nuestra región. Celebrábamos infinidad de ritos funerarios y ceremonias ofrendando alimentos e incienso a los dioses. Mucho más que ahora. Aquí cerca, en Loltún, tenemos Actún Ch'on, con una extraordinaria escena den-

tro. Un personaje se dirige a un cautivo arrodillado que muestra el pene erecto y que posiblemente será sacrificado. Acum muestra varios ejemplos de *Yum Kimil* sosteniendo una antorcha, dando la bienvenida a los recién fallecidos. Debemos estar orgullosos de haber permanecido al cuidado de esta tierra madre. Y termino: que sigamos aprendiendo, disfrutando y padeciendo de todas sus criaturas. Muchas gracias por venir. Les dejo con los especialistas...

Tras el silencio sobrecogedor y expectante de los minutos anteriores, llegó el aplauso atronador. La serpiente dorada buscó una presa con su lengua omnipotente, y captó el olor viejo de este profesor que la escuchaba entre encandilado y despavorido. ¿Les ha mirado alguna vez un felino? ¿Sabrían descifrar qué hay detrás de sus ojos? Yo no. Su tamaño no importa. Presientes que quiere saborear tu sangre y puede matarte en un pispás. Incluso, que lo está pensando. Y les aseguro que la mantis lo estaba haciendo. Calibraba sus opciones según me hechizaba. Tan eficaz su arte, perfeccionado durante milenios que, sin embargo, lograba que no me importara y creyera que yo le importaba. Eso sentí.

—Después de las dos intervenciones abriremos un turno de preguntas —estableció.

El antropólogo no le iba a la zaga. Abordó directamente la parte femenina del cosmos. A mi forma de entender, con una intelectualidad excesiva para el nivel local.

Todos los dioses compartían las particiones básicas y opuestas, observables por doquier en el cosmos. Caos y orden. Luz y oscuridad. Pasado y presente, etc.. Especialmente encarnadas en lo femenino y lo masculino y que

trasladaban a la figura de una pareja suprema con capacidad de refundirse en una única divinidad poseedora de la facultad de mutar o reunir, a voluntad, las esencias antitéticas antes separadas. Las sociedades indígenas consideran a los seres manifestaciones de esos principios complementarios: lo celeste y lo inframundano; lo húmedo y lo seco; alto y bajo; caliente y frío... Esta última división la encontramos en alimentos y enfermedades, con sus correspondientes soluciones dirigidas a conservar o recuperar la salud. No se refiere a temperatura, sino a una cualidad intrínseca. El granizo puede clasificarse entre los seres “calientes”, ya que “quema” las plantas. Las esencias o “naturalezas”, no son necesariamente perceptibles. Tradicionalmente, lo femenino se vincula a la oscuridad, la tierra, la humedad y la sexualidad, mientras que lo masculino está ligado a la luz, el cielo, la vida, la sequedad y la gloria. Si dibujamos un cuadrante cruzando dos rayas, lo femenino queda abajo y a la izquierda, y lo masculino arriba y a la derecha. El Norte y el Oeste son femeninos, y el Sur y el Este, masculinos. Todas estas clasificaciones se entienden como necesarias y complementarias. La existencia del mundo depende del juego provocado por su oposición. No se puede hablar de aspectos exclusivamente positivos o negativos, pues de cualquier fuerza pueden derivarse bienes o males, según el lugar o el momento. Del interior de la tierra (lugar de la muerte), salían los “aires” que causaban hinchazones fatales al cuerpo. Pero del cielo (lugar de la vida) llegaban también enfermedades que consumían el cuerpo. La complementariedad de los opuestos conlleva su recíproca generación: la vida conduce siempre a la muerte;

la muerte produce la vida. La existencia es un ciclo posible gracias a la alternancia de las grandes fuerzas. El pensamiento mesoamericano no acepta la posibilidad de seres puros. Todo lo existente es una mezcla de ambas esencias. Es el predominio puntual de una de ellas lo que determina el grado de pertenencia de cada ser a estos campos taxonómicos.

Pese a lo elevado del lenguaje, los asistentes le entendían. Acompañaban su disertación con gestos aprobatorios. Los aplausos encendidos indicaron su aceptación más allá de la cortesía. Llegó el turno de la italiana. Lucía prorrumpió en palmadas evidenciando su interés. Terminándolas, volvió a mirarme. Y volví a sentir lo mismo. Esta vez percibí un punto de desafío.

La sexóloga, luego de mostrarse agradecida de ser mujer, obteniendo el aprecio inmediato de la organizadora y la concurrencia fémina, inició la charla a un nivel mucho más cercano y coloquial, pero contundente. Un auténtico alegato revolucionario, tolerable sólo en aquellas latitudes olvidadas. De suponer peligro de contagio social, los poderes destituirían de inmediato a los organizadores del evento y retirarían los fondos a la comunidad. Sin ningún miramiento. Oyéndola, los varones sentíamos en la frente el hierro candente e invisible de ser indignos. Parecido al de Caín o el rey David. ¿Nos lo hemos ganado?

—Podéis interrumpirme, compañeras. Mis respetos más sentidos. Un verdadero placer disfrutar de su hospitalidad. Simbolizáis el alma abnegada de lo colectivo. Su sostén. El compañero lo ha expresado a la perfección. Los cuerpos que intuyo bajo vuestros ponchos llevan centurias siendo

explotados en beneficio exclusivo del patriarcalismo. Es el momento de cambiar, de recuperar la mayor dignidad del matriarcado: la libertad. Todas sabemos que se nos alienta a ser modestas y privarnos de relaciones sexuales hasta el matrimonio. Los hombres desean que simbolicemos la pureza. Y si una mujer maya quebranta el mandado, la condenan. *Xkeban* fue avergonzada y humillada por su gente porque no podía ni quería reprimir sus sentimientos. Nadie se compadeció. El resultado, lo sabéis: se ahorcó. ¿De qué sirve honrarla ahora? ¿Qué hicimos cuando nos necesitó? ¿Qué hicimos para aliviar su sufrimiento y permitir el goce? ¿Y por qué maldecimos su renacimiento como *Xtabay*? ¿Quién lo propició, sino nosotros?

En otro tiempo y lugar habría criticado su actitud evangelista algo simplificadora, pero después de haber leído “Calibán y la bruja”, de Silvia Federici, encontraba sus palabras más que justificadas. Las aplaudí, para regocijo de Lucía.

—Señoras y señores, van a permitirme la humildad de revelarles que no siempre fue así. Más aún, hasta hace poco, era bien distinto. Van a permitirme que hoy hablemos del rostro sepultado de *Ixchel*, nuestra venerada y sabia reina madre cargada de hijos. Hoy vamos a hablar de lo que le gusta. De lo que nos gusta. ¡Fuera normas! ¿Queréis?

La sala contempló una treintena de sonrisas de complacencia atenuadas por el decoro.

—Porque es preciso decir que una transgresión primitiva fue el detonante de la circulación del tiempo. Quien hizo aparecer esta maravillosa Tierra, la agricultura, el

sexo y la procreación. La transgresión sexual causó la disrupción que permitió el paso de un estado pre-cultural a uno cultural. Fue un componente funcional del cosmos. Sin ella no existiríamos. Las fuerzas creadoras y las destructivas, como ha explicado el compañero, son oposiciones necesarias que permiten el dinamismo del universo.

Inapelable. Hasta yo estaba encantado. Y Lucía más, viéndome seducido. La sexóloga, prosiguió con su llamada al levantamiento lujurioso. Quién más o quien menos creyó que aquello podía acabar en cama redonda, aún sin entender la mitad.

—El desgarramiento del árbol de Tamoanchan es consecuencia de dicha “falta”. La expulsión de los dioses introdujo la muerte, pero la pérdida de la longevidad indefinida se vio compensada con la procreación, los vegetales comestibles y la primera luz del alba. Muchas de nuestras heroínas y héroes fueron acusados de vivir placentariamente.

Un murmullo parásito del pudor cicatrizado por los años, flotó espeso y amenazante.

—Es más; todas y todos apreciamos el aguamiel, ¿verdad? Pues os contaré su origen celestial. A la deidad del maguay se le llama “la undécima serpiente” Según sabéis, tiene la cabeza separada del cuello, del que brota sangre. Pues bien, en la historia de México, perfectamente contrastada y documentada por centenares de hallazgos arqueológicos, se narra que *Ehécatl*, dios del viento fue en búsqueda de una bebida que proporcionara alegría a los hombres. Lo dicen las piedras de vuestros antepasados.

Hablaba como levitando, que, ante su entusiasmo, es lo

que hacíamos ya todos sin necesidad de beber pulque.

—Los dioses comentaron preocupados: “He aquí que el hombre estará triste si no le proporcionamos algo para regocijarse a fin de que le tome gusto a vivir en la tierra y nos alabe con cánticos y danzas de gozo”. *Ehécatl*, conmovido, pensaba dónde podría encontrar un licor que alegrase a los humanos. Le vino a la memoria la joven *Mayáhuel*, diosa de la fecundidad, y fue hasta donde moraba hallándola dormida. Despertó a la virgen y le dijo: “Vengo a buscarte para llevarte al mundo de los humanos. Necesitan alimentarse de tu cuerpo y tu sangre”. A lo que ella, excitada, convino enseguida. Tan pronto llegaron a la tierra, se juntaron, convirtiéndose en un majestuoso árbol. Cuando la abuela que la cuidaba no vio a su nieta, descendió con otras en su busca. Para confundirla, *Ehécatl* desgajó el árbol en dos ramas: la suya y la de la virgen, que fue reconocida por la vieja. La troceó dándosela como alimento a las otras diosas. Al irse, dejaron incólume la rama del dios, quien pudo reunir los huesos de la virgen y enterrarlos. —Concluyo— En el lugar germinó la especie de la cual los indios hacéis el embriagante vino que bebéis. Es *Mayáhuel* quien brota del maguey. Bebamos pues, que las divinidades quieren que las festejemos así. Nuestro cuerpo se hizo para gozar, no para sufrir.

El local se vino abajo, por no decir que arriba del todo. Identificados con la placentera costumbre, había quien lloraba emocionada y quien lo celebraba saltando, perdido el comedimiento y el protocolo social. Los de la expedición felicitamos a los ponentes para, enseguida, quedar contagiados del exultante ambiente colectivo. Varones y

mujeres se abrazaban y daban besos prolongados, brindando con aguamiel. Desconozco si eran parejas fijas o nuevas. Por unos instantes, creí estar viajando en la máquina del tiempo de regreso a Zugarramurdi. Lucía se recompuso para anunciar que el jolgorio con música y bailables continuaría tras la cena. Al parecer lo tenía todo previsto, menos intimar conmigo. Creo que fui el único a quien no besó. ¡Explíquenmelo!

Los rebuznos de un burro quejoso en las inmediaciones, que el inconsciente debió considerar semejante, me devolvieron a la realidad de mi presencia furtiva en la casa. Retomé la inspección ocular particular de la morada de la diosa luciérnaga ausente.

Gruesos tapizones ajustados a los cristales impedían ver bien el dormitorio. La sensación de un aposento sagrado en el paraíso. La hornacina de la *Pachamama* presidiendo la entrada la comunidad. Ornamentando el perchero alto, anticipé cinturones acartuchados, sombreros varios, y botas al pie. El camisón blanco. Un tocador con espejo orlado y una cómoda con retratos de sus familiares, sobre la que descansaban guitarra y trompeta. El tálamo, protegido por un biombo de caña, quedaba fuera del campo visual. Si me apuran, tendría dosel. Y no me extrañaría que, encima, ositos peluches y regalos del francés y demás admiradores. Seguro, que pósteres de Che Guevara o el comandante Marcos, más alguno de Maná. Estantes con libros de Tagore, Dalton, Tolstoi, Beauvoir, Galeano y Marx. Y, no sé por qué, imagino que de viajes y semblanzas marinas. Por descontado que algunas fotos con Pierre y sus hijos.

Volví la vista al piano, rememorando que lo oíamos tocar en cualquier momento previo a las campanillas de silencio que, en verano, salvo viernes y sábado, repicaban a las doce de la noche. De hecho, solía atender peticiones musicales. Tocaba baladas de aquellas tierras y del sur. Violeta Parra, Soledad Bravo... También, de sus ancestros vasco-rusos. Una escena sobrenatural aquella música elevándose a los cielos tipo divina herejía mancillando la sinfonía natural de la selva virgen. Créanme que oí a Benito Lertxundi salpicado entre piezas clásicas. Podías adivinar sus estados de ánimo por las melodías que interpretaba. Si estaba alegre, acordes de *Mamma Mía*. Excitada, se arrancaba con *Ney, Nah, Ná*, del grupo “Vaya con Dios”. Nostálgica, se hundía en temas de Horacio Guaraní, o repetía su pieza favorita: *El Concierto de Colonia* de Keith Jarrett. De un modo que, estando pegados a la selva, sobrecogía y transportaba... Esperanzada, recuperaba la melodía de Jhonny Guitar. De hecho, la recuerdo decir sentirse entonces como Joan Crawford. Añado que infinitamente más atractiva, para mi gusto.

Ilich, Petrova y sus mil gatos, además del narrador y las criaturas presentes y lejanas de la jungla, la escuchaban embelesados. Las orejas altas. Ni se movían. Niños y paisanos se sentaban silenciosos en los bordes del porche para no molestar. En más de una ocasión, la oí cantar según colgaba ropa, y vi que dos ancianos tocados de poncho, asistían entrevelados al recital. Atentos, no sé bien si a música y letras góspel trascendentes, o al fetiche de las prendas. Se permitían el desliz de mirar. Raptos de viejos verdes. Los disculpé. No somos nosotros quienes hemos

creado el mundo y, desde entonces, no hay nada nuevo bajo el sol, afortunadamente.

Tal sería el panorama, que, en su momento, yo mismo me habría transfigurado de la serpiente *Ekuneil* colándome en el interior de esta casa cuando amamantaba; y cual leí que hace ella, tapándole las narices con la cola, le habría extraído leche de los pechos.

No les he dicho que su cabeza privilegiada adoraba crucigramas y sudokus. Solía verla cavilarlos y cumplimentarlos acomodada en la mecedora mientras fumaba sus cuatro o cinco pitillos rituales de mañana, mediodía, tarde y cena. Veía el perfil egipcio desde el palacio, cuando la mujer *decatlón*, salía relajada, con el humo en la boca, a respirar la noche fresca de cigarras y estrellas. Entenderán que no huyera de allá. Minerva ensimismada llenaba mis desvelos con visiones de hada. Me sorprendía hablando y acariciando ensoñado a la quitapenas regalada, tal que si fuera Lucía:

—Te quiero. Un gozo estar aquí juntos.

La casa tenía el toque personal de su gracia. Cuidados detalles. Los mismos que veíamos en la cocina siempre creativa. Como si no le costara. Un toque de esto, otro de aquello... Sin lugar a dudas, María tenía buena maestra. Imagino que la influencia sería recíproca.

En la estancia principal llamaban la atención un telar artesanal con docenas de tejidos con dibujos geométricos apilados al lado, y la presencia inusitada de una máquina de coser de la marca guipuzcoana Alfa. La utilizaba a menudo arreglando y ajustando ropas, o enseñando su manejo a quién se interesase.

Preguntada dónde había aprendido tantas manualidades y “artisticidades”, respondía:

—De mamá, la abuela y las escuelas socialistas, herencia de Cárdenas. No todo en la vida iba a ser malo.

Ni que decir tiene que aprovechaba cada ocasión para conversar con ella, y de paso, testar su predisposición. Los libros mayas que me prestó para culturizarme supusieron el pretexto perfecto. Las nomenclaturas distintas aplicadas a las mismas deidades indicaban una vasta cultura de prevalencia oral extendida por leguas y leguas de territorio, multiplicando las variaciones lingüísticas.

—¿*Ehécatl* y *Quetzalcóatl* son la misma divinidad?

—Parecido. Es una de las manifestaciones de *Quetzalcóatl*, el dios del viento en la cultura mexicana. El aliento benefactor de las nubes que traen lluvia.

Recordé un pasaje que me había conmovido al leerlo:

—He oído que enamorado de una humana llamada *Mayah*, otorgó a los humanos la capacidad de amar, para que pudieran corresponder a su pasión.

—Así es —repuso, sintiendo las palabras—. Y la habilidad de volar para llegar hasta él. Un hermoso árbol crece en el lugar donde pisó la tierra. Linda, la historia... Y trágica para mí, porque sedujo a mamacita y se la llevó. Lo que vino después, se lo contaré en otra ocasión. Es menos idílico.

—¡Cuánto lo lamento!

—No lo sienta. En realidad, es un privilegio.

—Me gustaría verlo.

—Está cerca. Igual vamos una tarde.

Cuando ya me daba por satisfecho, la sibila lanzó, sutil,

una coz a mi presunción:

—Lo relacionamos con los caracoles. Por el sonido del caparazón al soplar. Inconfundible... Voluble. Incluso, moncorde.

Recordé la anécdota viendo la estatuilla de la serpiente emplumada que lo representa, presidir el gabinete de la dama, donde un escritorio de roble castellano imponía su prestancia. Estaba encimado de ordenador portátil, un rímero de cuadrículas y facturas desordenadas, un antiguo tintero doble y el envés de un retrato que, supuse, contendría a sus seres queridos.

TERCERA PARTE.
El Juego de Pelota.

Las siete de la tarde y ni rastro. Juan y yo, peloteando con los niños. Una parte sustancial de *El Palmeral* relajados por los alrededores, esperando. Todos estaban al tanto del desafío estelar. Había partido y eso allí, era la cumbre. El único evento donde se permitían las apuestas. Hasta para los menores. Consistentes en algo muy práctico y curioso. Si ganabas, se te levantaban los castigos semanales que tuvieras acumulados Si perdías, los duplicabas o ayudabas a quien los tuviera. Como ven, una comunidad sorprendente. Mucho más no podían tardar, salvo que les hubiera pasado algo, que es lo que empezamos a pensar. Pero no. Los ladridos de los perros con Ilich y Petrova al frente indicaron que llegaban. Lo confirmaron varios estampidos de revólver y una docena de bocinazos.

Un jaguar enfebrecido, salto del Land-Rover, casi sin acabar de detenerlo. Martín se medio estampó contra el cristal, del frenazo. El mismo atuendo. Venía salvaje. Bronceada hasta por la luna. La Sara de Abraham expulsando del trono celestial a Agar, o Raquel Welch. Sólo le faltaba ponerse las cartucheras del sheriff y las pinturas de guerra en el rostro.

—Mi raqueta, Roberto, que andamos retrasados.

—Enseguida, hermanita. ¡Toma, sécate el sudor! —le ofreció un paño.

—Gracias, *Makukutah*, muy amable. Eres un cielo. ¡Qué haría yo sin ti!

La gente enardeció:

LU-CÍ-A, LU-CÍ-A...

Sonrió y saludó.

—¡Y café para ese calamidad! Ducharlo con agua fría. Lo quiero aquí en menos de media hora, no nos vaya a anochechar jugando. Va a estar difícil con semejante pareja, pero imagino que éstos, tampoco serán gran cosa, y un desafío es un desafío, sentenció mirándome con la serpiente en la boca.

—Me excitó, racionalmente. Parecía Tyson con rostro y cuerpo de Holyfield en el espectáculo bronco de los pesajes. Eso, o la res brava de los rodeos, intimidando a quien la quisiera montar.

—Palabra de vasca y rusa —le faltó añadir—. El sheriff intentaba todavía bajarse del jeep. Venía bebido. La botella de tequila, menguada. Visto con ojos de hoy, tengo para mí que lo emborrachó aposta.

—Xalbador, Juan... Disculpad. Cinco minutos. Voy a cambiarme

—¡Claro!

Había hasta silencio, un suceso inusual. Y para sorpresa de todos, se había tatuado un círculo en el hombro tostado, con un pequeño trazo cortado saliendo por la parte inferior

izquierda, Reparé en algo que antes no había notado. Sus ojos ajaponesados. Como doblados hacia los pómulos. Se llevaron al Marshall al pilón.

—¡Fuera! No es para tanto.

Tiró al suelo la botella, de cuyo sobrante licor dieron buena cuenta los perros. Más beodos a sumar al encuentro. Sonreía para mis adentros. Hasta Juan, una mente mucho más fría, se partía.

Yo estaba expectante de con qué prendas deportivas vendría la bestia. No me defraudó. Leggings negros cortos y camiseta ceñida limón. La maya con mallas. Hay ropas que no deberían permitirse. Menos, con aquel calor. Pero la herejía peor, aún no había llegado:

—Un cubo de agua, Roberto, por favor. Así no hay forma de jugar.

Se la echó encima. Volteó la cabellera de cobre cual los perros. Pareció que se desnudaba. Los pezones querían volar. Glúteos y muslos presentados al natural en sociedad; y la línea de entrada al cenote. Seguí comprendiendo el porqué del fenómeno dominical.

—¡Wow, wow! ¡Esto es otra cosa! —espetó—. Y entró a pelotear.

—¡Vamos, Juan y Xalbador, ayudadme! Es la hora. ¡A ver si sabes tocarla! Yo juego atrás; tú delante, seguro. — y me dio una palmada.

LU-CÍ-A, LU-CÍ-A...

En lenguaje pelotazale, los buenos juegan de zagueros y los torpes de delanteros. En lenguaje neurolingüístico, ya

lo habrán adivinado. El tercer apéndice amenazaba con crecer. Y otro aspecto que había pasado desapercibido: era zurda. Una ventaja, con frontones de pared.

—¡Hostia! Empiezo a saber por qué juega bien. Tranquilo, Xalba. Haz caso a *Xólotl*. No entres en pánico. Le faltará “chicha”, tipo Andrea, mi hija. Tocará con tino y las devolverá, pero poco más. Además, con Martín en ese estado...

Como enseguida verán, me equivoqué. Un prejuicio mío más.

—¿Llega ese degenerao, o qué?

MARTÍN, MARTÍN...

Reclamaba el vocerío.

Por fin, compareció el aludido, bastante repuesto. En esas latitudes el alcohol se metaboliza rápido. Aulló chulesco, al estilo coyote:

—¡Preparaos, pendejos! Vais a saber, gringossss... cómo pelean un maya y una mestiza juntos. Quítense el miedo. Apuesten. Todos firmes un momento. ¡Que suenen los himnos!

Seguían las sorpresas. Kerman, Roberto y otros, componían una banda. El acabose. La selva escuchando el Agur Jaunak.

¡VIVA MÉXICO! ¡VIVA EUSKADI!

—¡Que Viva!

Partido a treinta y cinco tantos. Monedas al aire. Azules o rojos, el detalle que se nos olvidó, y los acentos. Lo demás hubiera pensado que estaba en Ataun. El saque les favoreció. Y que Juan estaba como ido. Puedo entender el porqué. El pistolero, sin esfuerzo alguno, sabía colocar la pelota rasa y ajustada a la pared. Si lograba devolverla, le atizaba duro atrás y ya, el ingeniero no llegaba. 5-0 en un santiamén. Enseguida, 10-2 y 18-6.

—Pan comido, gallegos.

Ni yo, acertaba. El cabrón tenía un buen revés. Me sacaba de la pista. No obstante, el espectáculo lo daba ella. Su brazo de cocina era un martillo. El frontón no era grande y las ponía en el rebote. Imposibles de restar. Y cuando menos lo esperabas, sacaba el guante y te hacía una dejada desde el seis. Sorprendía. Estaba pletórica. Jugaba en su frontón y se notaba. Lo conocía al milímetro.

—Eso es, Martín. ¡Machote! ¡Viva tu madre! ¡Viva la Comunidad del Palmeral!

25-12 en menos de cuarenta minutos. Se abrazaban entre los aullidos del griterío. Ilich y Petrova, la coreaban a ladridos. No lográbamos acortar distancias. Sudábamos como cachalotes. Pedimos tiempo muerto

—Todo el que queráis gringossss, —bramó la autoridad—. ¡A ver, ese tequila que me estoy quedando frío!

—¡Agua, so cabrón! —le espetó ella—. El partido no está terminado.

—¿Te importa jugar delante, Juan...? —propuse—. Quiero el *vis a vis* con esta pantera.

—De acuerdo. No sé qué me pasa. Me tiene descentrado.

—Y a quién no, pero... Tenemos que ir más contra “el

estrellado". Hay que cansarlo. Con Lucía, bastante haremos con contener sus zarpazos.

—¡Qué hostias, pega! No parece tía. ¿Lo será? Empiezo a dudarlo ya.

—Mira sus leggins y saldrás de dudas.

—Ya lo hago, ya. —Confesó don números—. Ese es el problema.

—Hagamos tal que Asterix con Cleopatra, —le sugerí.

—¡Qué nariz!, Já, já.

—Es Mariana, la perla de Labuán, tío. Nos transporta a Salgari y nos hunde.

Kerman se nos acercó trayéndonos unas toallas y jugo de tamarindo:

—¿Qué le dije, profesor?

—Fantástica. Jamás creí que una mujer pudiera jugar así. Las de mi época, como no practicaban eran, en general, blanditas, sin embargo, ésta... Hay que reconocer que el hábito hace a la monja. Un avance generacional digno de aplauso.

—Mi novia dice que tiene la longevidad de las maderas, de las fibras vegetales. Su elasticidad, su perpetuidad en condiciones de humedad, extremo sol o lo que le echen.

—Es cual Mónica Bellucci, la Lucía de *Spectra*. Se sale de buena con cincuenta. Sólo que, en este caso, ella es James Bond.

—Buena apreciación, viejete. Eso mismo pienso yo. Vais a tener que cavilar mucho, o palmar. Disculpadme. He apostado por los nativos. Os veo melindrosos, já, ja.

—Vas a perder, guitarrista.

—Atento a las dejadas, que sabe latín —le dije a mi compañero.

—Y tanto, aunque no se deja tocar ni por Dios, já, já.

—¿Tiene treinta y pico o veinticinco?

—Un coco frío. —reconoció el economista— Valdría para la bolsa. Se concentra total y arriesga lo justo.

—Lo que te digo: Un témpano. ¿Pero tú ves cómo las saca de la pared y cómo las arrima la hija de puta?

—Las veo y no las veo, amigo Juan. Hija de vasco. Le enseñó bien.

—Y luego es este calor, tío. Estoy desfondado. En cambio, el sheriff no parece que necesite aire, sino alcohol para recuperar el aliento.

—Cierto. Están aclimatados. Lo tenemos complicado, pero hay que intentarlo; si no, cualquiera les aguanta después. Nos expulsan antes de tiempo, por mataos, já ja

Afortunadamente, se levantó algo de aire vespertino y el calor remitió un poco.

—Venga, mamones, —bramó la fiera—. ¡Tanto parlamento!... ¡Que se hace de noche!

Salimos al cemento, más temerosos que esperanzados. Ellos, esperando y como frescos. Felices. Por fin, además de los cariacontecidos compañeros de cooperación, parte del graderío se apiadó y nos animó con algunos cánticos.

—“Non nobis Domine, non nobis, sed Nomini Tuo da gloriam”.

—“No a nosotros, Señor; no a nosotros sino a tu nombre da gloria”

—Correcto, Ingeniero leído. ¡Batallamos!

—¡Vaya! Tenemos novedades: Xalbador se pone de-

trás. ¡Qué interesante! Falta hacía. A ver cómo lo haces...

La serpiente mordía sarcástica. En esta ocasión, con puño de guante y boca de hierro.

—Me va a pasar lo que a Juan —pensé—. ¿Sabe esta condenada, cuáles son las otras armas que tiene? Da la impresión de que no. Me encanta. Es “inocente” como las culebras. Tipo a Sherezade en Las mil y una noches. ¡Sea lo que Dios quiera! Te vas a enterar, mulata. Voy a darle al *pistolas* la misma medicina que me has dado a mí. En este partido, voy a olvidarme de ti como mujer. Llámame cobarde. A lo mejor, eso te descentra.

La estrategia funcionaba. Juan desgastaba al mexicano y yo aguantaba los embates de la mestiza. Rehuí liarme a pelotazos con ella.

—¡Cobardica, Güevón! —bramaba Orangu, pero resistí la tentación. No soy buen zaguero.

—29-21. Eres *un fresa*, profesor, aunque listo —se acercó a decirme con retintín.

Redujimos distancias. 32-29. La autoridad acusaba el alcohol. Lo vimos claro y lo martilleamos, para desesperación de Lucía. Comenzamos a atinar. La grada ya nos jaleaba por igual y sin cesar. Pidieron descanso y hablaron. Al salir, se me puso a un palmo.

—Siempre hay que tener equipo y un plan B. ¡No podrás con éste!

Y se giró, volteando la melena y agarrándosela con la mano. Fue derecha hacia Martín e hizo piña fundiéndose con él en un largo y afectuoso abrazo. Temí que no se separaran. Desde luego, el Marshall se hubiera muerto feliz entre los senos. Me di la vuelta para no verlo... ni verla.

Aquello era más que una mujer. La anaconda amazona y su lazo mortal.

—Venga Martín. Nuestro equipo es invencible. Terminemos con los ilustrados.

Puso un instante la raqueta entre los pechos, para envidia de todos, y cerró los puños acercándose a su gente desafiante. El pelo alborotado. Las piernas con barniz desde los muslos. Pechera y pubis sudando. El rostro perfecto de Cristo, sin miedo a la Cruz.

—¡Así gana una comunidad!

—Buen plan. ¡Sí, Señora!

Me conocen. Hay un momento en que me disparo. No lo pienso. Al volver para coger posición, le dije en bajo, rostro a rostro y sin apenas aire:

—El mío contigo es ya un plan X. No sé qué más hacer, preciosa. Hay que saber perder.

La miré como me miraba ella desde que llegué. Y me salió darle un beso en la frente.

—¡Suerte!

Después, me aparté sin saber bien qué hacer. Orangu, empujaba. Los clásicos consejos entre osados y sabios; explosivos, pero en ocasiones, efectivos. Quizás tengan razón el olfato y ojo de halcón inconscientes de *Makukutah*. Me convencí:

—¡Machácale con honor! Dale la guerra que pide. Gánale con ley. Te lo agradecerá. Esta mujer, lleva la rabia de quien ha sido vencida con engaños. Necesita la verdad. Y ya se la has dicho.

En diez minutos, híper competidos, 34-33. La escena de mi juventud se repetía. Esta vez, con la chica pretendida

dentro del partido.

A falta de un tanto para perder, devolví un saque envenenado. Le di con el alma. La resté al medio del frontis. Repetí el golpe, volvió a llevarlo adelante contundente y serena. Ya sólo jugábamos los dos. Ensimismados, no oíamos ni las cigarras. La grada en un ¡Ay! Las arrimaba todas a la pared obligándome a encomendarme a mi revés. Agradecí las muchas horas que, de joven, entrené fortaleciéndolo. Contemplé, golpe a golpe, que los músculos de su piel eran negros y resplandecían. Verla desplazarse por el firme, blandir la raqueta con elegancia femenina y felina, era un prodigio. Bajé la pelota al cuatro. La flexibilidad de la pantera lo alcanzó armoniosa sin dificultad. Parecía que disfrutaba. Sonreía. Le abrí al ancho y entonces entendí. Por ahí, sería vulnerable. Al ser zurda, forzaba su revés y le obligaba a correr más. Insistí en ese flanco. Se dio cuenta y cambió, muy lista. Preparó un ataque final. Con un amago de muñeca, desde el seis quiso poner la bola en el uno. Pilló a Juan en bolas, nunca mejor dicho. Pero la chapa sonó.

34-34. El personal estalló en alaridos de placer. Con los niños encogidos y tensos, alguien gritó:

—Tablas, Tablas.

—¡No sean chocolate, cagaos! Las cosas se terminan. Vais a perder gringos. La mestiza es imbatible. Tiene vuestra sangre y la nuestra. Una buena mezcla. Purito mezcal de selva. Caimán y jaguar. ¡Que corra ya esa pen-deja pelota!

Dijo el sheriff excitado. Su acento sonaba auténtico. El ingeniero y yo las hubiéramos firmado. Me temblaban las

piernas. La pantera relamía sus heridas, al modo de Shara-pova, apartada un poco al fondo y saltando enfrentada a la pared. Los puños cerrados y animándose. La miré. Al volverse, su gesto fue claro. Coincidió con el del pistolero:

—¡Juguemos y acabemos esto! ¿A una o a tres nuevas?

Como siempre, *seguro*la, yo iba a proponer que a tres. Pero se adelantó:

—¡A una! Es tarde. El viaje ha sido largo y el partido competido y bonito. Sea lo que tiene que ser. Veamos de qué lado masca la iguana...

No soy creyente y, sin embargo, me encomendé a Dios. Devolvió el saque con primor y ajustado a la pared sobre el cinco. Hice lo mismo. La pelota se le quedó delantera. Juan, que también había aprendido, la mandó al rebote por el ancho. La gacela la puso en el frontis sin mayores dificultades. Se la envié al Marshall. La pilló fácil. Me encontraba bien, aunque inseguro, lo que me ponía en apuros, porque le facilitaba los grandes golpes. No se le movían los músculos de la cara; al contrario que las turgentes mambas. La mirada fija en la pelota y mi raqueta.

De nuevo, *don ingeniero* la mando atrás con un imponente raquetazo. Tenerla lejos le había relajado. La devolvió como si nada. En un dos paredes cavilado, se la metí justo en el borde al *pistolas*, que casi la falla, dejándosela a huevo a Juan. Lucía había tenido que acercarse a cubrir los cuadros delanteros. Era nuestra oportunidad. Le arreó otro zambombazo atrás forzándola a correr. La devolvió de milagro, blandita. Me dio cierta pena. Titubeé si percutir a tope y machacar. Y en la duda, medio fallé. Se la dejé a placer. Nos quedamos vendidos.

—La pondrá donde le plazca. ¡Adiós, Fermín!

Y lo que hizo fue honorable. Restó al centro, fácil, como diciéndome:

—Juégame bien, cagón. De tú a tú. ¡Por favor!

El sheriff y ella eran de la misma escuela. Esta vez no dudé. La mandé al rebote. La devolvió. Repetí el golpe, la bajó a sorprender, pero la cogió Juan, quien, con un toque sutil, la puso en el *txoko*. Demasiado para el mexicana. La pantera se tiró a la carrera. Tocó la pelota con la punta, y aun cayéndose, logró el milagro de levantarla.

Bufé de asombró. Le pegué con toda mi alma; tanta, que me resentí del menisco. Se alzó cual un resorte y empezó a correr queriendo alcanzarla.

—Esta tía, es capaz de cogerla y devolverla...

Cuando vio que era inalcanzable, al llegar a mi altura se ralentizó majestuosa, estilo Usain Bolt. A cámara lenta, sentí el orgásmico placer de ver llegar al jaguar a echarse rendido y complacido en mis brazos. Indescriptibles sus labios perlados a milímetros de los míos. Los pulmones le jadeaban. Tuve que sostenerla. El puma se volvió cisne. Me saltaron lágrimas de la emoción y la tensión.

—¡Tonto! ¿Te has hecho daño? Perdóname. Soy una mula testaruda.

El agua brilló en sus ojos japoneses con el último sol del día. Debí haberla besado. El estruendo de los aplausos y la gente corriendo hacia nosotros lo impidió.

—Muchas felicidades, Cielo. Tu cumpleaños. Juegas como los ángeles. Lo que eres. Siento que hayas perdido en tu día —reconocí.

—No pasa nada. Hemos peleado duro... Es verdad. Con

tanta emoción, se me había olvidado.

—A mí, no. En casa tienes un regalo esperándote.

—Y tú, otro. El perfume prometido. Además, ya tienes pareja de baile.

—Espero que para rato.

—¿Quién sabe! Para eso, hay muchos otros domingos. Éste es especial. Mira el sol descendiendo a descansar y la luna ocupando su lugar. Confío en que no sea de sangre... ¿No es un espectáculo deslumbrante?

—Tú eres deslumbrante. Digna hija de ambos.

—Quizás hoy, descubras lo que viniste a buscar. Voy a enseñarte a Kax, el centro mismo de la selva. Así la llamamos los mayas.

—¿Y eso?

—¿Creo que tú estás allá! Cambiémonos. Coge unas tortas de maíz de las que tendrás hechas por nuestra *María maravillas*, y alguna fruta. Y luego, ve a mi casa. Antes, es preciso beber *balché*. Sé discreto. Bastante doy que hablar.

—Excelente persona —le dije.

—Mejor cocinera que yo. Y una estupenda tapicera, además de madre. Ya ves que prendas tan lindas viste y hace.

—¿Qué ropa me pongo?

—Pantalones largos y un jersey. Con eso bastará.

Un reflejo verdoso de los ojos de Lucía impactó en mi cerebro cual un misil. Recordé, súbitamente quien los tenía iguales.

Nos excusamos del gentío. Pensé:

—Tal vez, en esta ocasión, con una pizca más de suerte y paciencia, la chica se quede un tiempo conmigo... Volví

a equivocarme. Me estaba olvidando de sus cinco días en Pekín; de su maquillaje y carmín. Del Palacio del Corazón y la Siguanaba; de mi miedo a revivir.

—Los hados nos guían, imperceptibles. Precioso tu regalo, Xalbador... ¡Justo, hoy! ¿Cómo has conseguido el libro de Zunzunegui: “La paz en la guerra de los sexos”? Uno de mis autores preferidos. Tenía muchas ganas de leerlo. ¿Sabes que le invité a venir al Palmeral?

Me besó, cómplice, en los labios de modo fugaz, escapando de miradas indiscretas. La deformación profesional sociológica, siempre vigilante, sacó el tiempo de fijarse en que el partidazo tuvo la característica de ser el único momento en toda la estancia, si recuerdo bien, donde las emociones reales taparon la presencia de los espíritus. Nadie hizo referencia a dioses. Por primera vez, la población se comportó de manera occidental siendo protagonista directa de los sucesos. Lo cual me gustó. La cosa duró poco, como enseguida comprobaría.

CUARTA PARTE.
La Selva.

Hicimos según planeamos, nos santiguamos delante del altar de *Kahtal Alux* y cayendo la noche sobre aquel reino complejo ancestral, denso y difuso, entramos sigilosos en las sombras salpicadas de luz cenital.

Mi cerebro funcionando a tren, estilo Mircea Eliade, aunque desconcertado. Una mano con algo de Iguana, guiaba firme. Caminaba callada y como atraída por una fuerza invisible. Tuve la impresión extraña de que, a cada paso, la *Maitreyi* se iba desvaneciendo... Que ya no estaba con una persona humana. Tal era la lejanía de su abstracción. La sensación era de haber vivido una escena similar, un “*deja vu*”.

Advertí de repente, que se había puesto el immaculado vestido colonial con el que nos recibió. No parecía el más apropiado para adentrarse en la jungla. Pero ella sabría. Adivinando mis pensamientos, se detuvo al pie de un imponente y resinoso Chicozapote -cobrizo como yo- rodeado de vigorosos Yaxchés sagrados iluminados por Selene.

—Abrázame, Xalbador. La noto rara. ¡Mírala! Está avergonzada. Tal vez las ofrendas no fueran del todo de su agrado. Ni le guste que estemos juntos.

—¡Olvidalo! Paparruchas vuestras. Yo la veo complacida e inmaculada. Y a ti, cual ella.

—No blasfemes. Escucha. Aguza los sentidos. Y dime que oyes. Estamos dentro del paraíso al que te empeñas en entrar con la razón. Sólo que éste, es real.

—No entiendo lo que dices.

—Calla. Presta atención. Es más, como veo que, únicamente, usas los ojos, voy a vendártelos si me permites.

—O.K. A condición de que no me asustes más. Y digas qué te propones.

—Despertarte, caballero. Calmarte.

—Con que logres lo último, me conformo.

Orangu reclamaba carne. La tomé de los hombros con ansia y medio la vampiricé sacándole un moratón de ganas.

—¡Suelta, bruto! Me haces daño. No se trata de esto. Sigues estando en el planeta de los chiquillos. ¿Crees que consiste en poseerme en plan cavernario? Lo desconoces todo, absolutamente.

—No estoy dispuesto a más luchas. He tenido bastante. Si tus deseos son distintos a los míos, prefiero volver. Me contendré.

—¡Son iguales, tonto! Sólo que has de aprender a expresarlos tal cual eres, no como los sientes de apremiantes. Confía en mí y te mostraré al Xalbador que la sociedad mató siendo un niño; o quizás, después. Puedo vislumbrarlo, pero todavía no logro verlo claramente. Con la ayuda de *Yum Kaax*, descubrirás el viejo mundo que habías venido a buscar, y a la verdadera Lucía formando parte de él. Tal vez, entonces, mi carne no te guste tanto.

—¿Quién es ese?

—El Señor del Bosque. Un hombre bien parecido. Protector de la vegetación silvestre y procurador de prosperidad. Guardián de los animales... Le ofrecemos los primeros frutos. Estemos atentos porque se vale de cánticos para asegurarse la caza. Un zurdo muy diestro. Lanza flechas que regresan mágicamente al arquero. Tiene muchos enemigos aquí. Parecido a ti, já, já.

—No conseguirás inquietarme con semejantes candilejas. A mí me basta con lo que veo, señorita. Una mujer magnífica. Todas las ciencias reconocen a los sentidos como los últimos reductos de la autenticidad.

—Vuelvo a pedírtelo, corazón rebelde. Acepta ser guiado y sumergirnos en este abismo de reglas ignotas. Deja que te ponga una venda. Y si entonces aún me quieres, y te sigo queriendo, echaremos raíces el uno dentro del otro. Tú decides.

Orangu sentenció:

—“No tienes opción” —y acaté el mandato—. Es verdad que mi espíritu científico se había sobrecogido con su verbo y puesto en modo receptivo. De nuevo, una sabiduría esencial. La sensación parecida a la de mi conversación con Roberto. Intuía que algo raro sucedía. Con tanto misterio alrededor, me salió reírme.

—Creía que las relaciones aquí eran más fáciles. ¿No decías que era un puritano?

Desperté a la fiera. Y delante de mis ojos incrédulos, se bajó las hombreras del vestido hasta las caderas.

—Idiota. ¿Qué es lo que quieres? ¿Esto? ¡Toma, cógelos! Siempre han sido más vuestros que míos. Te los doy. A ellos, no a mí. Soy mucho más que un cuerpo agradable.

A menudo, un espíritu desagradable. Bien lo sabes. No tengo por qué gustarte. Ni tú a mí. A eso hemos venido aquí: ¡A comprobarlo!

—Por favor, Lucía. Estoy más que incómodo. Vístete.

—Más lo estoy yo. Europeo de mierda. No te creía tan directivo y cerril. Crees ser el sol y a mis ojos eres un hijo bastardo de esa luna de hielo. Mírala, ahí. Brillante pero repudiada y herida, casi muerta. Los brazos extendidos de niña suspirando compañía. ¿Vas a calmarte? ¿A quién le interesa un amante desesperado?

Sus ojos orientales me hirieron con la verdad.

—Tienes razón. Discúlpame. Respiremos... De acuerdo. Tú sabes. Vine a intentar renacer. Estoy en tu entorno; y encantado, además. Puedes vendarme. Permíteme un beso para coger aire. Suave, no como antes. ¿Puedo?

—Puedes.

Entre la visión reciente de los pechos, semejantes a se-ráficos culos, y su sabor a piña y mango, dependiendo del punto de contacto, quedé tieso en el sitio. Aproveché la licencia concedida de la mano para cogerle el brazo. Me dejó hacer sin protestar. Encontré un cutis más blando de lo que cabía esperar por el ejercicio. La encarnadura, olo-rosa y tierna. Reconstruí con los dedos el holograma de su físico de bailarina, musculado sin exceso.

—¿Suficiente?

—¡No! Necesito meditar un minuto colgado del racimo. Esta vez fue ella quien se rio. Sois todos iguales.

—¿Y te extraña? ¿No nos pedís más sensibilidad?

—¡Vale! ¡Venga! Hasta cuando quieras, con tal de que sea antes del amanecer. Y no vayas a creer que me disgusta.

No soy de piedra; soy de hielo, recuerda. *La Siguanaba*, don Cipitío. —ironizó—. Y como aparecido por encantamiento, un tapir se deslizó fugaz y mimético justo delante.

—Lo sé, me he informado. Te he visto rondar el palacio del corazón —acerté a balbucir, ya con su labio inferior atenazado suavemente. Una eternidad después, se soltó poco a poco. No quise abrir los ojos.

—¡Hazlo! Es ahora o nunca —concedí.

—Perfecto. Masca esta raíz. Es inocua. Simboliza que te unes a lo que te rodea y deseas ser parte suya. Concéntrate en el pensamiento maravilloso de pertenecer. Y abandónate, porque no estás en ningún lugar y estás en todos. Déjate llevar por ti. Como si estuvieras solo. Y por nada del mundo, te quites la venda. El hechizo desaparecería. Podrías despertar a *Yun Kimil* o *Kanuayeyab*.

—Puedo imaginármelos. Jaguares devotos de carne y almas, —ironicé a mi vez, dando en el clavo, según supe luego.

—Confía. Estamos juntos. También yo comienzo un viaje a mí misma. Deja que la selva nos una. Tranquilo, coincidiremos siendo el mismo ser.

—De acuerdo. Aunque con el trapo tan ceñido, el universo se ha apagado, linda. Ni punto de comparación. Ya me dirás cómo lo enciendo.

—¡Así!

Me besó muy breve y sentidamente, cual lo hacen las palomas.

—Siente el temblar de la tierra y sus criaturas, cercanas y lejanas. Toca los árboles. Nota su sangre, la savia. Hasta enseguida, cielo... Adiós, profesor.

—Adiós, cocinera. —accedí, sintiendo hervir la mía, impulsada por latidos que se atragantaban.

Pese a que era evidente que esperaba reencontrarse con otra persona y nunca más con el tutor, el juego comenzó a gustarme. Me predispuse no sé muy bien a qué: si a ser o sentir. Mi inconsciente, que presume de culto, debería haberme prevenido de tontear con una Hamadriade griega - Eurídice, posiblemente-, pero no lo hizo. La oscuridad ya no era tan silenciosa. Había docenas de sonidos. Moví mi cabeza arriba y abajo y sólo percibí luces y sombras. Ninguna presencia extramundana. Hundí las manos en el humus. Palpé lianas y raíces; abracé árboles con la mejor intención. Quise reconocerlos como iguales y tratar de comunicarme con ellos. No recuerdo que sucediera ni sintiera nada especial; si acaso, cierto calor y suavidad hasta en las rugosidades. Después, me senté con cuidado. Pasaron los minutos, Una única vez llamé quedamente y nadie contestó. Y, créanme, debí dormirme; o eso creo, si es que aquella raíz no era otra cosa. Empezó el viaje al principio del mundo. Un sueño que trataré de reproducir.

Yo era un niño de corta edad. Una joven algo mayor me conducía. La reconocía como Lucía, igual que presentía que no era humana y que la sobrecogía un temor ancestral. Una pena esencial; a manera de orfandad. Sin que camináramos mucho, llegamos a un alto encimando la escorrentía. Sentí una especie de tensión eléctrica en el lugar. Un campo magnético que oponía resistencia y te frenaba al atravesarlo. Ella, adelantada y oculta por el follaje, me animaba.

—Cruza, no tengas miedo. Es tu esfera; nadie más pue-

de entrar ahí.

—No quiero, no quiero ir más allá. ¡Quedémonos! —le suplicaba.

—Xalbador, sabes que sí quieres. Quieres conocer la totalidad. Saber quién eres y qué soy. Deseas entenderme. Traspasa tu miedo y el mío, y tal vez yo esté allí. En cualquier caso, estarás en tu espacio-tiempo y serás todo lo feliz que nos está dado ser.

—Estoy conforme con lo que ya sé. Me gustas de aquí a la eternidad.

—Te engañas. Esta mujer es un espejismo. Soy un animal bestial: *Utz-Colel*.

La voz llegaba diluída. Me estremeció que citara la leyenda explicada por Kerman. La confusión impidió que recordara los detalles. Prosiguió con su particular exorcismo, conmigo siempre expectante y crecientemente escéptico. Esoterismos del gusto de mentes harto fantasiosas que acaban inquietando. El *run run* molesto de haberlo vivido antes. Me dejaba hacer.

—Tu Lucía real tiene que ser la que encuentres allí. No sé si seré yo. Aquí, en esta tierra, tengo otro Xalbador. Se te asemeja mucho, pero es mayor que tú, aunque tú eres más viejo. Es una sensación extraña. Un suceso imposible. Tengo que esperar a que crezcas para saber quién eres. Si cruzas, me ayudarás. Sabremos quiénes somos. Ojalá que seas él y sea yo.

—¡De acuerdo! Te ayudaré.

Me santigué mentalmente y entré. La encontré casi de inmediato. Resguardada en las raíces de una chimenea de piedras calcinadas. La levanté con mimo. Nuestros cuer-

pos expedían vaho y se confortaban. Los ojos rasgados de una serpiente amorosa. Parecía medio dormida; ida quien sabe dónde. La así con firmeza de la cintura y la lengua se liberó de la prisión.

—Desde que llegué mi cuerpo se reconoció en el tuyo. Quiso desnudarte y tomarlo al asalto. Yo no quería porque, a la vez, me asusta arrojarme a tu inmensidad, pero él te desea. ¿Permitirás que lo haga? No lo profanaré con ojos de profesor. Mis raíces quieren sentir fuego debajo del hielo. Derretirlo para que resuciten ellas, y tú no te mueras. En algún lugar de los dos, sufrimos desamparo. Dejemos que se mezclen y se pregunten. Cuando alcancen tu comienzo, pídeles que se detengan y lo harán. Y cuando llegues a mi comienzo, pídemelo continuar.

La hermosa *Sihuehuet* movió la cabeza asintiendo.

—Me pasa lo mismo.

Creía que sucedería algo y detendríamos las bocas o los apéndices delante de los árboles prohibidos. Sin embargo, nada aconteció. Dejó que la tocara milímetro a milímetro. Que penetrara su infinito. Dejé que palpara lo mío recóndito. Arrodillados, nos lamimos cual animales. Nos entramos a dúo y un Amazonas se desbordó. Mordisquea su cabellera cobriza hasta casi arrancarle jirones. Suplicaba que, a mordiscos, marcara en su ingle, la inicial de mi nombre. No gritó, pero sintió entrar deslizante las escamas barnizadas de una culebra venenosa y hereje hendiéndole rígida, procaz y hambrienta la lengua bífida. Cruz contra cruz. Noté su calor infrarrojo y la melena ensanchada detrás de los oídos ayudando a localizarme para enroscarse y apresarme. La leve claridad iluminaba mi antifaz. Me lo

quitó limpiamente con el hocico altivo de las cobras. Clavó los dientes y apretó con todas sus fuerzas. La resina inyectada quemó la piel y la atravesó. Al abrir los ojos por el dolor de la muerte tenía enfrente los colmillos gigantes de la luna goteando sangre sobre esta particular Amazonía. La identifiqué como mi asesina y pisé con saña su cabeza hasta separarla del tronco. Ni un quejido. Sendos *Chechén* y *Chacah* brotaron gemelos donde cayeron.

Entonces me morí. Sé que es absurdo, pero, al instante, unos colibríes me dieron a beber *balché* y *xtabentún*, los licores que probé en Xul, y emergí asustado de un cenote, sintiéndome fragmentado, aunque invulnerable, y reforzado mi enamoramiento por Lucía. La maraña de manglares y ramajes impedía ver el derredor. Me incorporé y los aparté a raquetazos. El aire quemaba. Cerré los ojos. Una algarabía de niños volando me sobresaltó. Los abrí nuevamente y delante tenía la pirámide de Teotihuacán sin derruir. Vergeles con estanques de flamencos y parejas de pijijés la precedían. Hombres y mujeres faenaban arrozales y acarreaban gavillas. Sonaban trompetas celestiales. Buda bebía tequila encima de una encina. Un reportero con altavoz y vestido de mosquetero preguntaba en inglés, donde estaba María Antonieta para entregarle el título de la Sorbona. Eché a volar raudo hacia él y le mentí. Le envié a Siberia. Me aseguré que tomaba el camino equivocado. Aplaudí a escondidas mi ardid, como un niño feliz de su travesura. Cogí dos flores de muchos pétalos que eran anillos de orfebrería. Uno bailaba sin parar y el otro, que olía genial, me llamaba por el nombre. Me engasté el alegre y tiré el círculo charlatán al aire. Se transformó en un dado.

Lo atrapó al vuelo una gaviota que descendió y que, al posarse, era un hermoso cisne. Dejó el cuadrado apoyado de modo inverosímil en una arista que, de súbito, se convirtió en un tatuaje redondo con un pequeño palote sobresaliendo en la parte inferior izquierda. Dentro, la inscripción del poema de Trueba de la iglesia de San Vicente en Bilbao:

*Dicen que el cisne, cuando muere, canta.
Y hoy, tanto de mortal mi dolor tiene,
que acaso es la del cisne, mi garganta.*

Rodó un poco y salió el número treinta y tres. Insatisfecha el ave, lo movía con las alas. Decía:

—¡Acércate para que salga cinco y tire otra vez!

—¡Que salga el seis, que salga el seis! —le respondía yo, travieso.

En cada tirada, lo besaba y el anillo, ave y dado con forma de “P”, me correspondía. Chocábamos los picos y decíamos:

—¡Suerte, Suerte! Tú que todo lo puedes, haz que salga el hada de *la nada*.

Cual los mellizos *Hunahpú*, se quitaba y ponía la cabeza a voluntad. Uno de los rascacielos Trollstigen se desmoronó con la ola que formó la botella tirada por el Buda enfadado, viéndose al reportero encogerse congelado de frío. El agua nos arrastró. Tal que la flor, olía irresistible. Apetecía seguirla. Inundó Yucatán. Vimos un cartel que decía:

¡MUERTE A LA COMUNIDAD!

Todo quedó oscuro y frío. Me parecía escuchar lejanos ruidos metálicos mezclados con chillidos humanos. Una bruja gritaba:

—He perdido la bujía. Y no se puede nadar sin bujía.

Al principio, pensé que, por segunda vez, me ahogaba. Mas sucedía otro absurdo. Las olas saladas eran besos con forma humana echando paladas de azúcar dentro de mi cuerpo. Leñadores edéntulos ponían en marcha un tren de carbón, a hachazos. El humo negro cambiaba a amarillo-naranja y provocaba que una nube lloviera veinte plumas rosas de flamenco en el corazón. La misma voz conocida decía: “Mira a ver que hay dentro”. Vi que sobre mis latidos caía una nevada de látex. Crecían y crecían. Se redondearon y sincoparon hasta hacerse una nueva luna. La cogí con la mano para iluminar la selva y quise dársela, pero era un cactus con sanguijuelas que la sangraban. Al insistir en hacerlo, se incendió y desapareció. Una tumba ocupó su lugar con la flor Tzacam naciendo en la mitad. Sentada desnuda e irreverente en la losa, junto a una frondosa ceiba, la Siguanaba arrancaba sin herirse espinas del cactus para peinar su cabellera gomosa hecha de Neyoltzen y arañas corredoras Chivoo aplastadas. Cada cabello caído era un hombre muerto del que los cipreses del cementerio se reían. Otra mujer de rostro risueño y con estrellas en el pelo se aprestaba a reunirlos. Decía “In yakumech” y los convertía en calabazas que se disolvían al tocarlas. De la mano de una niña, un niño de corta edad gritaba ¡Mamá, mamá! Al oírlo, cerraba sonriendo las ventanas de sus pechos pillándole los dedos. Supe que me calmaba y la amaba.

Entonces, desperté y fue el terror. Estaba sin la venda y, pese a la oscuridad, todas las cosas reverberaban penumbras color cobre. No recordaba bien quien era y donde estaba. Grité a fin de darme a oír. Nadie respondió. Oí chapotear las colas de los caimanes anticipando el festín. Logré salir a un espacio diáfano. Un resplandor rojo hizo que levantara la cabeza. Me sobrecogió la visión surrealista del temido eclipse de sangre que sentencia las cosechas. Quedé pasmado contemplando el sacrificio. Pasaron los minutos. Me entró el pánico. Recobré la sensatez.

—Lucía, te lo ruego, acaba esta tortura, —gritaba según trataba de orientarme para regresar.

Pude hacerlo por las luces del caserío y el estrépito de cacharros y gritos semejantes a *irrintzis* con los que los indígenas, caminando en círculo con teas, porfiaban conjurar el maleficio sangriento. Les oí murmurar:

—¡Ya nos cayó el *chahuistle*!

Entré en casa medio inconsciente, huyendo de cruzarme con nadie ni acordarme de mirar si ella había vuelto.

—¿Pero qué sucede? —acerté a preguntar sin detenerme. Kerman contestó sin alzar la vista del ordenador.

—Temen que sea un mal augurio y tratan de espantarlo. Para ellos representa la cópula sangrienta entre sol y luna. Creen que si se muerden mal producirán la ruina de la cosecha del maíz o advendrá alguna calamidad o intromisión extranjera contra la comunidad. Llevan toda la noche conjurando el peligro de que se devoren mutuamente. Si lo logran e *Ixchel* sobrevive, se inaugurará un ciclo de prosperidad. Llegaran los hijos acompañados de abundantes bienes.

Aterrécé de bruces en la cama con fiebre y escalofríos.

A la mañana siguiente, antes del alba, tomé conciencia del episodio delirante. Corrí a buscarla. El campamento, aun atrapado por una actividad frenética inusual, expedía esa especie de silencio mortal de los sepulcros abiertos. Humos y olor de incienso y carnes quemadas ofrendadas en desagravio. Toqué la campana.

—Ha salido esta mañana temprano, —me informaron sus vecinos—. No vendrá hasta el domingo. Un asunto importante, ha dicho. ¿No se lo dijo anoche?

—Nos separamos por el eclipse.

—¡Claro! Una desgracia terrible: *Hunahpú* mordiendo a *Ixmukané*. ¡*Chaac* y *Yum Kaax* nos asistan!... Habrá sido un imprevisto. Su padre, quizás. Ya sabe. Tiene mil quehaceres. ¿Necesita algo?

Desde aquel episodio en la impenetrable foresta no estoy bien. Me siento desvalido. Me esfuerzo en llevar una vida normal aquí en la comunidad, pero he regresionado otra vez al estado *chullachaqui* amazónico⁵. Soy un alma errante, vacía y dependiente. En mi cabeza, oigo de nuevo a Antonio Flores:

*Una espina se clavó en lo alto de mi montaña;
y una nube se posó sobre mi tela de araña.*

⁵ Interesante estadio de la personalidad, bien reflejado en la película “El abrazo de la serpiente”, y que narro en un anterior libro: “Manzanas de Hiel y Miel”.

*Sabe Dios lo que pasó;
 está escrito en mis entrañas;
 la zarpa que desgarró mi túnica de pasión.
 Tú sabes cuál es mi dolor;
 por favor, dame calor.
 El carmín no es solución, pues mi alma sigue gritando.
 La carne viva cicatrizó, pero mi herida sigue debajo.
 No hay dolor, puedo dormir;
 ahora estoy acostumbrado; ahora me puedo reír.
 Me puedo reír de ti.*

La responsabilidad en la cocina, impedía que pudiera viajar a la ciudad a resolver el embrollo. Animado por los avances en el uso de especias culinarias que iba acumulando de las manos expertas de María, me refugié en recolectarlas guiado por Renata, que recorría a diario un sinfín de veredas y trochas de montaña recopilando, también, plantas medicinales, hierbas, raíces, arbustos, flores, hongos...

La confraternización de caracteres que alcanzamos dando mi estado de recogimiento, similar al del voto de silencio quinquenal de los ascetas pitagóricos y superior a su introversión natural, hizo que, en una de estas salidas, ella rompiera el suyo y se atreviera a confesarme que estaba pensando en prolongar la estancia.

—Es fastuosa la diversidad floral; casi en cualquier estación. Heliconias, azucenas, nardos, ficus de todas las alturas, flor del terciopelo, despeinadas, tulipanes... Un lujo vivir en este paraíso.

—Sí... Acá son muchas las cosas que producen la tentación de quedarse.

Me halagó sacar una sonrisa a su inteligencia cuando, conocedora de las peripecias por las que yo atravesaba, captó el doble sentido de mi frase, que hasta utilizaba proposiciones gramaticales autóctonas.

—Sería fácil instalarse solventemente —dijo.

Aún lo desconocía, pero no iba a ser la única persona albergando esas intenciones.

—Pondría una tienda de plantas aromáticas, ungüentos, flores, miel... La llamaría “La Casa de las Orquídeas”. Y empezaría una colección de ellas. Las hay a miles. Toma, llévale éstas a Lucía. Simbolizan el deseo por una persona.

—Muchas gracias. Son preciosas.

—¡Como ella! Fuertes y delicadas a un tiempo.

—¡Montaraces! Si te refieres a Lucía —acerté a decir.

Su contenido verbo natural la llevó a callar. Siguió con las meticulosas notas de campo.

—¿Adónde lleva la senda entre rocas que sube por el cresterío? Tienta ascenderla.

—A casa de Luisa. Vive al otro lado. Una señora mayor; todavía con la firmeza de las ceibas. Se llega mejor desde el lado de Uxmal. Por aquí es peligroso.

— Y, así y todo, he oído que prefiere vivir fuera del poblamiento, pese a sus años, ¿verdad?

—¡Sí! Es muy particular. Curandera. La frecuento a menudo. Dice que le gusta estar cerca de Ixchel. De esa clase de personas que donde nacen, mueren.

—En la antigua Grecia las llamaban Dríades, ninfas de bosque. Muy famosas. Protegían las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. No son inmortales, pero casi. Pueden vivir largamente.

—A esos duendes, aquí, los llaman *Aluxes* —precisó.

—¿Esos muñequitos de barro que vemos en altares a la entrada de los huertos, a los que llevan comida y agua? Me han hablado de ellos, y no precisamente bien. Dan “yuyu”. *Kahtal Alux*, creo que los denominan.

—¡Los mismos! Significa “Casa del Alux”. Guardianes de las milpas, la selva y sus criaturas. Protegen Xibalbá. Antes de entrar en lo boscoso hay que pedirles permiso. Si no lo haces provocan accidentes, enfermedades o incluso desastres naturales. Desaparecen de improviso porque cobran vida.

—¡Caramba! Voy entendiendo...

Rememoré la conversación con María y también que, a Dios gracias, los habíamos honrado la noche de mi iniciación selvática.

—Durante siete años cuidan la salud de los cultivos y ayudan a crecer el maíz. Llaman a la lluvia y vigilan por la noche espantando a animales o ladrones que amenacen los campos. Tras el ciclo, *los Aluxes* pueden convertirse en agresivos *Ah Tabai*. El campesino tiene que cerrar esa casita.

—Sé cómo se las gastan. ¡Como para dejarla abierta!

—Já, já.

—Llevo tiempo queriendo visitarla, pero no me decido. Temo importunarla.

—¡Hágalo! Diría que te está esperando. Me pregunta por ti. Indaga cual si supiera quién eres.

Días después, corrieron por el poblado rumores vario-

pintos de que Lucía y Martín estaban negociando con un magnate extranjero conservacionista la implantación cercana de un hotel sostenible que diera empleo a algunos miembros y salida comercial a la artesanía y agricultura local. Contaban que estaba dispuesto incluso a contratar a un biólogo, de ser posible, hijo de la comunidad, que enseñara a los huéspedes la diversidad de la zona, a la par que se le permitiría inventariarla. La conversación recién mantenida con Renata se me hizo, entonces, plausible. Quizás estuviera al tanto.

—Se lo comentaré en la siguiente caminata, profesor...

Otros hablaban de que se gestaban movilizaciones contra la deforestación forestal y de un proyecto chino de minería de tierras raras. Kerman y Juan los veían factibles. La discreción que se me pidió, obligaba a callarlo.

SEPARATA.
El Chamán.

—¿Estás seguro del veredicto, Roberto?
—Completamente. Mamá lo ha confirmado. ¡Xalbador es mi padre! He visto al dios del maíz sembrando grano en el inframundo desde una canoa conducida por una remera niña. Mami lo estaba vistiendo. Y el río germinaba el caparazón de una tortuga de tierra. Es fácil interpretar la visión. Éramos tú y yo. Los héroes gemelos, hijos de *Hun Junajpu*.

—Me duele en el alma decírtelo, Roberto. Quizás sea un *Xibalbá*. Nos internamos en *Kax* hace unos días. No salió bien.

Lucía acercó la foto a la pequeña lumbre sobre la que momentos antes *Makukutah* había ejecutado un ritual chamánico de conexión con los ancestros. Iluminó los rostros de una chiquilla de trenzas de corta edad cogida de la mano a una mujer ataviada de huepilli y rebozo con un niño recién nacido sujeto al pecho. El humo del tabaco quemado emborronaba las imágenes y su aroma embriagaba con una mezcla de asfixia y ensoñación las dos almas.

—¿Seguro que María encontró este retrato nuestro en su chaqueta?

—¿Dónde si no?... Y con una descolorida muñequita pegada al dorso, distinta de la que le regalaste.

Buscó cobijo en el hombro tatuado de su hermanastro, desnudo de cintura para arriba y tocado de plumas. Las luces llameando en la oscuridad desencajaban aún más, si cabía, la cara tiznada de arcilla del guía. Sus ojos nictálopes daban la impresión de haber ingerido enteógenos.

—¿Por qué ha vuelto?

—No hallo respuesta.

—¿Cómo te sientes Roberto?

—Aliviado y contento, por una parte. En shock, por otra. Desconcertado. ¿Qué vamos a hacer? ¿Y tú?

—¡Ay, hermanito! Por eso sentíamos tantos palpitos.

Del abrazo, cayeron lágrimas a tierra que los seres del inframundo, apiadados de la congoja humana, respetarían quedándose sin beber pese a la sed.

—No sabemos si sabe que eres su hijo. Dudo mucho que no exista una carta explicándoselo. O que no lo pueda deducir. Tiene que recordarlo. No es una obligación aceptar ser padre, pero... Quizás debiéramos decírselo. Tú tienes que decidirlo, Roberto. Tampoco sé si sería bueno para el colectivo que se quedase.

—Ni yo.

—Lo prioritario es comprobar que no es pernicioso. Averígualo. Si tengo que mentirle, le mentaré. Y si ha de irse, se irá. La decisión es tuya, Roberto.

—Y tuya, Lucía. No es sólo una cuestión mía, sino de tus sentimientos, también.

—Los sentimientos importan menos. Primero sois tú y la comunidad. Lo que vaya a ocasionar su presencia. Tiene ideas disruptivas. Peligrosas para el grupo. Una cabeza racional laica. No cree en nuestra forma de vivir. Sembra-

ría dudas en poco tiempo.

—Se está adaptando bien, hermana. Se interesa por nuestras costumbres. Una cosa es recoger su semilla y otra...

—Eso decía mamá —reconoció Lucía—. Puedes enterrar un grano en la tierra y dejarlo crecer. Pero no permitir que se dedique a desenterrar al resto. La suya es una clase intensa de luz que cuanto más entra en el ojo, más abre la pupila en lugar de cerrarla. No sé si nos conviene...

—Pensémoslo con calma. Intentaré hablar con mamaíta de nuevo...

—De acuerdo, *Makukutah*. Has hecho lo correcto no contándole nada a María. Ni una palabra a Juan, ni a nadie... Sí que te pareces. Ya tienes nuevo padre... Recemos porque no sea un *Xibalbá*.

QUINTA PARTE.
El Sheriff. Los Augurios de Xul. Luisa.

Me incomodaba sobremanera la actitud, tan diferente a fechas atrás, de las personas acelerando el paso y rehuendo la mirada al cruzarse conmigo. Incluso de María y Xólotl. Únicamente la pareja de hecho que formaban Ilich y Petrova parecían darse cuenta del conflicto y me brindaban incondicionalmente su generosa compañía. Sentía brotarme inquina y ganas de malquistar.

Créame lo que les afirmo. Por razones que la razón desconoce, todo allí se empeñaba en llevar la contraria a la cabalidad. Desde el minuto uno de llegar, diríase que voluntades inmatrimales con poder se esforzaban en erradicar para siempre cualquier escepticismo que conservase sobre la existencia de seres inmatrimales, por mínimo que fuera. Cual si fueran los mismísimos *Ah Tabai*, espíritus malignos habitantes de las ceibas, que perturban a los indígenas.

En mi afán de sacar algo en claro de la idiosincrasia de Lucía y estas gentes, me refugié en leer con avidez los libros “sagrados” prestados por las autoridades locales. Abrí al azar el maltratado ejemplar del sheriff y surgió una imagen a doble página. Su pie rezaba así:

«Esta extraordinaria escultura muestra una serpiente de cascabel en reposo. Tiene el cuerpo enroscado y la cabeza horizontal. Seis crótalos descansan al lado, plácidamente. Las plumas de quetzal son suficientes para identificarla como Quetzalcóatl. Parecen las hojas verdes del elote, siendo el maíz, su carne, y las mazorcas, las escamas del cuerpo solar. Esta creadora de las cosas vomita fuego y vive en la profundidad de las cuevas y barrancas cercanas a los poblados. Sólo las personas con poderes pueden verla. Sintetiza las materias frías subterráneas y las sustancias ardientes necesarias para el crecimiento de la vegetación. Las conduce desde las profundidades hasta la superficie terrestre, en un movimiento serpenteante continuo. Fue capaz de arrancar las riquezas del egoísta mundo telúrico, principalmente el maíz. Las hormigas le indicaron el lugar donde se ocultaba el preciado alimento. Bajó a la región de Xibalbá, y pidió a *Yun Kimil* los huesos sagrados con tuétano donde reside la vida. Como quiera que se los negara, los robó y huyó. Luego, se sangró el pene sobre ellos mezclando las sustancias frías y calientes dando origen a la humanidad. Regala a la tierra luz y colores de aves, árboles y piedras preciosas. Señor del remolino, una de sus insignias es el caracol cortado en espiral, que evoca los giros del aire, barre los caminos, y precede a la lluvia fertilizando los sedientos campos de cultivo. Semeja un inmenso animal vivo campeando los terrenos. Con el plumaje crea sonidos melodiosos que paralizan a los seres del submundo, mudos y grises.

Está con la diosa Tierra, cuyos codos y rodillas expone llenas de garras y bocas con las que morder salvajemente.

Las divinidades, transformadas en serpientes, la jalaban de manos y pies hasta partirla. Arrojaron una mitad hacia arriba, creando cielo y estrellas, y convirtieron la otra mitad en tierra encima del agua. Exigía ser regada con sangre humana para dar frutos y lloraba por la noche pidiendo comer corazones de hombres. Alrededor de su cuerpo yacen siete calaveras humanas. Todas llevan la lengua fuera, con orificios cerca de las orejas»

En cada mito que hojeaba sucedían dos incomodidades, a cuál más desagradable. Ver la mano de franciscanos y jesuitas del siglo XVI maquillándolos, y peor aún, vislumbrar demasiadas semejanzas con lo vivido la dichosa velada de marras. Me estremecí. Cerré el libro haciéndome mil conjeturas, sin lograr ya conciliar el sueño; máxime por las consabidas intromisiones nocturnas en el poblado de espíritus olisqueando víctimas, que los paisanos repelían a golpes estruendosos de cacharros. A punto estuve de ayudarles yo.

Como niños y borrachos suelen decir verdades interesantes, y era obvio que, por hache o por be, aumentaba el número de los que bebíamos más de la cuenta, decidí apostar por seguir aprendiendo. Me rearmé de valor y busqué la palabra *balché*. Esto es lo que encontré:

«Los españoles utilizaron la expresión “reducción” para designar el vasallaje de la población conquistada y la necesidad de transformarla de raíz. “Reducir a los indios” significaba obligarlos a dejar sus normas y costumbres y adoptar el cristianismo. Cambiar sus formas de organiza-

ción social. Lo que implicaba el traslado de los habitantes desde los asentamientos de menor tamaño a las cabeceras de los pueblos, y la extirpación de las idolatrías. En esos pueblos convertidos al cristianismo mediante bautizos masivos, los frailes se dieron a la tarea de enseñar los preceptos de la nueva religión y desarraigar creencias y rituales. La congregación espacial fue fácil, sin embargo, la conversión profunda de las conciencias nunca se pudo completar. Ni las enseñanzas ni los procesos contra los idólatras consiguieron romper la continuidad cultural y religiosa de los mayas. Los indios adoptaron y reelaboraron la religión cristiana, pero sus rituales, proscritos en lo público, se mantuvieron vigentes en la intimidad de hogares, pueblos y montes,

Uno de los símbolos de la resistencia fue el *balché*, un árbol con cuya corteza se elaboraba una bebida embriagante, empleada en los rituales nativos y prohibida por los conquistadores. En 1606, con motivo de la visita de un obispo, se descubrió que los indios se reunían en cuadrillas para practicar ceremonias. Acudían a una cueva en la que veneraban “ídolos” de barro fabricados por ellos mismos, a los que llamaban Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo y Santa María, así como otros nombres de santos, y les hacían sahumerios y ceremonias: “beben una maldita bebida elaborada con raíces que llaman *balché*, siendo de pestilencia, el hedor y sabor”. Su estrategia de defensa consistía en huir a “la montaña”; es decir, hacia los territorios libres del sur y del oriente de la península, a fin de iniciar insurrecciones»

Por lo visto, parecido he hecho yo viniendo aquí. Revi-

talizar trozos muertos de mi carne feliz. Devolver la libertad al retrato con muñequita al dorso hurtado a la luz y depositado en el fondo de mi chaqueta rústica. ¿Reuniré el valor necesario de hacerlo antes de irme o seguiré leyendo libros de caballería y dándole al dulce y los licores, en los bajonazos de ánimo?

Durante varios atardeceres, luego de cumplimentar las faenas diarias, encontraba a los chuchos de Lucía esperando pacientemente a la puerta. Listos a reclamar su golosina diaria de cariño y predispuestos a un estimulante paseo; comenzado con visita obligada al chultún particular que tenían reservado para abreviar. Un sistema básico e ingenioso de recoger el preciado líquido. Cumplimentada la necesidad, caminábamos hasta el campamento de una compañía maderera, distante un par de kilómetros, para observar el otro lado del mundo real y platicar con los modernos ruidosos leñadores, o buscábamos un altozano aledaño que posibilitara la visión en perspectiva de aquella selva, día a día menos impenetrable. A modo de eficaces zapadores, los canes precedían la marcha inspeccionando tramos sospechosos olfateados y atentos al menor ruido delator de presencias, gozando siempre cada segundo de las *tournées*.

Al contemplarla desde arriba, tenía la sensación de hallarme frente a un vasto y sagrado paraíso escondido cuyos guardaespaldas arbóreos lo defendían ocultando su esplendor como podían y resistiéndose a resultar mancillada. Por un instante, me parecieron águilas arpías descansando

vigilantes. Cuanto podía divisar más allá de los calveros talados, se reducía a una mancha boscosa carente de límites.

La derrota del astro implacable en retirada silenciosa a los cuarteles de la noche, promovía que recordara los versos del primer extranjero ante la imponente vastedad de la Amazonía y reflexionara sobre mi relación con la sociedad y con las mujeres.

*“Quería la luz lavarla;
y la hería y ensuciaba.
No pudo sino arañar unas pocas sombras”*

Similar ha sucedido con ambas. Asemejándose a esta enmarañada jungla, he sufrido la paradoja de relacionarme con personas aparentemente sencillas de tratar, pero, en realidad, harto complejas; capaces de contener una gran variedad de motivos y comportamientos, aunque siendo todos parte de un sistema vital universal que, simplificando, reduce cada ser a pulsiones de alimentación y consuelo afectivo.

—Las especies que habitan bajo el dosel que tengo a los pies, hacen igual. —intuí.

La algarabía de los pájaros al declinar la tarde, trababa el curso de los pensamientos que dialogaban entre sí.

—Están haciendo como nosotros. Dándose a notar. Imagino que llamándose y encontrándose. ¿Verdad, Ilich y Petrova?

Imaginé el gozo íntimo de aquellas criaturas cuando lo lograban y la desazón de alguna ausencia por razones fata-

les de depredación o elección de nuevas compañías.

—Quizás, también ellos sufran de abandono y pérdida. Mi caso con Roberto y Lucía.

Raudo acudió a la mente la imagen del cisne negro. Y tampoco pude dejar de pensar en el fenómeno del libre albedrío. Esa libertad que hace atractivas a las personas que deseas, al tiempo que las vuelve inaccesibles a tu voluntad.

—Una red dilemática más —me dije.

Supuse que una solución a esta clase ineludible de angustia existencial sería no pensar. Lo que llevó mi reflexión al problema de la consciencia.

—¿Cuál es la ventaja evolutiva de tener conciencia siendo, según es, una fuente permanente de tensión? Supongo que la anticipación del futuro; la previsión y planificación de los actos propios. Alto es el precio que pagamos.

Allí que me vi encadenando elucubraciones a cuál más laberíntica. En las manos, la enigmática foto de la mujer y los niños, con la quitapenas al dorso. Trayéndomelas en vez de quitármelas.

—¡Qué poco has cambiado, Xalbador! ¿De qué te ha servido este viaje? Nada es como antes, y todo es igual.

La cuestión que acudía a mi mente tenía doble importancia: la pavorosa situación de estar “pillado” por la doncella, y la suya, de tener que escoger.

Para el grueso de afectados, ella incluida, el asunto radicaría, simplemente, en averiguar qué beneficiaría más a la comunidad. Desconocían lo que los dioses querían. Verladamente, asistía a la histórica lucha entre el modelo psí-

quico occidental autónomo, frente al animista maya, que sitúa en seres externos las decisiones que afectan el destino de cada mortal. ¿Qué sentiría *Makukutab*? Su parecido conmigo era notorio.

Para mí, repreguntarme si tengo treinta o cincuenta y cinco años. Desde luego, el síndrome de los siete enanitos o Peter Pan. Algún gnomo cerebral sintonizó la canción:

*Y si una potra alazana, caballo viejo se encuentra,
el pecho se le desgrana y no le hace caso a faceta.
Y no le obedece al freno ni lo para un pasa rienda.
Bamboleo, ¡Ay!, Bamboleo...*

Confesarles que no supimos hasta mucho más tarde que María cumplía funciones de iniciada chamánica, subordinada a las órdenes de Roberto. No observé que llevara distintivos. Pero les consultaban a ambos sobre la conveniencia o inconveniencia de tal o cual actitud a tener con nosotros. Tampoco sabíamos que habían decidido en asamblea designarla como nuestra asistente al considerarla capaz de contener las influencias negativas que pudiéramos acarrear. Suponían que podría paralizarlas, al tiempo que predisponernos favorablemente a ayudarles. En una palabra, su misión era controlar nuestra peligrosidad. Contaba con la atribución y los medios de aniquilarnos mediante prácticas vudú, caso de considerarnos una amenaza.

Era habitual verla recolectar sustancias y alimentos con Renata. De hecho, la botánica comentaba en las tertulias la

complejidad mental de “la médium”. Sus muchos conocimientos. Y al igual que sucedía con Elena y la gobernanta, poco a poco, se hicieron inseparables compartiendo experiencias.

Supe después, por Juan, que el grupo dirigente de la comunidad, con María y Xólotl a la cabeza, habían celebrado un encuentro ritual sobre las implicaciones de la relación de Lucía conmigo. Desconozco el veredicto, aunque puedo deducirlo.

De risa, la forma en que lo hicieron, si no fuera porque acaba dando miedo. Al parecer tenían primero que neutralizar a la quitapenas que me protegía, siendo el domingo el único día de la semana que el fetiche descansa. Mientras estaba fuera, debieron cogerla de mi chaqueta, sacarla de casa y enterrarla tras las hechicerías, a fin de que no interfiera. ¿Cogieron, también, ésta con la foto, y me la devolvieron luego?

Resultaba curioso que Martin, el sheriff, hasta donde yo sé, no participase de los rituales. Su autoridad estaba circunscrita a evitar posibles roces de las reglas y costumbres no escritas del mundo maya con las instituciones mexicanas. Ahí es cuando intervenía garantizando con tacto y mediaciones que las normativas oficiales no se vulnerasen o excedieran determinados límites. Una especie de concordato tácito.

Parecido a otras ocasiones, topé con los mecanismos ocultos de poder de cualquier colectividad que sólo se manifiestan si alguien intenta “mover” algo. Es sabido que para visualizar los hilos de quién manda realmente en un grupo, o conocer lo que consideran vital, debes intentar

cambiar algo. Preferentemente, de modo vicario, para no salir escaldado. Es entonces cuando revela su identidad y fuerza.

Era, posiblemente, lo que estaba sucediendo. Inconscientemente, presionaba para que Lucía se viniera conmigo, y los poderes ocultos de la comunidad reaccionaban con todas sus fuerzas, incluyendo quién sabe qué espíritus. Estaba siendo percibido como una amenaza a la supervivencia grupal y maniobraban en la sombra para evitarlo. No les guardo rencor, puesto que defendían una forma de vida y los intereses de muchas personas.

Decidí que era mejor evadirse sobre los tesos, apagar el interruptor del incansable ordenador cerebral, antes que contemplarse dentro o, incluso, fuera. Me autoimpuse hacer un balance racional de la situación.

Seguía teniendo la posibilidad de aceptar relacionarme con mujeres de la comunidad, pero declinaba invitaciones o sugerencias, pese a la tentación de degustar brotes de frutas tiernas. Más de una lo proponía por compasión, aparte de la predisposición cultural y natural hacia esta clase de prácticas. De haber podido arrinconar el aspecto moral, hubiera sido gratificante. Las diferencias de edad o el rostro reflejando un tipo de interés distinto al afectivo-sexual, hacían que no me pareciera legítimo o apropiado.

Crecía mi incapacidad de dejar de pensar en Lucía y su fatal consecuencia: una incontrolable angustia personal existencial.

—Parece que vosotros, canes, lleváis mejor su ausencia...

El cuerpo amenazaba rendirse a la tensión acumulada durante años y entrar en pánico o colapso. Se había con-

vertido en un problema de salud. El corazón mostraba síntomas de haber sido azotado durante décadas. Palpitaba fuera de control. O conseguía calmarme, o el naufragio final sería inminente y catastrófico.

La escandalera incesante de las infinitas vidas alrededor no propiciaba los pensamientos fluidos y serenos, en contra de la idea utópica que tenemos de esos parajes tropicales. Su actividad era a todas luces excesiva para mi estado emocional. A los sesos atribulados acudían las imágenes reposadas de las austeras mesetas españolas. Buscaba huir a su cobijo. Me bastaba con saber que en Iberia existe un lugar compatible con mi naturaleza celta.

Por enésima vez, había podido constatar que la mayoría de los miembros de las sociedades o comunidades vivían más relajados y felices que yo, empeñado en dotar de significado y comprender los sentidos últimos de las cosas. Pero no hallé la fórmula de silenciar al filósofo ni al psicólogo haciendo de sociólogo.

Pude fijar los límites de las Arcadias humanas, conforme al objetivo que me marqué al comienzo del viaje. Redacté que las pequeñas agrupaciones consiguen integrar funcionalmente a sus miembros al precio de cierta simplicidad y de la rigidez de roles que logra la socialización tradicional de amansamiento, reductora de disidencias, como explican Sloterdijk o Byung Chul Han, sendos filósofos actuales heréticos, de gran agudeza.

El requisito para reproducir con éxito este modo social consiste en mantener un volumen reducido de miembros que garantice la movilidad jerárquica, vía la segura renovación generacional. Antes o después, y siempre mediante

sucesos azarosos o periódicos ritos de paso establecidos, cualquier sujeto ocupará posiciones de valor estratégico dentro de la colectividad. Habrá diversidad funcional intergénero e interclase.

Casi me dio tiempo a confirmar los sutiles mecanismos actuales a través de los que estas comunidades consiguen sobrevivir con dirección caudillista, sin seguir los ciclos clásicos de autoridad fijados por Platón o Montesquieu. Sería prolijo citarlos aquí. Baste con señalar la paradoja de que suelen comandarlas personas voluntariamente autoexcluidas, o disidentes mesiánicos de las grandes sociedades urbanas; a menudo, hijos disconformes de sus élites, pero que funcionan de mensajeros y median entre ambos mundos obteniendo, con esfuerzo, el plácet del sistema de concederles un pequeño espacio autónomo en el que desarrollar esta clase de proyectos distópicos. Era el caso de Lucía y el sheriff, modernos *Viernes* y *Robinson Crusoe*.

Reparé en lo extraño de que su máxima dirigente y alma del clan, por así decirlo, adoleciera de los complejos males urbanitas. Temí que, si no lograba simplificar su vida y armonizarla con ellos, a largo plazo, tamaña contradicción, dinamitaría la comunidad.

Hecho lo cual, acometí el trabajo de ponerme en el modo metafísico existencial habitual de *La Señora* y analizar las cosas desde su punto de vista, tan extraño para mí, acostumbrado al rigor de los métodos científicos falsables. Me era imposible aceptar como factible la primaria concepción filosófica maya de seres y entidades. Ese tipo de conocimiento, cósmico y unitario, pertenecía a mi época

novicia de estudiante y estaba depositada en algún apartado estante neuronal cogiendo polvo. Mi mente racional se rebelaba a tomar en consideración semejantes teorías que consideraba trasnochadas.

Oírlas es volver a leer el famoso libro “El Secreto”, en el que se asegura que pides deseos al universo y te los concede sin más. Por no retrotraerme a los chamánicos y psicodélicos Castaneda y Dragó, de turno. Peroratas infumables del estilo de las pre-hinduistas. ¡Por Dios! De quince mil años antes de Cristo... No niego que hayan servido, y sirvan aún a la gente de rituales mágicos que esperan y calman miedos e incertidumbres, pero poco más.

A la par con la seriedad y prudencia epistemológica requerida a elucidaciones de tanta altura, me matizaba a mí mismo:

Si acaso, me reservo cierto escepticismo ante el misterio irresuelto del supuesto origen común de las especies. Ni siquiera Darwin es creíble. Un bonito cuento, eso sí. Demasiadas perfectas casualidades para deberse al simple azar. Salvando la encomiable sensibilidad y el respeto que profesan a todas las almas de la creación, son una reliquia animista, funcional antaño. Un paradigma que la humanidad superó hace tiempo. De hecho, creo que seguir con esas supercherías contribuyó a que decayeran como pueblo. ¡Menudo embrollo!... Tendré que hablarlo con Juan o Kerman. No quisiera resultar dogmático.

Tumbado, vi pasar las horas convenientemente resguardado del inclemente carro de fuego externo, no así del interno que siguió atormentándome hasta bien entrada la tarde, cuando los luceros insinuaron su promesa de luz,

por lejanos que estuvieran. Resplandores tras las nubes presagiaron que era inminente la aparición de su majestad la luna, reina del equinoccio y, ante semejante maravilla, envalentonado por tener a Petrova e Ilich conmigo, decidí pasar la noche al raso.

—¿Será prudente hacerlo? Puede haber pumas o crótalos al acecho. Debe darme igual, ya que, al parecer, todo está escrito. Además, vosotros me defenderíais a muerte, ¿verdad?

Mi descentramiento era obvio. Y seguía aumentando hasta el punto insensato de ponernos a los tres en peligro innecesariamente. Las luces pobres de la comunidad apenas lograban dibujarse. Se me antojaban míseras, aunque también necesarias y vitales; algunas, palpitantes.

De nuevo, me asaltó la obsesión agazapada, atenta siempre a mínimas señales. Encontró las semejanzas de mi actitud particular con las mujeres, similar a la actual de los varones en general. De vencidos delante de las vencedoras adoptando posturas de congraciamiento, en contra de lo que habitualmente sostienen de ser las dominadas y sumisas. Conversaba conmigo mismo:

—Somos nosotros quienes adoptamos sus costumbres y procuramos satisfacer sus deseos. Porque, ¿vienen ellas al fútbol que odian, o vamos nosotros al baile que detestamos? Conclusión: padecemos el síndrome de Estocolmo. No deberíamos claudicar tan fácil cayendo rendidos a sus pies a las primeras de cambio. Tendríamos que hacer como en la película ¿Qué les pasa a los hombres? Hacernos de rogar. Eso las haría menos vanidosas. Pero claro, supone ir contra las leyes del mundo. Una utopía. La mujer es

la depredadora natural del varón. Figura en la cúspide de la cadena trófica.

Un penúltimo pensamiento parásito nacido de la atadura emocional a Lucía afectó mi raciocinio:

—Me resisto a considerar la inversa. —resolví— Estás desvalido frente a ella. Por eso piensas así. En realidad, varones y hembras se depredan mutuamente. Es la ley del mundo. Rige igual para todos los seres; sean animales o plantas.

A Dios gracias, la paz del atardecer se impuso al frenesí mental. Aterricé.

—Nadie me echará de menos. Si acaso Kerman. Pensarán que estoy en Yaxché. Les dije que iba a visitar a los madereros, y que podría pernoctar en la civilización perdida. Les tranquilizará saberme acompañado de los chuchos.

Ambos planes eran dos sólidas tentaciones. Recordé mi última estancia festiva y premonitoria en Xul con la sórdida noche de alucinaciones que siguió, acompañado de Juan y el guitarrero. Le estaba cogiendo gusto al Edén y sus árboles del bien y del mal como el embriagante *balché*. Sin amanitas o con ellas. Docenas de floridos puestos enguinaldados con palmas celebrando el fin del tórrido verano y los frutos del otoño nuevo. Vendedoras híper ventiladas ofertando los últimos frijoles y las aguas de horchata elaboradas con arroz nuevo o el refrescante Kool:

—Tulipanes de amor sincero para su amada. Gardenias de amor incondicional, aves del paraíso...

—Señora, ¿cómo se llaman las flores colgantes lindas?

—¿Las amarillas y rojas, dice? Pinza de langosta o platanillos.

—¡No! La anaranjada de atrás. Esas que parecen crías pidiendo comida...

—¡Ah! Son las magníficas heliconias. En honor al monte griego Helicón, hogar de las musas de las artes. Eternamente jóvenes y bellas. Ideales para decorar cualquier habitación.

—¡Caramba! ¡Qué letrada! —me dije— —Póngame un par de racimos.

—Enseguida, caballero. Tiene Vd. buen gusto. Va a enamorar a su esposa... También las llamamos Aves del Paraíso.

Con tamaña profusión del reino vegetal rebosando las mesas, era fácil sentirse dentro del mismo. Una desmesura de flores, plantas y frutas.

El siguiente puesto donde nos detuvimos, lo dinamizaba una pareja de jóvenes; canela, ella, y güero, él. Exponían a viva voz un sinfín de remedios caseros. Los reclamos que utilizaban, impactaban:

—Gordolobo y copal, tónicos espirituales de piel y tos. Azahar, calmante de los dolores estomacales. Pomolché y guayabas, alivio de encías inflamadas. Ciruelas y maíz contra la hipertensión. Caléndula para regular la menstruación o el herpes... Acérquense, señores, a la farmacia del bosque. Curen enfermedades y pecados... Y el mal del corazón roto, si lo tienen.

—¡Qué más quiere el pardillo que cantar y el buey que arar! —pensé—. Yo lo tengo, señorita. Desde hace mucho.

—¡Uy! ¡Cuánto lo siento, blanquito! Con lo mono que es Vd. ¿Cómo es posible tanta ceguera en las mujeres?

—Ya ve. ¿Qué debo hacer?

—No se preocupe. Confíe en esta bruja. Voy a prepararle el remedio nahua apropiado. El que más le guste de tres. Infusión perfumada de Cacahuaxochitl. Raíces de Neyoltza disueltas en agua, o Yolloxochitl, mezclado con toronjil, ruda y cogollos de naranja, lima y limón. Puede usarlo de dos formas. Como ungüento corporal mezclado con aguardiente o macerando las cortezas en un litro de refino y un cuarto de vino. Una cucharada al día hasta mejorar. Son infalibles. Vea qué látex primoroso. Unirá su corazón roto.

Ya me iba cuando se me acercó misteriosa, hablando bajo y tal que prevenida:

—Permítame otro consejo. Me ha caído Vd. bien. Un secreto yucateco. Busque Plumeria silvestre... Sac nicté.

—¿Qué es eso?

—La Flor de Mayo, para que me entienda. Dese prisa en encontrarla porque en septiembre acaba la temporada. Si la encuentra, el amor renacerá. Asegúrese de que no haya cerca un ejemplar de Zempoalxochitl, la flor ceremonial de la muerte. O no resistirá su color y olor. Lo engañará y guiará hasta la sima de las ánimas, y la habrá perdido. Su amor se dispersará en veinte pétalos. Lo dice una de nuestras leyendas sagradas. Palabra de maya. Suer-te, señor.

Ya imaginarán como me quedé. Más muerto que vivo, aunque esperanzado. Encaminé los pasos a la cantina rebozante de alegres pupilos y magníficas criollas “magdalenas” donde se habían refugiado mis acompañantes, sedientos y cansados del trajín. Una estampa de cancán, que amenizaba con boleros un animoso y ojeroso argen-

tino.

Ficción que apenas duró una hora. Para las diez de la noche sólo quedábamos el regente desdentado, el economista y el ingeniero nombrados, junto a este *prenda* chullallaqui renegado. Para más inri, las cervezas de más, soltaron la lengua -ya de por sí, larga- del joven becario y no la mía.

Juan, fiel a su modo de ser contenido, o por nostalgias sobrevenidas ese rato debido a las emanaciones alcohólicas, apenas intervenía en la conversación.

—No bebamos más. —balbucí— A fin de cuentas, como sucede con las mujeres, la verdaderamente sabrosa suele ser la primera. Ninguna más.

—Estás mal, Xalbador.

—Mira quien fue a hablar... El mismo de siempre. ¿Callarás algún día?

—Já, ja. No me des motivos... Cuando tome la última birra. Entretanto, es el momento de que oigas la historia de Xtabay y Utz-Colel.

—Con el local tan bullicioso, soy todo oídos. —ironicé.

—*Xtabay*, es el demonio femenino que mata o enloquece a los hombres. Cónyuge de *Yun Kimil*. Deidad de los pecados carnales. Recibe a los suicidas. Una forma noble de morir. Particularmente a quienes se ahorcan, como hizo ella. Se la representa con una soga que cuelga del cielo y le rodea el cuello. Sus ojos están cerrados en señal de que está muerta.

—Empieza preciso... Siga, Sr. músico, —le animé, corrigiendo mi anterior desdén.

Sorpresivamente, nada más escuchar la intención de

contar la leyenda, el regente desaliñado se acercó con cuatro vasos de licor Xtabentín. La conseguida destilación mixta de miel y anís que no logró la hazaña de purgarme de la visión del Zempoalxochitl ni atraer una reparadora Sac nicté.

—¿Permiten? Semejante historia requiere que bebamos el licor que lleva su nombre. Una humilde y bella flor silvestre que crece en cercados y caminos. Su néctar embriaga dulcemente, como debió ser el embriagador amor de Xtabay. Nadie debe estar solo cuando se las cita. Es muy peligroso.

—Bien dicho, caballero. Siéntese con nosotros —le invitó Kerman.

—Comienzo pues. Estimado público, voy a darles a conocer el secreto de la mujer.

—Mucho me parece. Crecidito te veo, —acerté a articular.

—Érase una vez, dos hermanas. Ambas, flores agradecidas.

—¡Como Dios manda!

El éter alcanzaba los últimos baluartes de mi raciocinio y los desmantelaba volviéndome también lenguaraz y tabernero. El guitarrista afinaba su melodía entre erótica y amorosa.

—Utz-Colel. Virtuosa y honesta, jamás había cometido desliz ni pecado amoroso alguno. Pero era orgullosa y fría de carácter. Y le repugnaban los pobres. Una mujer abnegada; aunque, por lo mismo, incapaz de amar con continuidad. Los hombres lo sabían y se limitaban a remunerar sus servicios honestos, sin que pareciera lamentar la falta de afectos hondos.

—¡A saber!

—Calla, Xalbador... ¡Cómo estás de impertinente!

—Prosigo: Xtabay. Pecadora de buen corazón. Socorría a los humildes, a los desamparados y animales abandonados por inútiles. Se despojaba de las joyas y finas vestiduras que le regalaban sus enamorados. No era altiva ni hablaba mal de la gente. Soportaba los insultos y humillaciones. De día, dulce auxiliadora de enfermos. Por las noches, gran pecadora. Estaba enferma de pasión y era su afán prodigar cuerpo y belleza a cuanto hombre se lo solicitaba.

—Lo que os decía: ¡Todas parecidas!

—Amante de la buena vida y generosa, diría yo; permitiendo su disfrute a hombres de cualquier condición, —apostilló el invitado.

—¿Seguro que esta leyenda es autóctona? —petardeé cojonero, que se dice— Me suena al típico cuento católico pergeñado para “comer el tarro” a las mujeres pobres. Pura y doble moralina. Ensalzar sus inhumanos sacrificios y renunciaciones para perpetuar la esclavitud. Mantenerse castas antes del matrimonio, obedecer a padre y marido, y perdonarles las felonías que les hacen, etc, etc.. Inaceptable.

—¡Calla, Xalbador!

—Continúo. Han de saber, señores, que de tanto trabajar, Xtabay falleció tempranamente. Al morir, en su tumba apareció una flor de dulce aroma, semejante al suyo, que llamamos Xtabentun. Embriagador. ¡Irresistible!

—¡Correcto! El que estamos degustando en México, —afirmó Juan saliendo de su letargo despertado por algún brebaje especial evocado por las palabras de Kerman.

—¡Bravo!

—Sucedió que, al poco, murió también *Utz-Colel*. Pero, para sorpresa general, de su tumba brotó el espinoso y fétido cactus Tzacam.

—“De dinero y santidad, la mitad de la mitad” — barboté.

—Dejen que siga. Nadie llevaba flores a su tumba mientras que en la de *Xtabay* nunca faltaban gallardos varones a gozar de la floral galanura y obsequiarla con presentes y poemas.

—Lógico.

—*Utz-Colel* comenzó a reflexionar, envidiando lo sucedido a *Xtabay*. Y llegó a la errónea conclusión de que le ocurrió todo lo bueno después de muerta, porque sus pecados habían sido amorosos. Y pensó en imitarla, acostándose hasta con los espíritus malignos. Sin darse cuenta de que las cosas sucedían así por la bondad del corazón de *Xtabay*, que se entregaba al amor por un impulso generoso y natural.

—Justo lo que os decía —enfaticó— —Con la ayuda de espíritus nefandos, *Utz-Colel* logró el favor de regresar al mundo como mujer cuando quisiera, para enamorar a los hombres, pero ofreciendo una clase de amor nefasto, ya que la sequedad no le permitía otro.

—¡Pues bien! —el hostelero levantó abrupto la voz afectada, clausurando seco la narración—. Sepan los que quieran saberlo, que ahora finge ser *Xtabay*. Al ver acercarse a un pendejo, vuelve a la vida y lo aguarda bajo las ceibas peinándose con púas de Tzacam. Sigue a los hombres hasta que consigue atraerlos. Los seduce y asesina en

el frenesí de un amor infernal.

—¡Ahí va! Esta historia la conozco. Y a esa mujer, también. Es la Siguanaba —apostillé.

—¡Correcto! —profirió el desdentado— La mujer con cara de caballo, que tapa con su larga cabellera negra, y se ofrece a los hombres de mal vivir cuando vuelven de gozar los burdeles. Si la subes a la grupa de tu caballo, date por muerto, forastero.

Dicho lo cual, el pariente mellado de *Chaak*, que amenazaba ya ruina, fue a dejar caer el indeciso corpachón sobre una desconchada y enana silla verde, detrás del mostrador. Casi la finiquita. Despertó a Juan, crecientemente ido durante la conversación, que intervino resuelto al fin.

—María me ha propuesto un viaje astral con setas. Dice que, si nos interesa, habla con *Makukutah* y preparan una reunión colectiva.

—Les pone la tontería de los misterios. La realidad nunca les basta —opiné en la misma línea sabotadora de toda la conversación—. Yo, ni hablar. Con las cosas de comer no se juega.

—Mucho hablas tú con esa —terció Kerman—. Podemos imaginar las razones, já já... Seguro que viven a un palmo debajo de la boca.

—¡Lucía! *Tak in wené* —me dijeron que acerté a decir mirando al vaso fijamente, antes de derrumbarme en la mesa, ebrio de hidromiel y de malos presagios.

Reparo ahora en que la Siguanaba no se nos apareció al pie de ninguna señorial ceiba cuando, de madrugada, volvimos tambaleantes sobre nuestros pasos la legua que separa Xul del poblado.

Creí ver los bordes repletos de caminantes, flores humanas Zempoalxochitl, portando platillos inciénsales de quemar. Nariz prominente, labios rojos, cuerpo pintado de negro y cola de escorpión. Se paraban y erigían pequeños altares de piedras planas. Vertían en ellas las madejas de incienso rogando a *Ek'Chuak*, el dios de los comerciantes. Luego, reanudaban la marcha.

Al parecer, hice el camino barbotando juramentos mexicas sin sentido aparente:

—¡Ojalá que la boca se te haga chicharrón! ... ¡Ves la tempestad y no te hincas!... Y cosas así.

Confesarles que, al caer en el colchón solitario, me soñé siendo maya por primera vez. Me regalaban una vida extra en el más allá. Los hombres buenos y virtuosos que partíamos de esta existencia, éramos conducidos a un lugar delicioso. Una inmensa plaza sombreada por una corpulenta ceiba con frondosos brazos extendidos. Bajo su sombra benéfica, se gozaba de un bienestar inagotable. Allí meditaban los buenos, sin ser perturbados por la más leve pena. Olvidados de toda fatiga y tribulación, oreadas sus frentes por frescos aires, lisonjeados sus oídos por suavísimos sonidos, departíamos amigablemente en interminables coloquios. Comíamos manjares dulces y sabrosos, cuyo gusto, siempre nuevo y apetitoso jamás pesaba. Tuve una revelación. Lo que sobrevive después de la muerte se llama *Pixán*. Un espíritu invisible que escapa del cuerpo y vuela a ese paraíso o baja al *Mictlán*.

Lo que advino al despertar de semejante moña fue una cruda monumental. Un resacón, vaya, que me tuvo horas “echando la hueva”, según dicen allí. Disculpen la jerga

que iba adquiriendo con tanto entuerto.

Pero en esta ocasión, desparramado en cuerpo y espíritu sobre los horizontes mudos que parecían contemplarse a sí mismos rendida ya la calurosa tarde, el esplendor natural del paisaje ganó incluso al miedo. La peripecia iniciática vivida con Lucía había transformado en valentía mi cobardía habitual. De perdidos al río. ¡A la selva! empujado por el alma de Thoureau, que tan bien reencarno y que, en los momentos de crisis relacional o social, escoge sin dudar, huir unas horas al silencio sonoro del paraíso solitario que tenga más a mano.

—¡Ah, el silencio cerebral! En el fondo, es lo que vine a reencontrar aquí. Detener el enorme ruido sentimental y “urbanitas” que atronaba mis tímpanos tras la ruptura y el expediente... No lo has conseguido, profesor. Has añadido un estruendo más a tu currículum; sin, todavía, incorporar a los niños de la foto.

Acomodé la mochila al resguardo de un lucido abeto y extendí en el suelo la esterilla de cañamo que acostumbraba a llevar. Con el revólver, préstamo del sheriff, a mano. Me dispuse a encender un pequeño fuego protector en el claro y amarré al árbol, peros y perros.

La intensidad de los mil sonidos inquietantes producidos por el choque de dos mundos, el que se retira a descansar y el que despierta sumando criaturas fieras, contribuyeron a distraerme de los problemas domésticos. En mi cabeza, comenzó a hacerse sitio cumplir el ritual

aprendido en Francia de ver romper el día, al menos una vez al año. Y de hacerlo sereno y despierto, no alucinado.

Recordé la sorpresa de aquella entrañable colección de tullidos haciendo lo propio en la cima del Mont Ventoux, un lejano verano de mi juventud. Desconocía entonces que, por razones similares a las que estoy comentando, aquellas almas claro oscuras sentían necesidad de congregarse allí con nocturnidad, discretamente -cual jorobados de Notre Dame- para asistir al milagro del amanecer, e imagino que celebrar ritos personales íntimos que, estoy seguro, incluirían modestas peticiones de dones físicos.

En mi caso, durante años, he paladeado la misma sensación en los altos mesetarios peninsulares y las modestas cumbres vascas. Los moradores de los pueblos norteños subimos obsesivamente a las cumbres buscando la luz que escasea en los valles. De ahí la abundancia de afamados himalayistas entre los montañeros vascos, astures o cántabros.

El ulular pio de los búhos y el vuelo desquiciante de algunos murciélagos impedían concentrarme en la visión magna de la Selene plateada. Ese fue el último pensamiento. Y la sinfonía cigarrera, el postrer sonido, antes de caer rendido por el cansancio psíquico de toda una jornada elucubrando una salida imposible al laberinto. No noté las molestias propias del terreno ni la inquietud vigilante de Ilich o Petrova.

Reparo, ahora, en la insensatez de dormir en el suelo. Hubiéramos podido ser pasto de cualquier alimaña o víctima de mil picaduras de insecto o reptil.

Los canes se despezaron antes del alba, reclamando con lamentos que los liberara de la correa. Curiosamente,

nada más despertar, la abrumada cabeza que porto de estandarte, retomó el hilo del problema alumbrado la víspera y se centró en la finalidad de las existencias, justo en el momento en que el sol se sobreponía a su somnolencia alzándose sobre la cuenca e intentando, por enésima vez, aclarar la espesura selvática, cuya enorme sombra virgen lo desafiaba cada mañana envuelta en muselina blanca. La maraña de mi mente era infinitamente más turbia que aquella niebla que, de alguna forma, parecía reflejar paz; aunque dentro todo fueran, como en cualquier agrupación humana conocida, astucias, tretas, ilusiones, mentiras y guerras. Me escuchaba a mí mismo:

—A mi edad debería saber ya de los mil y un espejismos que creamos los humanos para defendernos de la angustia de ser arrojados al purgatorio terrenal, vecino del infierno. Los autoengaños con los que justificamos nuestras acciones encaminadas a lograr el cumplimiento individual de los deseos.

¿Qué otra cosa si no, son las sociedades, las religiones, los mitos...? ¿Cuánto de racional es una razón obligada genéticamente a obedecer los dictados egoístas de las pulsiones sexuales o de alimentación? Por no hablar de las necesidades caprichosas como el lujo y la ostentación...

Desconecta, Xalbador. Son tus últimos días. Disfruta siquiera de la belleza sensorial que proporciona esta vista y no caigas, por favor, en cábalas sobre la estética; que te veo venir. ¡Por Dios! Si no te quitas el cerebro aquí, ¿dónde diablo lo harás?

Imagino que, por deformación profesional, aliñada con rasgos de personalidad rumiante, proseguía con la intros-

pección. Los pensamientos abigarraban mi testa y la atezaban de la forma que lo hacen las hienas hendiendo la carne de sus presas o las lianas unas con otras, asfixiándose o abrazándose. Quién sabe.

—Recuerda, profesor, que tendemos a ver la paja en ojo ajeno antes que la viga en el propio. También tienes tus particulares automatismos mágicos. Al contrario de lo que sostienen los manuales de autoayuda, en tu caso, te pierde la positividad. Mantienes la creencia de que la buena voluntad puede con todo. Un mal hábito que la tozuda realidad contradice a diario y, sin embargo, reiteras incesante. Te dejas vencer por las emociones y los sueños que tú mismo fábricas. Deberías hacer como Nietzsche. En lugar de oponerte a lo que se desploma, ayudarlo a caer.

El frescor nuevo del aire de la mañana estaba obrando el milagro de oxigenarme las neuronas.

—Piensa con serenidad lo que estás viviendo con esta fémina y que repites siempre. ¿Qué tienen que te desnorran? Las mujeres con esa clase enrevesada de cabeza no te convienen. Lucía acierta cuando dice que sólo te atrae su cuerpo...

Pero Orangu, también muy oxigenado, visualizó a Orangi y se opuso inmediatamente.

—Es más que eso. Tiene algo de brutal naturalidad que encandila. Ciertamente, está bien acuerpada y mejor “inteligenciada”. Mas, tiene algo extra que gusta sobremanera. Eso que los griegos llamaban “*Charis*”. ¡Gracia! Son seres que enamoran. No descubro nada nuevo. Es con esas con las que te extravías. Te convierten en un niño feliz. Apetece tenerlas cerca. Contemplarlas, acariciarlas... Notar

complicidades. Lo demás se vuelve secundario. Es verdad que, siendo psicólogo, debería tener en cuenta el resto de circunstancias que las rodean. Aprender a elegir pareja tal que Franklin: pasando a papel, ventajas e inconvenientes.

Sentía acercarse el momento de cargar las maletas y echarse a volar de nuevo. Pero era el espíritu terrenal, menos prosaico, quien se resistía oponiendo los valores.

—¿Por qué no contraigo las fiebres o el paludismo? ¿Por qué?

Era frívolo desear contraer la enfermedad que sufría algún miembro de la expedición y, no obstante, lo hacía. Perseguía obsesivo la quimera. Absurdamente, dudaba que lo pasasen peor. Prefería su padecimiento físico al mío psíquico. Sentía el cuerpo sano y la cabeza humeante como los volcanes atisbables en la lejanía, en mañanas despejadas. De un modo que ahora se me antoja pueril, deliraba despierto.

—La fiebre azota al cuerpo y las ideas flagelan la mente en los estados de soledad doliente... En las noches interminables sin el calor humano que anestesia... ¿Dónde estás, princesa? ¿Cómo no buscar tu caricia vigorosa? ¿Por qué otros abrazos no acompañan como los tuyos?

Comprobaba la paradoja cuántica de que el estado de tranquilidad comparte, sin solución de continuidad, la zozobra más completa si, por un instante, el corazón se altera o late desacompañado, quejándose quién sabe de qué.

—¡Señor! ¿Eran iguales los hombres de antaño? Tengo mis dudas.

Pensé en las turbiedades esotéricas de Lucía, antiguas y básicas.

—Puedo dejar la puerta abierta a realidades más allá de los sentidos, pero esas cosmovisiones -que yo apenas presiento y ella a menudo- supondrán objetivamente un problema siempre. Debería ser práctico. *Carpe diem*. Dedicarme a lo que había venido. Hacer mi trabajo y abrirme a otras personas y relaciones. Descubrir qué fue de la mujer que amé aquí treinta años atrás. Preguntar por ella y su hijo postrero, que quizás sea mío.

La voz interior ordenó sin paliativos:

—¡Acepta de una maldita vez que prefirió quedarse!

Unos gritos me sacaron de tamaña obsesiva presión y ensoñación. Me pareció presentir que Kerman, subiendo fatigado la colina, traía noticias.

—Xalbador, Xalbador. ¿Qué coño haces? Llevamos toda la noche *con el Jesús en la boca*. Como se entere la mandamás, prepárate para un consejo de guerra.

—Tranquilo jovencito, que soy mayor... Gracias por preocuparte.

— Tenía el palpito de que estarías aquí.

—No pude resistir la tentación de quedarme a dormir. Tomé mis precauciones, empezando por una guardia pretoriana de “mastines”.

—Así y todo, una insensatez, aunque te entiendo. Pero no mames, güey, que esto no es Vizcaya. ¡Venga, bajemos! Por cierto, han avisado de que llega hoy.

Según volvíamos fui recuperando la cordura. Hasta logré salir “al exterior” e interesarme por los demás. Pregunté al becario por el estado de su *affaire* continuado con Elena.

—Confío en que te esté yendo mejor que a mí.

—El año que viene repito. Sus cuidados me van de periquete; y a ella, mis discursos, já, já.

—¡Los dioses le den paciencia!

—Precisamente, he quedado. Vamos a visitar a los dos seres con más aguante de la comunidad. Luisa y su caballo de tiro, dos casos extremos de longevidad en el mismo palmo de tierra. Cien y treinta años, respectivamente.

—¿La vieja de extramuros, dices?

—Sí. Ha dejado recado de que el animal no se encuentra bien.

—¿Puedo acompañaros?

—En tu estado anímico, a lo mejor les sientas mal...

Desde su cercado anejo a la vivienda, el equino relinchó desde lejos la llegada del trío. La palloza que clausuraba la senda al fondo, con ser antigua, tenía paredes de mortero encalado. La anciana salió al porche apoyándose trabajosamente en una gallata. Respiraba con fatiga y su mano derecha trataba de tapar el sol a fin de ver a los visitantes. La voz cazallosa y el huipil hasta los tobillos con pechera de bordados multicolor reforzaron en Xalbador la impresión de estar enfrente de Chabela Vargas rediviva.

—¿Qué pasa, Pancho? Te complace recibir visitas, ¿verdad? Claro que sí. Más, si son jóvenes; con permiso del caballero. No se ofenda, Sr. A mi edad...

—Guarde cuidado que, a la mía, también, señora...

—Pero esa voz... Esos ojos. Eres tú, ¿verdad? Sabía que habías llegado. Te esperaba hace días ¡Cuánto has tardado en venir! He estado delicada últimamente. Sin

salir.

—Discúlpeme. Creo que me está confundiendo.

Elena intervino:

—Luisa. Es un profesor del grupo de investigadores que llegó en junio. Ya hemos hablado de él.

—¡Ah! Como se llama igual que otro que estuvo por aquí entrevistándome hace siglos... Pensaba que era él.

—Es un nombre común en la península —sentenció la comadrona.

El percherón había logrado levantarse y acercado a la valla dando muestras de excitación.

—Le presento a...

Xalbador interrumpió la salutación de Elena.

—Profesor Arriaga, *my lady*. Un placer conocerla. Me han hablado mucho de Vd. y he querido conocerla personalmente. Confío en no molestar.

—Desde luego que no. Al contrario.

El tacto experimentado de la anciana comprendió que debía cambiar de conversación. Por alguna razón, el estudiante que ella conocía, convertido en señor, quería mantener en secreto que había estado allí antes. Los relinchos aumentaron de frecuencia y tono.

—Calma, Pancho... Enseguida te atienden los doctores. Como veo que estás mejor, primero les daremos un refrigerio, que vienen sofocados; si te parece bien... También quiere su palmada —dijo.

—Id dentro mientras saludo a Pancho. Ha tenido que ser portentoso. ¡Menuda planta! Denme un minuto.

La luz del mediodía testificó la escena de un hombre acariciando el hocico ansioso del animal de forma que, a

todas luces, agradó al caballo puesto que mostró una inusitada erección cesando de inmediato sus bramidos y porfiando olfatearle.

—Les he preparado un rico desayuno.

—No hacía falta, Sra. Luisa. Muy agradecidos.

Xalbador mantuvo las riendas favoreciendo que Elena auscultara el pecho del garañón, acompañada por las palabras quedas y entrecortadas de Luisa:

—Estamos muy mayores, señorita. Demasiados inviernos. Demasiada soledad.

—¡Venga, venga!, ánimo que aún tienen por delante mucho trote los dos.

—¡Qué amable mentiroso! Ya le digo que le saco parecido con un joven que nos visitaba hace la *intemerata* de años. Solía venir con su novia, la difunta Izaro, que en gloria esté. Tiempos felices aquellos. Pero, claro, no es Vd...

—Un pequeño resfriado —concluyó la enfermera—. Lo curará antes de las lluvias, seguro. Los días ventosos o fríos, téngalo a resguardo en la cuadra.

—¡Uy! No hay manera. Es muy testarudo. Si no lo saco, no calla en todo el día. Gracias a que la cubierta resiste, que si no...

—Confíemos en que sea suficiente. Hablaremos con Lucía para que la aseguren.

—Muchas gracias.

—¿Y Vd. qué tal?

—Seca como una jícara vieja. Pero en pie. La naturaleza es pródiga en remedios. Bien lo sabe Vd... Hasta que

ella quiera. No queda otra. Compañía humana es lo que escasea. Los libros no pueden sustituirla, aunque me guste la lectura. ¿Vendrá a vernos otro día, Sr. Arriaga, antes de irse? Pancho y yo se lo agradeceríamos.

—Prometido. Será un placer.

—Sra. Luisa, ¿le apetece ilustrarnos con alguna de esas recetas naturales que utiliza? Nos encantaría aprender de Vd. Tenemos un rato antes de ir a atender una revisión de embarazo.

— ¿De verdad, desean que les hable de *Xochiquétzal* y *Xochipilli*? Tengo bastantes libros que los mencionan. Podrían llevárselos.

—¡Claro! Sobre todo, de esas pócimas milagrosas “curatodo” que conoce, y que tanto agradece la comunidad...

—Muchas cosas antiguas quieren saber... Requiere concertarse con ambos. Ya se lo he explicado a Renata, María y *Makukutah*. Vienen a menudo a preguntarme. Mejor si entramos dentro. Nuestra conversación está despertando la curiosidad de *Kukulkan Chaac*, ¿Veis cómo serpentea entre las nubes del mediodía y levanta el aire con las plumas?

—¡Qué miedo! Le has gustado, Elena.

—No bromees, Kerman, y resguardémonos por si acaso.

—¿*Quetzalcóatl*, dice?

—Son idénticos. Es muy caprichoso. Seduce a las mujeres más agraciadas y las rapta. Es lo que hizo con Izaro. Eso, o que *Itzaman Kinich Ahau*, dios del sol y esperanza de los enamorados, perdió en su enfrentamiento con *Yun Kimil*. Quemamos mucho incienso al amanecer rezando por su curación y salvación. Pero fue en vano. Quién sabe

si cometió el pecado imperdonable de irse con él, en vez de elegir quedarse con *Kinich Ahau*.

—¿Qué me dice?

—Sí, Srta. Elena... Era preciosa; igual que Lucía, su hija. Además de atenta y muy alegre. Una tentación. Ya la conocen. ¿Vd. qué opina, profesor?

—Cierto. ¡Muy viva!

—Me refería a si cree que pecó gravemente. Es raro que *Kinich Ahau* no pudiera arrebatársela a *Chac Bolay*, rey de Xibalbá.

—Ni idea... *Yun Kimil*, querrá decir. —Tartamudeé conteniendo a duras penas la congoja interior que forcejeaba por salir a respirar oxígeno y humedecer la faz dañada por años de duelo negado y silenciado.

—Son lo mismo. Cambia de nombre y forma. Menos de territorio, pues siempre está en lo oscuro.

—¡Ah!

—Misterios de este mundo que algún día, cuando estemos en *Tlalocan*, la montaña sagrada, conoceremos. Yo no tardaré en recorrer ese camino... También puede ser que decidiera quedarse con *Yun Kimil* porque su amante humano le traicionara aquí con una *Siguanaba* y prefiriera morir. Ha habido casos.

—¿Qué ejemplar es ese de flores amarillas con espigas de arriba?—pregunté incómodo queriendo recobrar el ánimo y escaparme del interrogatorio con segundas y terceras intenciones de Luisa.

—Una acacia. Gemela de la de abajo. Madre e hija, posiblemente. Sus flores simbolizan el amor secreto. Aparecen sin más ni más. Crecidas completas de un día al otro.

La benjamina, brotó la misma noche del eclipse.

—Seguro que alguien las planta de incógnito, —sugirió Kerman.

—No crea... Son el hogar de *Mayah*. Su universo y cárcel. No pueden vivir fuera de su árbol. Si se les quiere sacar o cortar, mueren. Y la maldición cae sobre quien lo hace. Semejantes a mí. Lejos de aquí, moriríamos.

Un escalofrío me circundó. Caí en la cuenta. Según había presentado días atrás, estaba escuchando otra versión de las hamadriades griegas. La evolución paralela. En realidad, la historia de mujeres como Luisa, Izaro y Lucía. Cobraron sentido los discursos de Lucía dentro del arbóreo y los destinos de nuestra relación. Tuve que acercarme al galpón para aspirar hondamente el aire caliente que templara el cuerpo helado.

SEXTA PARTE.
Fiesta, boda y despedida.

Eché mano de todas las herramientas de autocontrol acumuladas durante décadas de cursillos antiestrés y esperé su retorno. Lo hizo a la manera habitual. En esta ocasión, volvió sola. Ni siquiera preguntó por mí. Tuve que ir en su busca. Estaba acompañada de una familia de vecinos. Se apartó un poco. Dejó de tutearme. La frialdad cortés, marca de la casa:

—Hola, profesor, ¿Qué tal? Veo que regresó sin problemas. Ya es un experto en el inframundo maya. Muy pocos pueden decir lo mismo. ¿Cómo van sus investigaciones? Me cuentan que lleva la cocina perfecta. La gente está muy contenta con Vd. y yo también. No vea cómo me alegro, porque asuntos de mucha importancia en Tecax siguen reteniéndome de lunes a sábado. Mañana no podremos jugar por lo que, enseguida, vamos a anunciar. Prepárese, son magníficas noticias. Las mejores, aunque suponen abundante faena. Le vamos a dar vuelo a la hila-cha... Cuento con Vd. El próximo domingo, sí jugaremos. Queremos la revancha. Nos la darán, ¿verdad? Pero, dígame, ¿Qué deseaba?

Ni una palabra de aliento. Ninguna mención a su abandono. Iba a decirle, galante, que me debía un baile de explicaciones, mas no era el momento. Ni su actitud auguraba que fuera a tener ese placer. Me contuve a la espera de conocer las novedades tan elevadamente calificadas. Orgulloso, contesté igual de secante:

—No es importante. En un rato que pueda, si se acerca por casa, lo comentamos. Y descuide, me ocuparé de ayudar en la cocina. Nos arreglaremos bien con María y los chavales.

—Já, já... Mañana no cuente con ella. Luego sabrá la razón.

Di un pequeño paseo de aclaramiento de ideas por la *milpa*, pero continuaba siendo incapaz de comprender que, en el fondo, el comportamiento alterado de mi cuerpo persiguiendo tozudo fusionarse con el suyo, daba la razón a sus creencias y teorías mayas y desdecía las mías. Se cumplía el viejo dicho “El corazón tiene razones que la razón no comprende”.

—Las cadenas de la naturaleza.

Regresaba intrigado y cabizbajo por la similitud con las patéticas imágenes de sumisión de mi homónimo en la película *Lolita*, cuando, en pleno otoño y sábado, las campanas de la iglesia repicaron alborozadas como el domingo de gloria.

—¡A la plaza! ¡A la plaza! —empezaron a oírse voces anunciando asamblea extraordinaria.

—¡Boda, Boda!

El paisanaje salió corriendo de las casas. Niños y perros a la carrera espantaban la rutina de gallinas, cabritillos y lechones

—¡Nacimiento, Nacimiento!

—¿Oye eso, profesor? Tendremos que ir.

Llegamos apremiados encontrando la Palapa a rebosar

de gente. En lo alto de las gradas, una “jaguara” vestida de charra, con camisa blanca chorreada y arremangada, cogía de las manos a Juan y María.

—¿Qué hace ese ahí arriba? —dijo Kerman.

—¡Ni idea!

La rusa preguntó a viva voz si estábamos todos y, recibida la confirmación, dio su grito de guerra levantando los brazos del ingeniero y la maya, a modo de triunfo.

—Paisanos, ¡Viva la comunidad! Hoy es un día magnífico, ¿verdad?

—Sííí...

—¡Viva el Amor!

—¡Viva!

—Anuncio que hemos sido bendecidos con dos nuevos miembros. Uno, en camino.

Lucía puso la mano en el vientre encinta de María en medio del arrebató general que cantaba sus nombres.

—Por decisión de la madre, si es niño, se llamará Gabriel; y si es niña, Ohiana, Selva en vascuence, por decisión del padre.

—¡María, María! ¡Juan, Juan! ¡Gabriel, Gabriel!... ¡Ohiana, Ohiana! —gritaban.

—¡Vivan *Ixchel* y *Chaac*! ¡Que se besen; que se besen!...

Me sorprendió encontrar en Juan un rostro arrobado. Miraba a la bruja con deleite, que le devolvía su alegría de colores.

—¡Es la pera! —dijo Kerman que, a su vez, tenía cogida la mano de Elena. El muy bribón. ¡Por eso que estaba tan soplado y callado en la taberna!

Los recién presentados novios cumplieron la petición besándose, contagiando el fervor de los congregados. Unas lágrimas furtivas recordaron a mis ojos su condición humana. La loba color tabaco las secó clavándome los suyos. Le bastó un instante.

—Mañana a las doce será la ceremonia, si no se arrepienten de semejante tontería. La oficiará Martín, contando con que, el muy pendejo, llegue a tiempo. Si no, la oficiaré yo. Testigos, Roberto por parte de la novia, y quien designe el novio cuando vuelva en sí, já, já... Damas de honor: Rosalía, Amalia y todas las que quieran. Hasta la salida de misa, prohibición general de beber más de una botella. El personal de cocina queda exento de la obligación de asistir... ¡Furriel, la despensa puede vaciarse!

Felicité a los ennoviados y acompañé como pude la ruidosa celebración que siguió. Cerca estuve de emborracharme o de irme directo al palacio tenebroso, pero me impuse hacer de tripas corazón, no ser un aguafiestas y honrar la alegría de los prometidos. La comunidad repitió los festejos de nuestra llegada confitados con explosión mexicana y colorido maya. Por doquier, la matraca de sonoras cantinelas, ya familiares, que emulaban el verbo florido del popular Cantinflas:

—¡Dele hondo, manito! ¡Arránquese, no más! ¡Ándale, Pancho al guitarrón y enchílanos el cuero!...

Lucía cantaba “Cielito lindo” sin mirarme siquiera. Decidí excusarme. Besé a María y estreché sentidamente la mano de Juan. Bromeé.

—Enhorabuena, otra vez. Disculpadme, colegas. Por vuestra culpa tengo chambeo extra mañana y aún he de

haceros unos versos de regalo. Vosotros, disfrutad. A este paso, vuelvo a Euskadi sólo, já, ja.

Delante del papel blanco, desempolvé tristón la anotación con el poema “Sin Penacho de Guerrero” que escribí en La Rioja, justo antes de venir. Las emanaciones del alcohol sedujeron a una musa tonta y pude hacerles el poema prometido antes de que me derrotara.

OHIANA, JUAN Y MARIA.

*Truhanes jóvenes del calor,
que no respetáis el escalafón.*

*Desmanes cometéis;
pecados dulces en los desvanes*

de esta selva sin peces, repleta de manes.

*Yo pasando raras calamidades de púberes y hambres,
y vosotros, a hurtadillas, comiéndoos el color de los panes.*

Miembros de “El Palmeral”,

Maya comunidad,

*gracias por crear a Ohiana, la selva niña de chocolate,
que adquirirá famas renombradas.*

Don Guindo Sexto, el caído, os desea felicidad.

*Y os anima a poner una confitería
que elabore perlas Marca “Juan y María”*

Os lo pide la guinda del pastel caída.

¡Vaya comunidad!

El olor tardío a leña y novillo asado me impregnaron el espíritu y los sueños. Y por una noche, no sentí los ecos, semejantes al batidor de chocolate, de *Xbolon Thoroch*, el

fantasma casero instalado en el palacio casi desde que llegamos, y cuyos ruidos bajo la tierra, sin causar mayores males, me desvelaban, repitiendo incluso las conversaciones mantenidas durante el día.

Dirigió la comanda sin que le pesaran resacas del trajín de vísperas, y como si yo no estuviera. A las once, partió a arreglarse, dejándome al mando, bien surtido de cocineros ayudantes. Prefiero no describirles la estampa de esta criolla vestida de rojo cereza y maquillada, ceremoniando los esponsales. Conviene no alterarse. Si no los pormenorizo ahora es por el cansancio de faenar penalidades y viandas. Les pido disculpas y prometo contárselo pronto. Así me reponga.

Me rehuyó toda la jornada. No se dignó a una copa conmigo. Menos, a un baile tras el banquete que, desde luego, no le solicité.

Sonó el danzón cubano que sus ojos evocaban:

*Aquellos ojos verdes,
de mirada serena,
dejaron en mi alma,
eterna sed de amor.*

María y Juan estaban al quite. Supieron hacerme el favor. En su condición de novios, durante el baile de honor se acercaron a Lucía instándole a bailar, entre el estruendo general. Aceptó y, mansa como Petrova, se dejó llevar. Yo bailaba con Elena. Juan se deslizó hasta nosotros y hábil-

mente dijo:

—¡Cambio de pareja!

Y hete aquí que la hembra, can doméstico en sus brazos, torno a loba ártica en los míos. Agrandó los ojos de selva con hielo hirviendo, hasta casi desorbitarlos. Dudé un instante. Iba a ser galán y rehusar, viendo los colmillos al jaguar, pero los sentidos claudicaron cegados por el fulgor helado. El renovado contacto con la carne de sus brazos y el talle firme y sedoso bajo el vestido de raso satén espolearon a Orangu. Contraproducentemente, no me dejó opción. Si hubiera querido soltarse, no hubiera podido. Les juro que los poros de la orquídea desprendían aroma de *Xtbuán*. Cometí la cobardía de apartar la vista para no quemarme los labios. Puse mejilla sobre mejilla y la estreché cuanto pude con la mano derecha sin llegar a ofender. Les juro que, si nos hacen un test *Vickers* de dureza, habría rebasado la escala. Tal la tensión muscular de la dama evitando la unión. El choque de nuestras órbitas magnéticas era de signo contrario e impedía la fusión. El instante duró un siglo, con el gentío expectante, casi diría que silencioso, esperando un estallido volcánico o solar. Yo, demenciado y repelido por el agujero negro, rezaba por un eclipse de luna total o un conjuro afortunado que invirtiera la polaridad y me permitiera besarla y sumergirme dentro del horizonte de sucesos de la supernova confiando mi suerte a que fuera propicio o adviniera, de una vez por todas, la implosión definitiva de mi existencia. Kerman y el resto de músicos permanecían atentos procurando acompañar el ritmo de los acontecimientos para que no sucediera nada inevitable. Parecido, Roberto,

María y Juan...

La loba albina sintiéndose acorralada por el qué dirán, cambió de estrategia. Cesó su resistencia y el impulso de soltarse. Sonrió gentil con los dientes y consintió en dejarse llevar.

Hice lo mismo e intenté sincronizar los pasos. Tenía los hombros desnudos y la boca tentadora de Rita Hayworth a centímetros de la mía. El plumón, entre ambas manos; réplica de aquel dolido verso de Machado a Guiomar: “De mar a mar, entre los dos, la guerra”. No lograba detener a Orangu en su rumbo de colisión de quilla contra iceberg. Y como si la maya mestiza o sus diablillos leyeran los pensamientos, torsionó el talle hacia atrás chocándome sin querer con el vientre, para calcar prácticamente el diálogo del baile de los protagonistas de la película “Gilda”:

—Recuerda las reglas, Xalbador. Nos observan.

—El primer tuteo en semanas —respondí de memoria—. Las reglas y las ordenanzas cambian con el clima, Gilda.

Esa noche tenía amigos. Nadie se atrevió a rescatarla demandando un nuevo cambio de pareja. Conocían que sabía defenderse sola. Kerman alargó la melodía de forma ostensible. Oponiéndome, caballeroso, a los deseos animales de Orangu, no quise prolongar la prisión. Aflojé el abrazo. Me sobrepuse y le pregunté los porqués que me negaba. Bajó la mirada y a punto estuvo de soltarse. Pero se lo impedía la expectación. Contestó sonriendo forzosamente:

—No es el momento.

No sé si Kerman, los hados o quiénes, hicieron que sonara entonces la melodía “Bésame Mucho”.

Bésame, bésame mucho.

como si fuera esta noche la última vez...

Ahí sentí que nos rompíamos. Del hielo se desprendió una lágrima y otra saltó roja de fuego. Contra mi voluntad, decidí dar una salida honorable a la engorrosa situación. Señalé la mesa. Tal vez quisiera sentarse a departir. Pareció aceptar encantada, pero no fue así. Saludó, bebió un sorbo de agua y se excusó, yéndose a otro corrillo.

—Un placer bailar con Vd., Xalbador.

No tarde en retirarme agriado. Ya en mi habitación, comprobé que, en esta ocasión, fue la fiera femenina del bosque quien casi marcó a sangre mi carne. Acerqué la nariz a los brazos, y hasta los cardenales que me hizo olían a ella.

Tengo que decir que, por mi falta de costumbre y su elevada estatura, casi pareja a la mía, tampoco lográbamos armonía de movimientos. Fue un alivio separarse, aunque no un consuelo.

El sheriff la devolvió a la civilización con el alba. O quizás, fue al revés. En México, como en cualquier parte, la autoridad tiene bula papal alcohólica en los controles de carretera. Al parecer, llegaron bien.

Tenía la sensación de que todo el mundo sabía qué pasaba, menos yo. Hablé con *Xólotl*.

—Ya le dije, hermano, el carácter de la jungla. “Sepa la bola”... A saber, qué le ronda la cabeza. Esté tranquilo.

—Pero...

No me dejó darle réplica.

—Discúlpeme patrón. “Me agarró en curva”. Tengo que preparar un camión de leña urgente.

Llegué a la conclusión de que fuera lo que fuera, estaban contentos. La frialdad de ella se extendió a los demás. Quedaban pocas semanas para el fin del proyecto de cooperación. Únicamente, hacía una excepción. Le entró la obsesión de vencernos sí o sí. Por algún motivo desconocido, se negaba a aceptar que se la pudiera ganar. Obligó al sheriff a ponerse en forma y dejar temporalmente el alcohol.

Echando la vista atrás, puedo adivinar qué cerrazón la poseía. Las moléculas y el núcleo maya le arrastraban. No eran simples partidos de pelota los que ella jugaba contra mí, sino preguntas directas a los dioses de lo que estaba por venir.

Eso o que, por mi condición de ateo y extranjero, cada derrota le impedía vengarse de su madrastra *Xibalbá*. En su fuero interno, se sentía uno de los gemelos *Hunahpú*, dios de la fertilidad y del juego de pelota, buscando venganza identificándome como culpable de la muerte de *Ixmucané*, su madre, y capaz de arrasarse la comunidad. Las comparaciones con nuestra extraña relación resultan fáciles.

Leí detenidamente:

“Cuenta la leyenda que les gustaba jugar y hacían mucho ruido, lo que molestó a los mandamases del reino subterráneo. Fueron ejecutados sin contemplación, y enterrados en la misma cancha. Sus restos dieron origen a las jícaras, los árboles de la calabaza, con las cabezas colgando para servir de advertencia. Un día, Ixquic, hija de los señores de Xibalbá, se acercó curiosa, sufriendo que uno de ellos le pidió abrir la mano. Cuando lo hizo, le escupió en la palma fecundándola de nuevos gemelos. El

padre de la muchacha la expulsó al mundo intermedio de los humanos, donde halló refugio en casa de la abuela de los bebés. Llamó a sus hijos Hunahpú e Ixbalanqué. Nacieron con la misma afición que su padre, aunque más astutos. Decidieron resarcirse y bajaron al inframundo. Hacían trucos delante de los asesinos de sus padres. Matarse el uno al otro y renacer en forma de peces que mutaban a hombres, etc.. Divertidos y admirados de estos prodigios, los señores de la muerte pidieron ser sacrificados para ser devueltos a la vida, pero los jóvenes ya no los revivieron. Así fue como expulsaron a las gentes de Xibalbá del mundo de los humanos pudiendo fundar una comunidad próspera”.

Comunidad que, su madrastra y yo, amenazamos al desearnos violentamente, según su modo peculiar y circular de entender la historia.

Luego del partido memorable y la boda, jugamos varios más. Llegaban tarde los domingos, a tiempo sólo del encuentro. Fui tonto y simple. Rabioso, no le concedí la gracia de perder. Juan se identificó conmigo. Con tanto match cogimos fondo, y la aclimatación hizo el resto. Les ganábamos siempre, para descontento del vecindario:

—El próximo domingo, pendejos.

Los partidos eran a muerte con miradas de reptil entre medio; pero no, solar. Tras cada punto perdido, medio rechinando los dientes, se aprestaba a restar los saques mascullando como poseída:

— “Juega a la pelota *Xólotl*; en el mágico campo; juega *Xólotl* a la pelota”

Las victorias me brindaron la coartada. El desvarío me

armó de valor y reclamé la prenda.

—¿Recuerdas, Lucía que me debes unos bailes? ¿Te apetece?

—Tendrá que disculparme, profesor. No podrá ser. Las ausencias hacen que tenga mil asuntos y papeles que atender.

Sentí que aquella frialdad amenazaba romperme un órgano vital muy adentro, pero el que acabó lesionado de verdad fue mi menisco izquierdo. Sucedió el domingo anterior a tener que marchar. Parecía que los hados me echaban una mano propiciando retrasar la partida, ya que iban muy delante en el marcador.

—¡Justo, ahora! ¡A seis días! ¡Ya es mala suerte!
—vomitó.

—Puedo quedarme un tiempo y ver cómo evoluciona. La enfermera dice que en pocos días mejorará. No quiero marcharme todavía. Quería decírtelo.

Fuera por completo de la realidad, entendía lo contrario al significado real de sus cuidadas palabras.

—Xalbador, no puedes estar así, por Dios. ¡Vamos a que te vea un médico!

Seguía sin comprender su actitud ajena a las normas civilizadas de tratar los conflictos emocionales. Necesitaba un paréntesis para hablarlo. Partir con esa incertidumbre me producía angustia. Prepararon el viaje y aprovecharon una movilización contra las concesiones madereras para llevarme a la ciudad y valorar la rotura... ¡Y *la voladura!* Kerman se quedó a mi cuidado mientras protestaban. Supe, al fin, lo que sucedía. Entró en la habitación con semblante grave.

—Hay mar de fondo. Galerna. Todo el mundo está cómodo y Lucía desquiciada. Y tú estás en la mitad de ese océano arbolado. Nadie quiere decírtelo. El periodista francés lleva semanas aquí. Me lo ha dicho el cónsul. Sus hijos y ella están tratando de que se quede. La comunidad entera lo prefiere. Porque si se marcha con él, se acabó la hermandad de “El Palmeral”.

—¡Ah!... ¡Así que es eso, carajo! La razón del cambio brutal. Por eso, lo de desaparecer, el maquillaje y demás.

—Sí, Xalba. No quiere decírtelo. Lo tiene decidido y le duele, pero... Prefiere que te vayas.

—Ya.

La Señora, llegó al rato con el facultativo, quien hizo una serie de pruebas de articulación y la ecografía, además de las radiografías pertinentes.

—¿Es grave, doctor? —preguntó la dama.

—El cuerno interior del menisco está algo astillado. Puede operarse o dejarlo que repose. Pronto podrá articular sin problemas, quitando el ponerse en cuclillas.

—¿No hay ningún otro remedio eficaz que adelante la recuperación?

—Podríamos inyectarle ácido hialurónico. Es indoloro, y por unos meses le permitiría caminar. Es caro

—No quiero inyecciones. Prefiero dejar que cure natural. Será lo mejor, ¿no doctor?

—¿Pueden dejarnos un momento a solas?, —terció Lucía, mirándome como un jaguar congelado, a punto de saltar.

— Xalbador. Sé que no te va a gustar oírlo. Tienes que entenderlo. Es definitivo. Y no quiero hablarlo más. Sé de

sobra, lo que sentimos. Escúchame bien. No sabía cómo decírtelo, ni si era lo apropiado. Estas semanas han sido duras para todos. Imagino que para ti especialmente. Te ruego me perdones. Pierre está aquí. Estoy tratando de que se quede en la comunidad. Quiero que el padre de mis hijos viva conmigo. Y creo que, esta vez, se quedará. Tengo derecho a equivocarme. Después de dos meses de pensarlo, decido que sea así. Tienes que irte. Violante llegará en unos días. Nunca te olvidaré. No nos olvides. Acéptalo, por favor. No me hagas llorar. Hazlo posible. Adiós, profesor.

Orangu se negó a aceptarlo. Desamartilló sin miramiento la lengua adormecida a la fuerza durante semanas.

—No tienes corazón. ¿Tenías que esperar a contármelo aquí? Ahora entiendo lo de tu tatuaje en el hombro. Es la P de Pierre, ¿verdad? En mi sueño del bosque, en la ingle contraria, te grabé una X.

—¿Dices ésta?

Lucía se bajó los jeans y apareció una herida, aún sin terminar de cicatrizar, con los trazos mal ejecutados de una equis.

—No quiero volver a recordar lo que pasó en la jungla. Nuestro placer animal se quedará allí y, quizás, en mi vientre.

—Pero si fue una ensoñación. No hicimos nada.

—Pareces un *Mulix*.

—Tú, *Beyualé*, —repliqué bastante sañudo.

—Crees que lo soñaste; sin embargo, fue verdad.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te he hecho yo esa horrible marca?

—Sí, Xalbador. ¿No recuerdas que te la pedí?

—¿Cómo voy a recordar eso? Es imposible. Sí que aparecía en el sueño. Nos clavábamos las raíces. Rogabas la insensatez de grabarte a mordiscos la equis de mi nombre. Yo no quería, pero insistías:

—¡Hazlo, hazlo! ¡Grábame tu inicial! Es preciso que nuestra sangre se mezcle. El bien y el mal... Que crezcan unidas las raíces del *Chechén* y de su antídoto el *Chacah*, formando una selva que dure por los siglos de los siglos...
—continuó, recitando la frase como un mantra...

—¡Por Dios!, lo voy recordando... La locura de dos bestias. Sangrabas, y no consentías que dejara la equis sin concluir.

—Es sencillo —se puso a explicármelo con detalle—. Así te completabas y me completabas. Te quedabas conmigo para siempre. Mira, aún sangra la herida. No hay amor sin dolor. Había tomado la decisión. El daño que te iba a causar era preciso que lo sufriera yo también. El precio a pagar. Compartir el dolor que una misma va a producir. Vosotros lo llamáis: “Quien a hierro mata, a hierro muere”. Si te estaba matando, justo era que me mataras.

Repuse:

—Una dialéctica tan justa como perversa: “Si te quedas algo, debes algo”. “Ya que me coges, deja una parte tuya dentro de mí”. Voy a enloquecer con semejantes lógicas. Quien te llene de tierra, morirá.

—Te equivocas, Sr. occidental. Renacerá a otra vida. Cuando alguien me cubre, me devuelve agua y barro primordial. Se hace tierra conmigo creando nueva. Nos hacemos eternos... Ese es el mandato divino. Todo cuanto

hemos de hacer.

Este Xalbador la recordó entonces, en medio de la alucinación, a los pies de los *Yaxché* sagrados, tapándola con tierra. Verdaderamente, una hamadriade aferrada al tronco del que no puede desgajarse sin fallecer. Ahora, lo veía claro. Recordó sus senos embarrados, la cadera sanguinolenta. Su sesudo cerebro pugnando sin lograrlo por impedirle sentimentalizarse y regresionar a la ilusión fusional que ansiaba.

Siguió un diálogo muy extraño. Hablábamos como mayas y tal, que si hubiera dos conversaciones tácitas, distintas y superpuestas. Dos lenguajes con secretos inconfesables, reproches mutuos y resentimiento en medio. Ya imaginarán cuáles. Le dije:

—Creí asistir al prodigio de nuestras metamorfosis sucesivas: Tú, mudando de libélula *Torix* a pájaro *Thó*. Yo, de insecto a príncipe *Maquech* adornándote el pecho. Veo que eres *Utz-Colel*. Incapaz de amar a nadie

—Puedes pensar eso, si te complace. Pero también soy *Xtabay*, el espíritu de la mujer. Irrenunciable y dual. Creía que habías comprendido... Permití a mi corazón sangrar cuanto necesitaba.

—Me quitas el agua y la tierra. Tú que dices querer ser parte de ella. Si tu deseo es serlo, ¿cómo lo vas a hacer? ¿Cuál una Cronos devorando a sus hijos, sorbiendo el lodo puro que portamos? ¿Qué quedará de nosotros? Nos obligas a convertirnos en seres líquidos, en fantasmas vacíos. Por eso vagamos asustados en tu búsqueda eterna. No es justo que nos devores para darte continuidad.

—No lo quieres entender. Sabes que sobrevivirá el

Pixán. Es un ciclo eterno. Vacíarse para crear otra tierra. ¡Hijos! ¿Cómo, si no, podría yo...? ¿Cómo sería posible la reproducción?... Alguien tiene que morir para que otra persona viva.

La mantis tensó la soga. Me estremeció mentando a la diosa del suicidio y los ahorcados. Sentí que no era una pose. Vislumbré la imagen de Izaro, su madre:

—No puedo más, Xalbador. Si lo prefieres, me encomendaré a la protección de *X'tab*.

—Tal vez tengas razón, Lucía. Pero el precio que pones es elevado. La naturaleza funciona de otra manera. No hay extinción total. Estás llevando las cosas al extremo.

—Nadie te pide quedarte. Eres tú quien se considera vacío. Yo no he tomado más que una parte de ti; lo que no te da derecho a poseerme entera.

—Me cuesta una inmensidad porque pones mi corazón sinusal... Con el sonido de la lluvia cayendo sobre la tierra. ¡No lo escuchas!

—Lo escucho, Xalbador. El sonido de la fertilidad.

—El sonido de la felicidad. Del bienestar. La promesa del reposo, Lucía. La puerta de la esperanza. Para ti, quietud y vacío parecen ser lo mismo. En cambio, yo...

—Deberías alegrarte. Para mí no hay únicamente promesas, sino un ciclo continuo de trabajo. Tú puedes irte a la nada, si quieres. Yo tengo que quedarme forzosamente. Casi te envidio.

Enfrentado al destino por las palabras contundentes que escuchaba resonando definitivas, recuperé la conciencia de esa especie de sino lúcido y trágico que me envuelve. Me revolví. A sabiendas de que ahondaría la distancia entre

ambos, vendí cara la piel porque no quedaba otra. Sabía que iba a perder mi segunda vida. Ofrecí un combate de ideas de igual a igual. Pasión contra pasión entre varón y mujer. Dos seres enfrentados a la lucha existencial tanto como a la espiritual... La conversación adquirió tintes filosóficos irreconciliables y extremos sobre un fondo de lienzo de color amor oscuro.

Espoleado por la pared que me ponía ineludiblemente delante, dejé de ser el *chullallaqui* desconcertado. Aún con recaídas intermitentes, volví a ser un jugador de pala sopesando las opciones de afrontar con éxito el camino concluso o el nuevo a recorrer. Quizás para repetir el ciclo de entregarme a una mujer semejante a ésta, que continuaba afirmándose:

—La selva habló y fue hostil. Si te quedases, me tendrías que ir yo. Kax exige una comunidad. Reconoce la legitimidad de Pierre y te expulsa. Sólo hay sitio para uno. Es sabia. Sabe que, de lo contrario, habrá conflictos; muertes prematuras y peleas. “El Palmeral” está de acuerdo. Es la ley del bosque. Todo tiene un valor. Nada sobra. tienes que pagar lo que cojas de ella con sal. Tengo que hacerlo. ¿Lo entiendes?

—Mi cabeza no está aquí. Está mi corazón; otra vez partido. Por eso la frialdad del paisanaje conmigo estas últimas semanas... Puedo entender sus barreras, pero no las tuyas. ¿Justifica la crueldad de tu frío glacial? ¿Era necesaria?

—Por respeto, Xalbador. No podía permitirme frivolar. Ser cálida con la persona que acabaría por matar. Los muertos deben marcharse y nunca quieren. Hay que obligarlos a irse. Despedirlos. La vida es cruel. Los sentimien-

tos son crueles.

—Entiendo. Jamás debí venir. Este dolor es el doble del que traje.

—No te engañes. Tenías que venir. Estaba escrito. Allí tampoco vivías. Nadie sabe el lugar en el que hemos muerto antes, que es el mismo donde vamos a terminar de morir.

—Según vuestras creencias, cualquier cosa... ¡Yo en Xul! Lo leí en un graffiti: “*No temas dónde vayas a morir. Has de morir donde debes*” ¿Qué tratas de decirme?

Luchaba por callarse.

—No sabía qué sucedería cuando fuimos al bosque. También estoy presa de mi pasado y mi futuro.

—Al parecer, vas a resucitar a mi costa

La ofendí. No movió un músculo. Clavó la ira de su orgullo criollo en mí y las prevalencias que arguye la mujer cuando engendra un hijo respecto del varón que la germina. Prescindir de éste, si es preciso. Aguanté sin caerme, por lo definitivo del trance; y porque estaba tumbado.

—¡Basta! Te lo diré de otro modo. Tal vez, así te quede más claro. ¿Estás vasectomizado? Es costumbre en Europa...

—No. ¿Por qué lo dices?

—Tengo dos faltas, Xalbador. Es mi sino. No sé de quién será la niña o el niño, aunque quisiera el imposible de que fuera de los dos. Tuyo y de Pierre... Posiblemente, lleve dentro tus raíces. Rezo porque sea un ser normal. ¿Qué más quieres? ¿Complicarlo y echar a perder lo más hermoso de los sueños por desear poseer mi cuerpo y presencia junto al tuyo? Siempre la dichosa propiedad. Al precio que sea. ¿No es así? No lo permitiré. ¡Vete! Prefie-

ro recordarte cual un hombre gallardo que como un niño caprichoso contrariado.

Me dejó a cuadros. La historia y el desatino se repetían.

—No puedo, Lucía. No puedo. Quiero llorar.

—*¡He-té!* ¡Calla! No lo hagas más difícil. Tienes que poder por todos nosotros. Tus huesos se irán. Sin embargo, tu espíritu se encarnará y descansará aquí. No sé, si vivo o muerto, pero acogido y respetado. Te lo prometo.

—¡Vaya consuelo y paradoja! Ahora, eres tú la racional y yo el maya. Tú, la que antepones razones de conveniencia y yo quien defiende que venza la naturaleza y los sentimientos. ¿Me quieres a mí o le quieres a él? Esa es la cuestión. ¿A quién harás caso? ¿A tu sangre, individual y concreta, e idéntica a la mía, o a las meras ideas?

—Era nuestro destino —contestó—. Soy y no soy culpable. Ambos somos ya conscientes del resultado.

—¿Y de qué sirve? Tienes soluciones para todo. En la práctica, vuelves a defender el orden social que odias. Ajustas los argumentos a la decisión que has tomado. Envuelves tus sentimientos con ropajes lógicos falsos. ¿Quién te garantiza la verdad de esa conciencia adulterada por siglos de reglas?

—¿Permites que te hable de los fantasmas que habitan estas tierras duras y de los que te ríes? ¿De la serpiente solar?

—¿Más palabras? No sé si las quiero oír —dije resuelto—. Creo que no. Los muertos no necesitan charlas, sino sepultura. ¡Y las ninfas, libertad!

Reaccionaba violento porque intuía que serían simples pantallas protectoras del tabú. No iba a preguntarme por el

pasado encarnado en Roberto. Guardaría el secreto con llaves de vocablos-señuelo. Lo entendí y me centré en el presente, por mucho que fuera idéntico al pasado, y que el discurso subyacente fuera casi tan evidente como el envoltorio externo, digno de enmarcarse cual el manifiesto primigenio de la metafísica.

Un desvarío teleológico de principio a fin. Pese a la desazón, me propuse no enredarme en rebatir sofismas. Recobré el sentido. Tocaba afrontar la verdad cruda y dura: mi posible paternidad anterior y la orfandad de ambos, sufrida a manera de carencia. Omnipresente como una sombra, aunque no la nombraran. La acusación implícita de abandono. Su inconsciente me culpaba desconociendo la decisión libre tomada por su madre, que ella repetía ahora, impelida por quién sabe qué fuerzas inmanentes y poderosas. Creí que mantendría firme la defensa y proseguiría recitando el estribillo aprendido, pero me equivoqué porque asió con fuerza una liana sutil que la bajó a tierra:

—Seamos valientes para decirlas y oírlas. No voy a engañarte. No hay esperanza. Sabes que existen seres fantasmales. Tú lo intuías; y lo has escuchado antes, de nosotros. Aquí son casi normales. Nos esforzamos en integrarlos o apartarlos del día a día. Nos negamos a reconocerlos, y no obstante, son existencias reales. Sé de lo que hablo. Porque yo misma soy un alma condenada. Y tú parecido, pues desde hace años recorres el mundo con forma casi imperceptible... Ya tienes la respuesta a tus preguntas. El porqué de mi agresividad, de la insatisfacción. También a mí se me negó la vida. Se me desposeyó tempranamente de las raíces que me sostenían y constituían. Madre y pa-

dre. Desde entonces no soy persona. Penetro la tierra cada vez que tengo ocasión. Olfateo el alimento que perdí. Pienso que lo encontraré en algunas mujeres, en algunos hombres. Me meto dentro de ellos y consiento que entren en mí a dar con la que fui. Eso hicimos en el bosque, Xalbador. Tú hiciste igual. Me busqué dentro de ti y no me hallé. Porque tú no eres un hombre, ni la mujer que perdí. Eres como yo. Un fantasma abandonado incapaz de amar. Me mataste. Por eso, tampoco, diste conmigo. Y has hecho lo mismo con otras personas. No existimos.

Les juro que aun siendo del todo visible el hilo, cegado por pulsiones elementales de procesionaria, me costaba seguirlo. Cual ellas, tenía que tocar “su vientre” a fin de reorientarme y sobrevivir. Hacía esfuerzos por no preguntarle por el niño de la foto y por lograr que materializara la verdad que nos unía, si es que existía con el voltaje de la mía.

—¿Y qué es Pierre?

El espejismo que había alentado la última esperanza se desvaneció. Continuó desarrollando íntimas y sensitivas percepciones de éter, en las que no estaba yo, junto con la idea circular y fusional del mundo que mantenía. Su estado de excitación le hurañaba el gesto. Animalizaba sus facciones perdiendo finura y atractivo.

—Por alguna razón que desconozco, es varón y mujer. Soy yo misma. Igual que soy él. Esa Lucía que tú ves, es Pierre. Esa energía. Esa presencia masculina y femenina al tiempo. Mi unidad. Me cuesta reconocer que es así porque aparenta ser un espectro. Siempre errante con sus trabajos de aquí para allá. Sin embargo, para sorpresa mía, cuando entro en él, estoy yo y está él. No es un fantasma ausente.

Me hace nacer.

—¡También yo! ¡Mira tú vientre!

—Por eso está pasando lo que está pasando entre nosotros tres.

Tal su grado de convicción, y las semejanzas, que me arrastraba a querer comprenderla y crearla. Mi mundo de certezas se tambaleaba. En un arranque de dolor, clavó sus dedos alimañados en los ijares de mi camisa

—¡Por Dios, Xalbador, despierta! ¡No soy yo tu estrella! Tienes que hallar alguien sin desnaturalizar. Seguramente, errante. No sé si será como sucede conmigo, pero al encontrarla, descubrirás que pertenece a la tierra. Una ceiba firme. Sentirás que es distinta. Inconsciente de quién es. Mezclando vuestras raíces os tranquilizaréis y alimentaréis mutuamente. Os fortaleceréis. ¿Comprendes por qué debes seguir tu viaje, profesor?

Había escuchado palabras semejantes tres décadas antes. Me esforcé en entender lo que entonces no capté, que volvía a interponerse bloqueando el camino a mis deseos humanos. El sinsentido del tronco de madera enamorado del hacha que lo derriba para hacer más mangos de hachas. Cerré los ojos y me mordí los labios que querían blasfemarse a sí mismos el mal sino.

—¡De acuerdo! Quizás no pueda, aunque lo intentaré. Una última cuestión. ¿Qué es la comunidad? Debo entenderlo.

Agotada y deseando terminar tan inhumano interrogatorio, le costó esfuerzo desplegar las alas de su pensamiento, pero lo hizo y he de reconocer que su vuelo, que la alejaba de mí, fue realmente alto:

—La comunidad será lo que surja... Lo que creen esas raíces. Lo que estaba allá antes de que tú llegaras. Cuando estés con esa persona que te completa, la percibirás viva, y todo lo que encuentres alrededor será comunidad. Lo sabrás porque te sentirás a gusto con ellos a la espalda, y ellos contigo. Y porque te reconocerán como guía. La mayoría serán espíritus sin luz ni lugar. Los verás peregrinar sin dirección. Te compadecerás y querrás ser la tierra que no tienen. Te volcarás en proveer algunos de sus deseos y necesidades apremiantes. Lo convertirás en profesión, en misión. Sabrás cuál es tu función. Se pegarán a tu corteza, más que a la savia, y no te importará. Permitirás que te parasiten. Entenderás que los fantasmas tienen derecho a un refugio, una creencia y fe en su perpetua búsqueda. Quizás, también, a expiar en ti sus culpas. No podrás desprenderte de ellos. Lo tomarás a modo de don que ofrece la tierra de entroncarte después de años de existencia desasegada. Ser, por fin, hombre o mujer. La fortuna de serlo que aún no tienen ellos. La selva hará el milagro de darte sensibilidad, dimensión, medida y límites; de mostrarte seres maravillosos. No te supondrá trabajo, sino gozo respetarlos. Te exigirá, a cambio, el esfuerzo de atender a sus criaturas, cubrir sus necesidades y apoyarlas. Ese es, a mi parecer, el principal contrato del transcurrir humano nuestro: coexistir con lazarillos fantasmales. Serles útiles, como útiles son ellos dándonos a ver sus muchos dones, alegrías y limitaciones, junto a las nuestras. Eso es construir lo común —enfaticó. Lo que yo trato de hacer con *“El Palmeral”*, y estoy en puertas de conseguir, si tú me dejas.

Era elocuente. Hasta Orangu se notaba preocupado. Teníamos la certeza de que su presencia, al tiempo que vulnerable, pero tornándose ya a calma y segura, estaba hablando de “su verdad”. Como leyendo de un libro profundo. Una concepción sociológica del existir, más que psicológica. Un sentido sagrado de tribu y clan. Esa era la principal diferencia conmigo, un individualista vocacional.

—Suena bonito, aunque creo que un poco tarde para mí.

Viéndola tan firme a un palmo, entraba en contradicción y ensoñaciones. Por momentos, creía hablar con Izaro. Lo mismo percibía fanatismo y locura que me venían a la cabeza las palabras de Vátimo:

"Lo bello es aquello que tiene la fuerza de hacer mundo, de crear y recrear en torno a sí una comunidad".

Pero no dije nada más. Y me sorprendí girando, “avestruz”, la cabeza hacia lo social y Carlos Castaneda. No sé si para huir de mi responsabilidad, o para evitarle el mal trago pendiente, de citar a Roberto. Lo hago siempre que constato una impotencia, un dilema irresoluble sin causar daños. Esa clase de males donde es peor el remedio que la enfermedad. En este caso, lo percibí así. Puestas las cartas sobre la mesa, ¿Qué ganaríamos sacando a la luz esa añeja paternidad oculta? Únicamente, poner sufrimiento sobre dolor. Me negué. Opté por volver a zarandear ramas sin fruto que sirvieran para ocultar el bosque y poder retirarme honorablemente del campo de batalla sabiendo que había perdido. Otros lo llaman manipulación. Estrujé el envoltorio sin tocar el meollo. Hice lo que llamo “un jesuita”: recoger la parte manifiesta de su discurso, y no la latente. *Makukutah* y ella seguían en medio sin nombrarse.

Apartaba de la mente las imágenes superpuestas de Izaro para no perder el hilo de la conversación paralela.

—Hablas de un confuso orden social nacido de la colaboración y competición de multitud de formas paralelas de vida, resumidas en tres estados del ser: *los iluminados enraizados, los seres naturales y los fantasmales*. Los primeros, incluyen reflexión, festejo y aceptación. Los segundos, perceptibles pero incomprensibles e independientes; y los últimos, de éter y desubicados. Dolientes históricos apartados de los goces, y dependientes de líderes convertidos en dinastías de buenos o malos guías.

—Algo así.

—Esa clase de distopías ya las conocemos. Las tenemos cerca y resultan terroríficas. En el fondo, latiría la guerra igualmente. Los *fantasmas* entrarían en luchas buscándose sin sosiego y pugnando por adelantar su rehabilitación sustancial. La paz, sería imposible. No la permitirían. Parasitarían a los *guías* que, en la piedad de aceptar a *los etéreos*, sentirían su dolor y no lograrían tranquilizarse. La sociedad no puede ser armónica mientras las entidades tengan necesidades tan dispares. Es inviable un mundo armonizado compuesto de vivos y muertos.

—Estamos hechos de ambos. Y ya ves qué bien conviven en “*El Palmeral*” —insistió.

Expuestos y en tierra quedaron los argumentos bastardos, listos para ser engullidos por inútiles. Concedida alguna credibilidad a su cosmovisión, me autopersuadí sin abrir los labios:

—Almas viejas los dos, amor mío. Piedras volcánicas

refractarias.

En mitad del duelo y del calor, saqué el hielo necesario para callar. Y, de forma miserable, me autocomplací de haber sorteado el trance con recursos simples. Prometí sacarles utilidad indagando en algún ensayo futuro raíces de mayor profundidad para las disquisiciones vertidas. Ya conocen lo que cuentan de los escritores. “Ahogándose, piensan en cómo lo escribirán”. Las guardé para ocasión más propicia. El viaje no sería en vano.

Si se daba cuenta del engaño, lo disimulaba mejor que yo. La obsesión que me mortificaba no se resignaba y me mortificaba asegurando como probable, que al igual que yo, su razón estaba haciendo de tripas corazón. Había hecho su elección y consideraba un designio mi relación con su madre y el fruto sobrevenido. Si acaso, como mal ya pasado. Su inteligencia práctica le indicaba que aquellos sucesos y el nuestro estaban amortizados. Acallaba con rabia los aullidos de queja de sus fallas inconscientes. Los humanos somos así. Lo dicen los mitos mayas y el resto de creencias y religiones. Pero nada podía ni debía hacer ya contra ese mecanismo natural de defensa. Puse sobre mi rostro la máscara de Jano. Desvié de nuevo la conversación, más que cobarde, queriendo terminarla impropia y tozudamente con algún novedoso aprendizaje vital beneficioso para mí.

—Sigo sin entender a la selva: ¿Qué son los animales?
¿Los árboles, el agua y el fuego?

—¡Cuántas preguntas! ¡Por dios, Xalbador; para ya! No tengo tantas respuestas. No es el momento, ni tenemos tiempo. Además, me temo que no son una única entidad.

Son distintas según los ojos que las miren. Para mí, puede ser una cosa y para ti otra. La pregunta correcta es: ¿Qué es el árbol para sí mismo? ¿Quién es él, qué necesita o busca? Me acerco a todas las materialidades con la actitud de que puedan ser seres. La mayoría de ellas lo confirman. Mis sentidos perciben su presencia, aunque no capto los matices de la esencia, que permanecen -por lo menos para mí- inasibles hasta ahora. No puedo responderte, Xalbador. Desconozco qué son, pero son. Y son limitados; como limitada es nuestra percepción de ellos. Debemos protegerlos, porque intuyo aquel viejo dicho: “Hay otros mundos, pero están en este”. Somos, con otros mundos.

No hallaba el modo de detenerme. Seguía y seguía muleando eras trilladas, sin otro objetivo que el de continuar pegado a ella, tal que los hijos que persisten en mamar el pecho vacío.

—¿No sé si hechos para estar mezclados! ¿Puedes evitar pisar a las hormigas? ¿Puede el leopardo cambiar de dieta? —ironicé.

Infinita su paciencia y el esfuerzo por ayudarme.

—Recuerda que soy también la serpiente; y tú, mi depredador. Estamos inter penetrados. Cada una de esas presencias, como bien descubren hinduismo, budismo, místicos o confucianos, parecen remitir a un algo único y primordial del que formamos parte. Un numen inefable. Esa unidad cósmica que algunas personas especiales presienten sin saber explicarlo, y que la mayoría, sólo en raras ocasiones presentimos... No obstante, te doy la razón. Ese es el lado más difícil de interpretar. La mente lógica no lo consigue. Únicamente sé que no respetamos suficiente-

mente el valor de cada existencia; que fantasmas ansiosos como somos, las depredamos más allá de lo establecido.

—Un consuelo estar de acuerdo en esta parte.

—Lo que no entiendo es el motivo de que tengamos tanto poder sobre ellas. ¿Por qué no se defienden mejor, o se quejan? ¿Por qué aceptan el dolor que les causamos sin rebelarse? Estoy convencido de que podrían hacerlo, pero no lo desean. Prefieren morirse. Pudiera ser que sean los guías que te he comentado, entregados a la causa ministerial de permitir que los maltratemos y parasitemos. Lo que no se es hasta cuándo y a cuánto están obligados. No deberíamos abusar.

Me recordó a la película “Lobster”, que he citado en el prólogo. Nuevamente, hablaba descarnadamente de Izaro, Roberto y su tierra sustentadora, pero de forma implícita y metafísica.

—De verdad que no lo sé, Xalbador. Por eso entro tantas veces en la jungla. Por eso la pregunto. He oído sus respuestas no lo bastante altas. Tal vez, algún día, alguna de sus recónditas almas responda con mayor claridad y acierto a oírla. No aspiro a conocerlo todo: la iluminación para mí consiste en la humildad del ser, junto al orgullo y dignidad de serlo. No quiero pensar más. Quiero descansar. Mis raíces posibilitarán que lo haga. Y continuarán existiendo después de mí. Eso es la comunidad.

Su lucha numantina animaba a la mía, que la emulaba enferma resistiéndose a perderla. Teresa de Ávila y Calcuta con Juana de Arco.

—¿Qué queda de nuestra sexualidad, Orangu? ¿Aún tienes ganas de esta mujer con visiones y alma de misione-

ra? —me pregunté a mí mismo— ¡Más que antes!

Tenía a Lucía delante fundiéndose con Izaro. En lo hondo de sus ojos selváticos orientales, me pareció percibir el brillo bífido -casi extinto- de una serpiente dorada llorando hacia dentro su desesperación por mi terca incompreensión. Quizás, fue el reflejo de los míos contemplando hipnótico y congelado a la hamadriade Eurídice. Una cuestión de supervivencia o misericordia hizo que, de repente, viera prístino el dolor allí presente e impotente.

—Tengo que despedirme de ella, o acabaré chollado —concluí—. Le estoy haciendo un daño atroz. No tengo derecho. Si hay un creador, es un chapucero cruel que no hace las cosas bien. Si no lo hay, el imperfecto soy yo, y el perfecto y complementario es Pierre. Toca perder.

Miraba atentamente, esperando la reacción. Sufrí la esquizofrenia de Joker. Mi máscara reía. Le dije entre gestos que la calmaron, haber llegado al final:

—Somos como los protagonistas del ballet de Prokofiev “La Flor de Piedra” del disco que te regalé. ¿Pudiste leer el libreto?

Inhaló el escaso oxígeno del dispensario que había sobrevivido al enfrentamiento.

—Impactante. La historia de Katherina y su novio Danilo. El picapedrero que soñaba con tallar para ella una flor hecha de piedras preciosas de la mágica montaña del cobre. Y entremedio, Severyan, el cruel capataz de los mineros.

—Justo en la fiesta de compromiso apareció la maga de aquella jungla —prosiguió Lucía—. La única que poseía el secreto de tallar la flor. Invitó a Danilo a acompañarla

prometiéndole cumplir su deseo y lo retuvo intentando que no la abandonase. Pero acabó renunciando, tras ver el dulce reencuentro amoroso de ambos jóvenes, que no pudo impedir.

—Y castigó a Severyan, hundiéndolo en el abismo donde van a parar los seres malvados. Sigo sin saber si fui Danilo o Severyan. Aunque la selva hechicera es a mí a quien castiga.

Cerré los ojos. Puse un momento los dedos apretando las sienas y la boca. Después, abrí ojos y extendí las palmas. Tiré la toalla:

—¡Sea! Me rindo: “*Orbis unum*”. “*Life, no Fight*”

Atragantando su réplica, me abrazó en un postrer impulso.

—Nos castiga. La Siguanaba y Cipitio.

Las últimas fuerzas libraron la última batalla entrecho-cando sus lágrimas extenuadas. Kerman y el doctor nos encontraron llorando desconsolados. Se repuso impulsada por un resorte vital secreto.

—¡Póngale la inyección! Ha de irse. ¡Tenga cuidado!...

—¡Ahora mismo, señorita!

—No olvides despedirte de los chuchos. Te han cogido cariño... ¡Una foto! ¡Antes, una foto! —dijo resuelta, recuperando de golpe su buen humor, energía y poder de seducción.

Kerman preparó la toma, encarándose diestro la cámara. Su inconsciente pronunció con exactitud los términos que definían con precisión la situación psicológica latente:

—Un momento, que Xalbador no está bien. Júntate un poco... No sales en el encuadre.

PUNTO Y SEGUIDO.
Izaro.

Es hora de confesar el asunto inaplazable que no me atreví a confrontar durante semanas y tenía pendiente de cumplir antes de partir. Demasiado lo había demorado por falta de valor. Tomé la senda ajardinada de plumerias blancas que separa unos cien metros, el cementerio del caserío. Las tumbas estaban ordenadas por parentesco. No eran muchas y costó poco encontrar la suya, muy cuidada, adornada con siemprevivas y con inscripción poética tallada en una pulimentada raíz de olivo.

Las lágrimas saltaron atropelladas en cuanto recordé el lejano instante feliz en el que lo escribí. Habíamos llegado jadeantes a lo alto de la colina y descansábamos tumbados. La virgen puso sus ojos verdados inmaculados a diez centímetros de los míos.

—*In yakumech.*

No necesité de traducción. Y fue nuestra felicidad vital, que presentíamos difícil de prolongar, la que hizo que pensáramos en la muerte.

—Piensa un epitafio para mí, poeta. Querría morirme ahora. Si me lo escribes, te juro por nuestros hijos, que coronará la entrada a la casa de la montaña donde descansa eternamente. Mandaré grabarlo en madera de olivo. Mejor aún. Hazlo de forma que sirva para los dos y haga

llorar a quien nos visite, Mago de Hoz. Haz que contenga un enigma que les dé que pensar. Debe decir “Te Quiero” sin decirlo expresamente. ¿Te atreves?

—El mismo epitafio para ambos, ¿dices?

—Sí, amor mío.

Debimos conmover a las musas; incluso enamorarlas. Pese a los treinta años transcurridos, seguía pareciéndome que los versos que tenía delante recogían un destilado puro de agua, bendecida con los besos que nos dimos.

*“El cesto pequeño del amor,
nunca pierde los besos”*

—Hola, testaruda... Ya ves que tu *Huach* no ha podido cumplir lo acordado. No resistí venir a veros de nuevo. Tienes dos hijos estupendos. Lucía se te asemeja mucho. La bordaste. Y Roberto es más guapo que yo. Buena gente. *Kanantaba*, amor. Perdona que me ponga *chechón*.

El aleteo de una pareja de tucanes sobre los cipreses verdes hizo que levantara la vista y el sol me golpeará con pensamientos y reflejos idénticos a los de su mirada limpia.

*...Y dos sortijas de hierro,
a fuego, puse en tus dedos.*

*A mis pasos de ciego, pusiste caballos ligeros;
tambores exquisitos, a mis oídos de lobo.
Mis perros, hembras se volvieron.*

Una eternidad, que los había escrito. Su voz llegó de nuevo:

—¡Mira qué vistas tan magnificas! No me extraña que Luisa no quiera ni oír hablar de vivir abajo.

—¡De postal! ¡Venga, *Doña Sentimientos!* ¡Levanta de ahí, que llegamos tarde! Se va a enfriar el café que tendrá preparado.

—Espera un momento. Quiero aprovechar este instante. Mira la selva, Xalbador. ¿Quién querría marcharse de aquí? Mañana iré donde el viejo chamán. Tengo cosas importantes que consultarle. ¿Me acompañarás? Así, te la enseño.

—¡Vale! Pero mañana. Ahora vamos a volver a tomar ese elixir tan rico con el que nos ha enamorado Luisa.

—Con razón dice que es infalible uniendo a quienes lo beben juntos.

—La muy alcahueta... Estoy seguro de que se las ingenió para que coincidiéramos el día de la entrevista. ¡Menuda sorpresa verte allí! Estabas guapísima. Lograste que hiciera la peor interviú de mi vida.

*“Conocerás a la mujer que te hará eterno,
porque queriendo llorar, reirá para no preocuparte;
y queriendo reír, sollozará de felicidad”.*

—Eso escribiste, Xalbador.

Voces y recuerdos fluían superponiéndose a los pensamientos.

—Quería hacernos eternos, y lo consiguió con Roberto. Fueron muchas las tardes que multiplicamos la ambrosía. Sigo sin saber por qué preferías los encuentros secretos en su casa a presentarme en comunidad. Ni que fuera unapestado. Sí, una mala influencia para tus ideales. Lo reconozco.

—Pero si eras tú quien decía que los métodos de investigación aconsejaban mantenerse apartado de la agrupación para no influir en las costumbres ni comportamientos de la gente.

—Y así era... Contigo hubiera hecho una excepción.

—No te creo. Con lo serio y puntilloso que eres con el trabajo.

—Ya sería que tenías pareja en la comunidad... ¡Calla! No me lo digas. No quiero conocerlo. ¿Sabes?, Pancho y ella siguen erguidos. Dos titanes.

—Lo tuve. Pasajero, pero me dio una hija con la luz de esta selva y sus cielos. Ese jaguar con coletas que ruge enfadada porque la abandono unas horas para estar contigo...

No me di cuenta de la llegada de *Makukutah*. Se sorprendió de verme llorando y hablando al sepulcro.

—¿La conocía?

La respuesta era obvia. Tuve que ahogarla recordando la promesa a Izaro que siguió a la creación del poema:

—Prométeme que jamás contarás a nadie nuestro secreto de esta tarde hasta que yo te lo autorice. Y menos a nuestro hijo, porque lo creas o no, seremos padres.

—¡Lo prometo!

Nunca me dio la autorización. Sabía que al mundo le desagrada lo natural. No quiere ni oír hablar de ciertas cosas. Y cada vez que me propongo confesarlo, se interfiere la conveniencia o la piedad, y ganan. Tuve que volver a mentir y, en contra de mis deseos, hacer como que lo ignoraba, aunque me atreví a dar un paso adelante muy importante:

—Hola, Roberto. Izaro era también tu madre, ¿verdad?

Os parecís mucho. Hasta en el carácter.

—Sí. Es un secreto que Lucía y yo preferimos guardar.

—Comprendido. Todos tenemos secretos. La prudencia lo aconseja en ocasiones. El mío es que estuve de becario, cerca de aquí, hace treinta años. En las excavaciones arqueológicas de Uxmal. La entrevisté. Vine a esta zona varias veces... He preferido no decirlo porque los estudios étnicos que realizo obligan a la máxima neutralidad emocional para no afectar las interacciones. Alteraría los resultados. Espero no le molesten estas cautelas.

—Entiendo. No tiene importancia. Quédese tranquilo. No diré nada.

Sus genes hablaban por él. La misma sensatez de su madre. ¿Con la insensatez obstinada por la tierra? ¡Ojalá que no!

—Fuimos amigos. Una gran mujer. Me la recuerdas constantemente. Puedes estar orgulloso. Me he emocionado al leer la inscripción. Muy bella.

—Debió escribirlo mamá. Nos pidió ponerla.

Me anticipé a la tristeza común. Tuve miedo de asistir a la reencarnación. Con la certeza de seguir dañando nuestras vidas, tapié ambas gargantas, en cuanto dieron muestras de necesitar respirar:

—Lo sentí mucho. Disculpe, Roberto, tengo que irme. Un cementerio muy bonito. Está bien aquí. Le dejo con ella. ¡Estaría orgullosa de Vd.!

—¡Claro!

Me miró y tuve la impresión de que el llanto alineaba los ojos de *Makukutah*. Quizás fuera el agua espejeando los míos.

PUNTO Y APARTE.
Plan de Regreso.

Justo ahora, tengo delante la foto del hospital. El flash ha borrado mi cara, velada por el resplandor. Ya saben que “*Haberlas, haylas*”. Ha salido lo que queda de mí. Un cuerpo vacío. Una cáscara.

No así el rostro de Lucía, clavadito al de Izaro. Prefiero no pensar demasiado en que ambas eran una y me pidieron lo mismo: irme. Un misterio que muchas historias repiten. ¿Recuerdan lo que les dije al principio? Cualquier camino que emprendas conduce al punto de partida.

Sorprende la facilidad con la que el mundo y nosotros olvidamos el dolor y las miserias. Basta un cuento imaginativo, o una película, para que las borremos y renazca la esperanza. Cuatro candilejas y se esfuman por arte de magia. Charlie Chaplin lograba reflejarlo con maestría en sus obras de cine mudo, verdaderos altavoces de humanismo. Del mismo modo, he de salir yo de la hibernación y del *Delirium Cordis*.

Por eso escribo achacoso este final que deseo sea el “arriba el telón” de un nuevo entreacto aun sabiendo que aguarda la repetición. Lo hago postrado en cama de forma intermitente, y escuchando “*Sacrifice*” de Elthon John. La he convertido en una de mis melodías preferidas, vencido

por la nostalgia y la calidad musical que atesora. Una composición que parece inspirada por los dioses. No soy santo de la devoción de este señor tan histriónico, pero Izaro lo ponía por las nubes y veo que con razón.

La fiebre tropical *rusa* dejó dos secuelas previsibles. Los matasanos dicen que ambas, benignas. No les creo. Arritmias auriculares y quebraderos de cabeza, típicos de la responsabilidad de ser, a mi edad, padre de un cervatillo salvaje que conoceré este verano, si el corazón quiere. Para tratar de mitigarlos, he desenterrado a Plotino y desempolvado los mitos celtas y griegos; en especial, relatos de ninfas y duendes. Porque necesito volver mejor preparado y porque me niego a tomar antiarrítmicos de por vida. Con un poco de suerte, el *poupourrí* de filosofías y meditaciones, consigue ponerlas bajo control. En el peor de los casos, seguro que contentaré a la loba y, de paso, podré ilustrarla y reconocerme.

A fuerza de visitar esos singulares territorios ultraterrenos de ultramar, estoy avanzando en teorizaciones mayas. Ya no las veo tan extrañas. Tienen su sabiduría y ventajas. Sobre todo, contienen la circularidad existencial universal de la que somos parte. Debí haberlo supuesto. Empezando por qué predisponen a un mayor respeto con las personas, los animales y el medioambiente en general. Ya ven que estoy muy cerca de la conversión a una fe de corte animista. No hay mal que por bien no venga. Si se fijan, en esta expresión tan europea, hay implícita una comprensión unitaria multivalente de los fenómenos, cual sucede con las creencias yucatecas.

Hay que adaptarse a los tiempos. Si se descuidan, mon-

to una secta, visto calzón patí y me rebautizo tal que ellos. En honor a mis hobbies literarios, uniré a mi nombre los apellidos *Kinich Ahau*, patrono de la música y la poesía. Lo mismo, organizo una biblioteca esotérica que distraiga mi próxima jubilación. ¿No les parece? Piensen que tengo una nueva familia de la que ocuparme. Se encargarán de velar porque un viejo racionalista no se agríe ni cuartee de sopetón. Mis hijos no dan crédito a la transformación a la que están asistiendo, y yo tampoco.

Contarles que Lucía sigue liderando la comunidad de “*El Palmeral*”, integrada ahora dentro de una reserva biocultural semipública de dos mil hectáreas, cofinanciada entre el gobierno mexicano y un mecenas conservacionista canadiense que prefiere mantenerse anónimo.

Pierre es un huésped esporádico, siempre bien recibido, y el mejor divulgador de las excelencias del enclave.

Las presiones de los equipos internacionales de arqueólogos vecinos en Kaxil Kiuic, han conseguido que el gobierno federal preste mayor protección y recursos desde que reiterados hallazgos constataron que puede ser la Pompeya Maya.

Junto con planes sostenibles de repoblación forestal y humana que recupere emigración autóctona, se han limitado los permisos de explotación para reducir la deforestación y puesto en marcha una estación pionera de control del cambio climático investigando los depósitos de carbono y la dinámica del sistema milpa de cultivos.

De la unión entre Juan y María, alboreó Ohiane, una selva niña relacionada con ancestrales linajes reales. Les va fenomenal pues repiten experiencia; esperan otro bebé

que llamarán *Bolon Dzacab*.

Juan, que ahora se llama *Juanchac*, es el director de un coqueto hotel, y María, la jefa de cocina; chamán comunitaria en horas libres.

Kerman y Elena no viajaron de vuelta conmigo. Viven allí. Gestionan, respectivamente, los aspectos económicos de la reserva y la pequeña clínica veterinaria. A corto plazo dudan entre tener descendencia o rebautizarse como *Kermanchuac* e *Ixchelena*.

Renata, reconvertida a curandera, curó a Martín con remedios de hierbas y jugos medio secretos. Es la bióloga-guía de la reserva. Ha descubierto varias especies nuevas de plantas y un rarísimo anfibio, que tiene visos de resultar un atractor que renovará el interés científico y de inversiones hacia la zona. Confiamos en que sea para bien. Prepara el lanzamiento de una pócima milagrosa que remedia el alcoholismo. Percibo que ya no es la mujer tibia que conocí.

El Marshall cuenta en sus cartas que lleva mal el sino de que todas sus chicas sean lunáticas, por el estrés que le supone. Sin mirar por la ventana sabe cuándo está llena porque la botánica despierta eufórica, llena de energía. No la puede seguir. Tiene que esforzarse en alcanzarla. Y al revés, con luna nueva está de lo más bajita.

Roberto *Makukutah* prefiere ser un apasionado guía turístico. Por lo visto, espera encontrar a *Chomihá* entre las visitantes. Sigue informando a los hombres de cada grupo sobre Lucía; y termina el recorrido en el camposanto, contando la vida de Izaro. Creo que sabe la verdad. Confío en que el tiempo circular maya haga su trabajo y podamos

conversar largo y tendido, algún día, que deseo próximo.

Petrova e Ilich continúan ladrando a los recién llegados.

Y lo que son las cosas, llevo unos meses de docente rehabilitado de “Main Fullness”. He propuesto a la comunidad que organicen esa clase de cursos. Puedo imaginar el éxito cuando los parroquianos intervengan como invitados, dando sus opiniones; máxime, su glamurosa estrella.

Contra mi voluntad, sigo con males de solitario y triste. Pero antes de que reembarque, sepan que estoy apuntado a un portal de Meetic, por si acaso. Este es mi perfil. Si les complace, ya saben:

CARTA A LAS REINAS MAJAS

“En el corazón tenía la espina de una pasión clavada. Logré arrancármela un día. Ya no siento el corazón. ¡Ay, espinita dorada!, quién te pudiera sentir, en el corazón clavada”.

Émulo de Machado, llámome Veremundo. Un buen tipo, según algunos, y socialmente poco recomendable, para los más. Un señor mayor. Algo ingenuo y excesivamente entusiasta. Bromista, escéptico y exromántico.

Creo que ya no vendrás. Tengo que ser objetivo delante del azogue. Voló aquel pájaro de juventud que ayudaba al “sí quiero” siempre joven, que seduce. Pero persevero. Tantas veces me dices “No”, que yo mismo me doy el “Sí”, y continúo apuntado aquí. Preciso un salvamento marítimo incorriente. Una especie de Kevin Costner en femenino, *guardiana del alto amar*.

Inconformista. Iconoclasta. Quiero volver a la mar yen-

do contra lo corriente... Si te gustan los desafíos pacíficos y te atreves con atlánticos iberos, de latido extraviado, sólo podemos ganar. Exprofesor. Bastante intelectual. Bien de salud, ánimo y talante en general. Sociable, aunque aprecio tener tiempo para "mis cosas". Educado en el trato. Atento y afectuoso, querría encontrar una reina maja con la que “querer” y disfrutar las maravillas de la vida: complicidades de pareja, hijos, familia, amigos, hobbies, naturaleza, arte, viajes, proyectos...

Pienso que me va mejor una mujer de natural alegre y cálido, ya que soy también así. Que tienda a suavizar las tensiones más que agrandarlas. Inteligente, culta y con independencia económica.

Prefiero relaciones sociales sin demasiada gente. Soy poco dado a reuniones interminables. No obstante, aprecio tenerlas de vez en cuando y disfruto de cafés, tertulias, conversaciones, escaparates, compras o paseos... ¡Sin exagerar! Tengo tareas y aficiones que me ocupan, y acaba notándose que llega un momento en que me apetece ponerme a hacerlas. Creativo y algo impulsivo. De buen humor, casi siempre.

This is all, amigas Magas.

No descubriré nada que ya no sepan, o hayan deducido. Necesito tener al lado una mujer sin heridas tan graves como las que me afligen desde el nacimiento. Tiene que estar todavía viva. Mantener esa case de sonrisa perpetua y relajada en los gestos. Alegría, en una palabra. Sé que es buscar una aguja en un pajar. ¿Qué mujer de medio siglo

no ha sido herida por la vida? Lo “pior” -que dicen los mexica- es que tampoco eso basta por sí sólo. Debe, además, tener curvas, cuerpo, senos, boca... Una misión imposible.

Una confidencia final. En mi cabeza está haciéndose sitio la imagen de Amaya, una viuda rubia que vi allá *tangear a la salsa de serpiente*. Una rara avis de la raza, con hoyuelos rematando los labios, que tendré que estudiar. Igual de hermosa que la mestiza tocada por los dioses. Y muy bailonga, como no podía ser de otro modo, conociendo el sino de los cojos y arrítmicos.

He tenido que decidir entre malvivir a base de recuerdos de relaciones que ya no renovaré, en razón de mi galopante decrepitud, o recurrir a la villanía de encontrar la compañía una mujer, tal que esta rubicunda. Exhala una inocencia que sé que no existe, pero me atrae su piel trigada y la carita de niña tímida y beatífica, tipo Audrey Hepburn. Una mujer de cincuenta y tantos, que no los aparenta ni encaja en el prototipo indígena. Una rareza cual yo. Me gusta que sea menudita y vista con estilo Balenciaga. Nos carteamos y tiene su qué. Como buena maya, es profunda.

Entiendan que este clima es más duro que aquel. No le conviene a mi reuma incipiente, y menos aún, la soledad a mi corazón. Si según piensan ellos, el mundo es uno, la edad no debe importar. Me gustan las mujeres jóvenes. Pero, quédense tranquilos, no seré un perverso Gauguin. Sé lidiar con el fanatismo carnal y el terrenal. Eso creo. Les confieso que tuve cinco hermanas, cinco tías, una madre y una madrina.

POST DATA. Ha tenido bastante éxito el ensayo que escribí sosteniendo una hipótesis novedosa que emergió del magma denso donde caí. No siempre la razón es esclava del deseo; por lo general, un simple instrumento o títere en sus manos. También puede sublevarse y negarse a parecer abrasada por fuegos irracionales. Sabe oponerse a su imperio frenando las pulsiones corporales mediante distintos mecanismos de defensa entre los que figuran los mitos mayas y las demás cosmovisiones. De nuevo, la rueda circular *tesis/antítesis* impregnando los fenómenos del mundo y equilibrándolos en ciclos osmóticos gigantescos, o infinitesimales cuánticos.

FIN

